



*Círculo*  
de Montevideo

*Educar hoy,*

*¿Qué y*

*cómo?*

XIX Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo

*Perú, julio de 2013*

*Educar hoy,  
¿Qué y cómo?*



CÍRCULO DE MONTEVIDEO

XIX Reunión Plenaria del Círculo de Montevideo

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio,  
citando fuentes y con la autorización previa de la Fundación Círculo de Montevideo.  
Las opiniones son de exclusiva responsabilidad de quien las suscribe  
y no necesariamente de la Fundación Círculo de Montevideo.  
Editado y publicado por la Fundación Círculo de Montevideo.

Diseño y armado:  
Andrea Desalvo  
andrea.desalvo@gmail.com

Impresión:  
Artes Gráficas S.A.  
Porongos 3035 - Tel.: 2208 4888  
Depósito Legal N°: 362.358/2013

# índice

1. **Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Presidente de la Universidad San Ignacio de Loyola**  
*Raúl Diez Canseco Terry* \_\_\_\_\_ 5
2. **Palabras del Sr. Primer Ministro de Perú**  
*Juan Jiménez Mayor* \_\_\_\_\_ 7
3. **Palabras de la Sra. Ministra de Educación de Perú**  
*Emma Patricia Salas* \_\_\_\_\_ 9
4. **Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo**  
*Julio María Sanguinetti* \_\_\_\_\_ 13
5. **Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo**  
*Carlos Slim Helú* \_\_\_\_\_ 17
6. **La obligación de Educar y el principio de equidad**  
*Felipe González* \_\_\_\_\_ 21
7. **Las instituciones educativas como garantes de la laicidad filosófica**  
*Ricardo Lagos* \_\_\_\_\_ 27
8. **Enseñar para el siglo XXI**  
*Claudio de Moura Castro* \_\_\_\_\_ 35

<b>9. Enseñar con calidad ¿qué y cómo?</b>	
<i>Carlos Magariños</i> _____	39
<b>10. El rol de los educadores y la enseñanza de la ética</b>	
<i>Félix Lozano</i> _____	43
<b>11. Empresas como protagonistas</b>	
<i>Manuel Marín</i> _____	49
<b>12. Políticos y sociedad</b>	
<i>Enrique Iglesias</i> _____	55
<b>13. Conjuguar competitividad y justicia social</b>	
<i>Alberto Ruíz Gallardón</i> _____	61
<b>14. Resumen de actividades</b>	
<i>Natalio Botana</i> _____	69
<b>15. Educar hoy, ¿Qué y cómo?</b>	
<i>Belisario Betancur -Felipe González - Ricardo Lagos</i> <i>Julio María Sanguinetti - Carlos Slim Helú</i> _____	73

# 1 - Bienvenida y apertura de las Jornadas por el Presidente de la Universidad San Ignacio de Loyola

**Raúl Díez  
Canseco Terry**

**D**istinguidos amigos: vayan nuestras palabras de bienvenida y de gratitud por haber escogido este país de los incas como lugar de encuentro de esta importante cita. Una cita que tiene que ver nada menos que con la educación, tema preocupante para los peruanos y para el mundo, que en los últimos tiempos se ha dado en llamar "la nueva moneda".

Esta nueva moneda es la que le va a dar valor a los países y la que los va a diferenciar entre "los que saben y los que no saben"; los que van adelante y los que van atrás. Una educación emprendedora y de inclusión social, asumida con gran responsabilidad, es la que nos va a permitir abrírnos paso.

Señores presidentes: no hay manera, no existe método nuevo que se haya inventado, que no comprenda a la educación como el mejor instrumento o herramienta para luchar contra la pobreza.

Necesitamos una educación inclusiva, pluricultural; una educación de calidad, una educación que permita al maestro incorporarse de una manera más eficiente y adecuada.

Saludamos, pues, la presencia de tan destacados ex-presidentes de América Latina; del economista Enrique Iglesias, quien fuera Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo durante más de dieciocho años y tanto ayudó al Perú en momentos dramáticos; de don Carlos Magariños, quien fuera Director General de la ONUDI.

La educación tiene que derrumbar ese muro que se construyó, que es más grave que el Muro de Berlín: éste dividía dos ideologías, mientras el actual es el muro de la ignorancia. Trabajemos, amigos del Círculo de Montevideo, en estas horas valiosas para el Perú, en derrumbar ese muro con las experiencias que ustedes traen, para que -de esa manera- los peruanos podamos decir que hemos convertido a Perú en un país de emprendedores.

Muchas gracias.



## 2 - Palabras del Sr. Primer Ministro de Perú

Juan Jiménez Mayor

Buenos días.

Quiero brevemente dirigirme a ustedes para manifestarles la complacencia del gobierno por poder participar en esta reunión reflexiva sobre la educación y, especialmente, sobre la inclusión en la educación.

El Perú -y seguramente lo dirá mi colega de gabinete, la Ministra Salas- está atravesando un proceso de cambios importantes; cambios en una serie de frentes. Por supuesto, discrepamos con aquellos que hablan de una ruta, de un piloto automático, porque estamos generando una serie de iniciativas destinadas a mejorar el país, y una de ellas, obviamente, está referida a la educación. La educación es para nosotros, el gobierno, uno de los instrumentos de cambio esenciales para la movilidad social, para el progreso, para la innovación, para el entendimiento. Sin duda alguna, esa va a ser la ruta que va a seguir el gobierno del Presidente Humala hasta el 2016: la de la educación, en su serie de variantes.

Quiero saludar esta iniciativa, este momento de reflexión que ustedes están patrocinando, con expertos internacionales y con gente de mucha valía, que hoy día viene a mostrar que comparten que la educación es el factor de cambio para nuestras sociedades.

Los felicito y quiero animarlos a seguir en esta ruta de fortalecer la educación. El gobierno está muy comprometido con esta tarea, y actualmente hemos iniciado una reforma sustancial de la educación en el Perú. Ojalá podamos iniciar un proceso de reforma educativa universitaria en serio -que también se requiere en el país-, y podamos hacer en este quinquenio la reforma educativa que con tantas ansias esperamos para nuestro país, para su progreso y para lograr la felicidad de todos.

Muchas gracias.



### 3 - Palabras de la Sra. Ministra de Educación de Perú

**Emma Patricia Salas**

Muy buenos días a todos y a todas.

Muchas gracias al Círculo de Montevideo por estar acá.

En primer lugar quiero hacer expreso el saludo del señor Presidente de la República a quienes participan de esta reunión, celebrando el hecho de que el Círculo de Montevideo se esté reuniendo hoy aquí, en el Perú, y con un tema tan importante como el de la educación.

Nadie duda de que el reto educativo hoy, aquí en el Perú, en América Latina y en el mundo, sea cualitativamente distinto al de épocas anteriores. El mundo ha cambiado, y mucho, como también ha cambiado la forma de interpretarlo y la forma de conocerlo. Resulta pues oportuno tomarnos un momento para pensar qué educar y cómo educar. Más aún porque estamos muy cerca de 2015, año que está marcado por los acuerdos de Dakar que establecen metas educativas para el mundo; y señalado, también, para dar cuenta de las metas planteadas como Objetivos del Milenio. Es, pues, más que oportuno abrir un debate amplio y profundo acerca de qué educar y cómo educar.

El mundo de hoy requiere soluciones absolutamente desafiantes, y nos toca imaginar cómo hacer para seguir produciendo: produciendo más, produciendo mejor, sabiendo que la naturaleza y el medioambiente están al borde del colapso.

Nos toca imaginar cómo atender las demandas cada vez más exigentes de los consumidores que, en el país y en el mundo, actualmente son parte del mercado; pero también reconocer que hay cientos de millones de personas que están en situación de pobreza, al margen de ese consumo.

Nos toca imaginar cómo educar para que todas y todos se sientan personas con iguales derechos y, a la vez, no sean discriminados nunca por practicar una lengua, una cultura o ciertos valores; por ser mujer, por su opción sexual o por su confesión religiosa.



Nos toca imaginar cómo preparar a las personas para enfrentar la dura carrera del éxito profesional y acceder a los niveles de consumo que hoy ofrece el mundo y el mercado y, a la vez, no perder de vista su derecho a ser personas de familia, personas buenas, personas con un claro sentido ético que les permita enfrentar, también, amenazas constantes como la corrupción, la violencia, o las amenazas que vienen del narcotráfico, de la delincuencia y también de la violencia política.

Nos toca organizar a las instituciones educativas todas: esas que van desde la más primera infancia hasta los posgrados, para que -aprovechando las oportunidades que nos dan los avances de la ciencia y de la tecnología- a la vez sepan cultivar el sentido de lo humano, el sentido de lo social, el sentido de que somos seres que tenemos que ser cada vez mejores y vivir en una sociedad que aspiramos sea cada vez mejor.

Es claro, pues, que los paradigmas de la educación han sido rebasados por la realidad. De allí las exigencias de romper las paredes de las aulas. En efecto, hay que romper esas paredes, tanto física como simbólicamente. Los estudiantes deben salir de las aulas de clase a centros de trabajo a hacer prácticas, a hacer tareas de campo, a tener variadas experiencias vitales que les permitan articular la realidad y la vida con lo que están aprendiendo. No debemos olvidar nunca que las personas se están educando no para las aulas o las instituciones educativas, sino para la vida.

Nos toca también recorrer el mundo utilizando los canales que nos ofrecen hoy las tecnologías de la comunicación y de la información.

Se trata de abordar el viejo desafío de asociar la teoría con la práctica, incorporando también el desafío de asociar la educación con la vida. Más aún, se trata de responder al imperativo de ser personas integrantes de múltiples comunidades: comunidades locales y presenciales, comunidades virtuales y mundiales, comunidades de conocimiento, comunidades de crea-

ción, comunidades de acción. El potencial de las redes sociales nos brinda oportunidades, pero también nos generan el desafío de generar en nuestros jóvenes, en nuestros estudiantes y en nuestros ciudadanos, la capacidad de utilizar estas redes sociales para ser parte de esas comunidades.

Siempre puede ser más fácil formular en qué educar, que cómo educar efectivamente. Muchas veces se ha dicho, en este tipo de foros y en muchos otros escenarios, que es fácil decir qué hacer, pero no cómo hacerlo. Existen, por supuesto, enfoques, proyectos, planes de reforma desarrollados por diversos países en todo el mundo; y también desarrollados por instituciones educativas, aquí en el país y en todas partes del mundo.

En esta semana -que ha sido la Semana del Maestro- hemos asistido a la premiación que hace una empresa muy importante al maestro que deja huella. En un importante medio de comunicación hemos visto reportajes a maestros estatales peruanos que tienen logros importantes con sus estudiantes. Ayer, precisamente, premiamos con las Palmas Magisteriales a los maestros más destacados del Perú.

Permítanme plantearles cuatro elementos a abordar en el cómo organizar esa educación.

Uno muy importante es romper la inercia. Cuando hablamos de educación, los números son inmensos; y cuanto más grande es el país, peor. En el Perú estamos hablando de 320.000 docentes a nivel público y 500.000 a nivel público y privado; de 7.500.000 niños atendidos por la escuela estatal y 9.000.000 de niños atendidos por la escuela pública y privada. Hablamos de 90.000 escuelas; de 100 instituciones educativas universitarias. Hablamos de miles de millones todos los días; y esos números pueden resultar difíciles de manejar. Hablamos de problemas muy complejos, porque no solamente estamos hablando de lo que se hace en el aula, sino que se habla de la nutrición, de la salud, de la cultura, de la mentalidad de las perso-

nas; de si hay agua o no en las escuelas, para lograr una calidad educativa.

Se habla de problemas muy antiguos, que nos toca solucionar en cada sistema educativo. La magnitud de estos problemas, su complejidad, puede ser una trampa mortal para quedarnos en la inercia. Ninguno de estos problemas debe detenernos para empezar a hacer lo que se tiene que hacer: cuanto más difícil, más complejo, más largo, antes hay que empezar. Romper la inercia es una tarea fundamental.

Un segundo elemento a tener en cuenta es forjar una visión ciudadana sobre la educación: compartir sentidos, qué es lo que la ciudadanía piensa, espera, busca en la educación de sus hijos y de sus jóvenes; qué es lo que la ciudadanía espera de la formación profesional en las universidades. Ese es un tema que no está resuelto en el Perú.

Permítaseme hacer una digresión. Cuando nosotros caminamos, conversamos con muchas personas -de todos los niveles educativos, de todas las condiciones socio-económicas y de diferentes trayectorias culturales- y tanto aquí, en el Perú, como también fuera, con frecuencia se nos dice que una buena educación tiene que ver con buena infraestructura y con que haya computadoras en la escuela; a veces, con la formación de los maestros. La visión de calidad educativa en la demanda ciudadana con frecuencia está circunscripta a esos dos elementos. Y ellos son absolutamente insuficientes frente al gran desafío que tenemos al educar. Necesitamos, pues, construir una opinión pública, un sentido ciudadano colectivo acerca de qué queremos lograr.

Otro elemento a tener en cuenta es que la educación es un tema de voluntades: depende de personas que trabajan con personas; depende de los docentes, de los estudiantes, de los padres, de los decisores de política, de los comunicadores. Depende de demasiadas personas. Se requiere, entonces, un fortísimo componente motivacional; se requiere de actores movilizadores para el cambio.

Finalmente en el aula sucederá lo que los maestros y sus estudiantes quieran que suceda. Nada más y nada menos. Finalmente, en las escuelas sucederá lo que los padres y los maestros estén decididos a que pase en esa escuela. La voluntad de los actores es imprescindible. Por eso, el componente motivacional es indispensable; por eso, en el Perú hemos organizado el sistema educativo en tres grandes momentos de movilización, en donde combinamos las responsabilidades individuales. La tarea educativa es de todos, pero con responsabilidades diferentes para el padre, para el maestro, para el empresario, para el comunicador, para el funcionario público; por tanto, asignamos tareas y trabajamos sobre ellas, porque está pensada sobre metas, está pensada sobre estrategias, está pensada sobre evaluación.

Un elemento adicional a la motivación y al tema de romper las inercias y construir las voluntades, tiene que ver con reconstruir las capacidades. Todos podemos tener miles de objetivos, pero si no tenemos las capacidades para alcanzarlos, ello será letra muerta. Las capacidades tienen que verse tanto en el sentido personal, como en el sentido institucional. Reinventar la escuela no es un cliché; reinventar las universidades o los institutos no es un cliché. Necesitamos que los espacios, las fórmulas, los arreglos institucionales sean acordes con lo que hacemos. De más está que intentemos ser creativos si nuestras instituciones son camisas de fuerza; de más estará fijarse metas si nuestras instituciones no tienen misiones claras. Hay que tener claro que la misión de la institución educativa es ayudar a que los niños, las niñas, los jóvenes y los adultos aprendan. Por supuesto, en eso tienen que articularse con la comunidad; por supuesto, en eso tienen que articularse con el mundo del trabajo, con la ciencia, con la tecnología, con el arte, con el deporte; pero la misión es que los chicos y las chicas aprendan. Tener instituciones enfocadas y, a la vez, con la flexibilidad como para generar escenarios creativos y de aprendizaje, es indispensable, como lo son, por supuesto, las capacidades de su cuerpo docente.



En el Perú sabemos que un excelente profesional comienza a formarse en su primera infancia. Por eso, en el Perú estamos comprometidos con la educación de todos y todas desde el inicio.

Estamos seguros de que la educación es un derecho y es una oportunidad; estamos seguros de que el derecho a la originalidad y a la diversidad debe ser compartido, como el derecho de todos de ser parte de la humanidad. Estamos seguros de que tenemos que combinar la excelencia con la equidad; estamos seguros de que, efectivamente, hay que educar para aprender, pero también tenemos que educar para emprender y para crear, pero para emprender y crear con sentido ético.

Esos son los propósitos, esos son los paradigmas, esas son las preocupaciones y los esfuerzos que el gobierno peruano está haciendo en esta gestión por la educación para las personas, para la sociedad.

Agradecemos y valoramos las reflexiones que puedan hacerse en este foro.

Muchas gracias.

¡Bienvenidos!

## 4 - Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente de la Fundación Círculo de Montevideo

Julio María Sanguinetti

**E**stimados amigos: el Círculo de Montevideo es un grupo de reflexión. Tratamos de generar y provocar pensamiento, de organizar debates, de llegar a la sociedad con las ideas con las que debe encarar este mundo globalizado y en tránsito; este mundo de cambio profundo de estructuras que estamos viviendo.

¿Por qué -siendo nosotros políticos, economistas, técnicos- estamos hablando de la educación? ¿No es éste un tema pedagógico?

Bueno, ya Durkheim, hace más de cien años, decía que la educación no debe plasmar un hombre tal cual lo forjó la naturaleza, sino un individuo tal cual lo quiere la sociedad. Es la sociedad la que está definiendo los programas pedagógicos; es la sociedad en su conjunto la que debe examinar y definir, necesariamente, aquello a lo que luego los encargados de la pedagogía le pondrán el cómo, el cómo hacer estas cosas imprescindibles en las que estamos embarcados.

Nuestra América Latina sin duda ha hecho un enorme esfuerzo y económicamente estamos en un momento excepcionalísimo: los precios internacionales, la demanda china, el cambio de equilibrios en el mundo, nos han traído prosperidad, bonanza, clima de crecimiento económico durante esta década. Las reservas internacionales superan los US\$ 800 mil millones; la pobreza en los últimos diez años ha bajado de 45% en 2001 a 27% o 28% hoy.

Es decir que nos encontramos en un momento optimista, en un momento que reclama y exige la posibilidad de invertir, y de hacerlo con inteligencia. Porque tenemos enfrente un inmenso, un gigantesco desafío: así como están estos logros, también están las enormes carencias.

Hemos avanzado en la cobertura de la educación preescolar; hemos avanzado en la educación escolar; hemos avanzado en la enseñanza secundaria pretendiendo la universalización. Pero el hecho es que la mitad de los alumnos en América Latina no terminan



la Secundaria, justamente porque existen esos desfases entre las necesidades de la sociedad y las posibilidades de la educación. Lo mismo ocurre en la educación superior.

Se hace necesario, entonces, tomar grandes decisiones por parte de la sociedad; decisiones fundamentales en un mundo que inevitablemente será globalizado en los próximos años. Inevitablemente será un mundo de conocimiento, un mundo de mayores exigencias en todos los terrenos; un mundo en el cual la capacidad para trasladar las innovaciones de la ciencia y la tecnología a la vida práctica requerirá de administradores, de docentes, de empresarios, de técnicos y trabajadores capaces. Porque en la instancia final son esos técnicos y esos trabajadores los que están produciendo el cambio real en nuestra vida.

Esa es, entonces, una gran definición de prioridades.

En el Siglo XIX, el debate era la ciudadanía. Cuando estábamos fundando nuestras repúblicas, el tema era tratar de formar ciudadanos y de alfabetizarlos. Era claro. Luego, a mediados del Siglo XX, cuando ya el desarrollo de nuestras repúblicas y nuestras sociedades mostraba otros horizontes, el desafío fue distinto: tratar de formar lo que se denominaron "recursos humanos"; tratar de compatibilizar una educación que, más allá de la alfabetización, formara a aquellos actores de una vida económica que se hacía más compleja. Fue el tiempo de la planificación. Pero eso se desbordó, porque fue imposible prever la vida y las demandas, ya que la tecnología nos cambió completamente los paradigmas. Y hoy, entonces, tenemos que afrontar la cuestión desde una cierta perplejidad.

Sigue claro lo que tenemos que hacer en la educación primaria. Pero también ahí hay que hacer una gran distinción: ¿Vamos hacia una educación homóloga para todos o, por el contrario, tratamos, desde el origen, de hacer la necesaria discriminación en función de los más necesitados, que requieren más tiempo de

estudio, más apoyos, tratando así, a partir del propio inicio, de lograr las condiciones de igualdad de oportunidades que son esenciales para la vida democrática?

La Secundaria ya no es más un vestíbulo hacia la universidad, como fue hasta los años treinta o cuarenta del siglo anterior; hoy es una enseñanza terminal. ¿Cómo balanceamos la enseñanza técnica con la llamada humanística, que también integra, propiamente, todos estos factores? ¿Vamos hacia una Secundaria y una universidad de excelencia, en perjuicio de la equidad? ¿O procuramos instalar un sistema de valores basados, más que nada, en la idea de un desarrollo equilibrado y de una democracia asentada?

Hoy, en América Latina nos sentimos más felices porque estamos votando, porque ha pasado la Guerra Fría que tanto alimentó guerrillas y golpes de Estado. Estamos en un tiempo en que hay una verdadera revolución del conocimiento en todos los planos. Nuestras democracias están funcionando, pero llenas de perplejidades, llenas de grietas y llenas de problemas. Todos sabemos que la libertad de prensa está en cuestión, como lo están -en muchos países- los resultados electorales; sabemos que el Poder Judicial, garantía fundamental de la vigencia de los derechos, a veces está siendo acosado o agredido.

Y la batalla para asentar la democracia empieza ahí: empieza en las aulas. Debemos formar y educar ciudadanos que emerjan de la escuela primaria con conciencia clara de derechos y deberes; y formar en secundaria adolescentes con capacidades suficientes para entender el mundo, no para repetir tecnología -porque ninguno de ellos va a aplicar en su vida profesional las tecnologías que aprendió-, sino para tener una mentalidad capaz de entender los cambios, capaz de adaptarse a ellos y capaz de sentir que realmente está adentro de una sociedad que lo integra y no de una sociedad que lo marginaliza.

Ese es el otro gran desafío: hoy existe una nueva marginalidad, que no está referida solamente a la pobreza -problema fundamentalmente económico-, sino que está referida a la cultura, a la cultura entendida como capacidad suficiente para entender los cambios de una sociedad en evolución.

El desarrollo pasa, inevitablemente, por la educación. Estamos creciendo. Se han hecho enormes esfuerzos en todos nuestros países, pero precisamos más calidad. Por alguna causa, los sistemas de evaluación que existen no muestran que América Latina esté aún en el nivel de calidad necesario para competir en este mundo. Ese es el gran desafío de todos los gobiernos, de todos los pensadores y de todos los ciudadanos comprometidos con el futuro de nuestras repúblicas.

Muchas gracias.



## 5 - Apertura de las Jornadas por el Sr. Presidente Empresarial de la Fundación Círculo de Montevideo

**Carlos Slim Helú**

Buenos días.

Señoras y señores: para mí es un gran gusto estar en esta hermosa ciudad de Lima, en la que cada vez que regreso -por frecuente que sea- puedo ver reflejada la pujanza del país.

Perú es un país que se está incorporando -o ya lo ha hecho- al grupo de los países de Latinoamérica que, en mi opinión, está cerca de salir del subdesarrollo. Nuestros países se han acercado a un ingreso de US\$ 10.000 per cápita y, de continuar un desarrollo sostenido del 5% -como el que tiene este querido país, al igual que Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y México, que juntos constituyen más del 80% de la población de Latinoamérica-, en diez o quince años tendremos ya niveles de ingreso per cápita de US\$ 14.000 o US\$ 15.000, con la formación de una gran clase media. Y sin duda emprenderemos ya el camino al desarrollo de manera sostenida e irreversible. Me da mucho gusto por eso.

Esta XIX Reunión Plenaria se realiza aquí con un tema que no es casual -el de la educación- y que sin duda es fundamental para que podamos ir incorporándonos a esta nueva civilización, a este desarrollo de una sociedad tecnológica, de una sociedad del conocimiento; en definitiva, a esta nueva civilización del conocimiento, la información y la tecnología.

Esta gran tecnología ofrece muchas ventajas, pero también algunos retos. El principal es que en los últimos años se ha presentado con tanta rapidez e incrementando de manera tan sustancial la productividad, que en tanto los gobiernos no tengan la capacidad de conducir ese cambio, se generan grandes niveles de desocupación como los que estamos viendo en Europa y los que se reflejan en otros países. Es decir: el avance tecnológico y la incorporación de la nueva tecnología se refleja en grandes incrementos en la productividad de los países, pero generan desempleo y, para los jóvenes, falta de oportunidad para incorporarse al aparato laboral.

Sin duda, sintetizando, en mi opinión son dos los grandes esfuerzos que tienen que realizar nuestros países: educación -por supuesto, educación moderna y de calidad para todos- y empleo.



Esto implica formación de capital humano, lo que supone prestar particular atención a la nutrición de la madre durante el embarazo, a la atención perinatal; a la nutrición del niño hasta los dos años, que es cuando el cerebro se expande cuatro veces; a la educación temprana, etcétera, etcétera. Pero, para lograr todo esto hay que acceder -sin duda- a la educación moderna, a la educación de calidad, a la educación para todos.

Si analizamos la educación que recibimos muchos de nosotros -y pido disculpas si soy un poco grosero en esta parte de mi exposición- podemos decir que era aburrida; era una educación dogmática, en la que había que memorizar; era general, rígida y muy costosa. Muchos de estos adjetivos son aplicables todavía hoy. Debemos pasar de la educación aburrida a la educación interesante y divertida; hay que pasar del dogmatismo al debate para poder lograr el entendimiento; hay que pasar de la educación rígida a la flexible; hay que pasar de una educación general a una universal.

Es curioso: en todo el mundo son aproximadamente seis años de Educación Básica, cinco de Educación Media y Media Superior, más las carreras. Todo está cortado con la misma tijera. Pero, además, es mucha educación académica y poca educación vocacional; se carece de alternativas de educación profesional, de educación técnica, de educación para el trabajo. Sobre todo en nuestros países, que son países en desarrollo, tenemos que capacitar a las personas para que encuentren trabajo, no para que tengan formaciones académicas, más allá del lado humanista que señalaba el Presidente Sanguinetti.

Cuando se hacen números de lo que cuesta la Educación Superior a nivel mundial, vemos que es muy costosa. Estuve en Stanford hace unos días, que tiene una universidad extraordinaria, cuyo presupuesto es de US\$ 10.000 millones y resulta que hay como 20.000 alumnos. Claro, el 60% del costo corresponde al acelerador lineal y a la parte de salud y hospitalaria. Pero reitero que es costosa. Entonces, tenemos que pasar de que sea costosa a que sea prácticamente gratuita. ¿Cómo se logra que sea gratuita? Con la nueva tecnología.

La tecnología, al mismo tiempo que ocasiona muchos retos y problemas -diría que el fundamental es que desplaza empleo que luego tendrá que relocalizarse-, no hay duda de que, conforme la sociedad va avanzando, logra que se trabaje menos. Esto lo podemos ver a lo largo de los últimos 100 años, si se analiza un poco: antes se trabajaba 72 horas y ahora se trabaja 35; primero se trataba de una actividad agrícola intensa, luego fue una actividad industrial de mucho trabajo físico, y ahora son sociedades de servicios (porque ya son las máquinas y la tecnología las que hacen el trabajo fundamental de tipo físico). En esta sociedad de servicios, creo, las personas habrán de trabajar menos: quizás 3 días, 11 horas semanales, por ejemplo; y no retirarse a los 60 o 65 años, sino a los 75 años de edad, porque son sociedades de experiencia, de conocimiento, que entre más edad tiene uno -varios de los que estamos aquí rebasamos esa edad, y por eso lo digo- es cuando mejor estamos. Cuando menos, es lo que sentimos varios de nosotros, y eso es muy importante.

Ahora, ¿qué pasa con la tecnología? La educación actual es milenaria, ni siquiera diría centenaria. Primero se impartía para educar élites, pero también era la educación religiosa -por lo que tenía que ser dogmática- y militar -entonces tenía que ser de mucha disciplina, además de dogmática-; y las cosas que se enseñaban no estaban sujetas a cuestionamiento ninguno. De alguna manera, seguimos heredando esto.

Ahora, ¿cómo hacerla gratuita? Bueno, pues es, precisamente, usando la tecnología. En estas redes modernas, en esta famosa "banda ancha" en la que circula a gran velocidad toda la información y el conocimiento, ya hay muchos grupos elaborando programas educativos -y puede ser también que se desarrollen programas de educación vocacional- y son gratuitos. No está costando nada y se educan cientos de millones de personas.

Por ejemplo, en la plataforma de la *Khan Academy* ya se han hecho más de 1.000 millones de problemas; allí hay como 4.000 cursos y todos ellos son de 10 a 15 minutos (los cursos de una o dos horas, esas clases que a veces teníamos, resultan muy pesadas para mantener la atención).

Antes tenía que ser general: todos teníamos que aprender al mismo tiempo, al mismo nivel, las mismas cosas, y era muy difícil, porque todos tenemos distinta capacidad de entendimiento, distintos intereses y distinta forma. Por eso se daba el aburrimiento, y muchas veces uno se distraía durante las clases en la escuela. Ahora, mediante estas redes, a través de Internet, de la banda ancha que mencionaba, todos estos cursos o aplicaciones -hablemos de cursos o, específicamente, de aplicaciones educativas- son más atractivas e interesantes y no cuestan nada. Se trata de una forma de educar que, no sé si se podría decir que es de costo cero, pero sí de un costo muy cercano a cero para miles de millones de personas. Y no estoy exagerando, porque son miles de millones las personas que pueden entrar a esa red.

Observemos la penetración de la telefonía móvil: hoy se habla de que hay 7.000 millones de personas y 6.000 millones de móviles (aunque no sean tantas las personas que tengan uno, pues algunas tendrán dos o tres teléfonos). Igual va a pasar con la banda ancha. Hoy, la acelerada penetración de la banda ancha se da, básicamente, a nivel de las redes fijas; pero ya las redes móviles, con la cuarta generación, tienen una gran banda ancha y entonces también podemos contar con esa posibilidad en los teléfonos inteligentes que, aunque hoy anden en niveles del 18%, sin duda van a crecer de manera importante.

Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? Pues la otra cosa que podemos hacer es, simplemente, pensar en el pasado, cuando no había libros suficientes y se hicieron librerías públicas, hace muchos cientos de años, probablemente miles. Podemos hacer bibliotecas públicas digitales, que den acceso gratuito a cualquier persona para que se conecte, se capacite, aprenda, navegue, se informe. Eso sería totalmente gratuito. Esas bibliotecas o esas aulas digitales también podrían estar en todas las escuelas, sin tener que dar una computadora a cada alumno, lo que resultaría muy costoso; bastaría con que hubiera un aula digital en la escuela y se tuviera acceso a ella en diferentes horarios -inclusive sábados y domingos para los padres de familia, o las comunidades, si son rurales.

Otra cosa que se puede hacer, en lugar de darle una computadora a cada alumno, es darle un USB -o cuaderno digital, como lo llamamos nosotros-, que vale US\$ 3 o US\$ 4, y que cada muchacho tenga uno. Ese cuaderno digital lo conecta para cargar los cursos que quiere y se lo lleva en la bolsa; luego, cuando quiere, va a otra biblioteca, o con un amigo, o usa un acceso equis y vuelve a ver lo que quiere ver, o a cargar o descargar lo que desee. De esa forma, podría darse el acceso universal.

Y para las zonas más remotas -donde a veces es muy caro llevar fibra óptica o red- siempre tenemos la red satelital, que cubre cualquier lugar del mundo, con lo que podemos pensar que se dé un acceso universal y que haya educación para todos, usando tecnología gratuita.

Yo creo que ese es el enfoque que hay que darle a la educación.

Aquí se van a discutir muchas cosas: los "qué" y los "cómo" y quizás me estoy adelantando a algunos puntos, pero como ya no voy a volver a hablar, estoy aprovechando para hacer este comentario.

Entonces, por un lado, debemos educar, y no solo académicamente, sino para el empleo; educar a través de la red para formar soldadores, personal de gastronomía u hotelería, o especializado en finanzas, ya que a través de la red es posible educar para cualquier tipo de actividad. Pero conviene complementar esa educación con un trabajo como aprendices. Entonces, que las empresas se abran y hagan un acuerdo con los gobiernos para recibir a cientos de miles de muchachos con el fin de capacitarlos y entrenarlos. Así, entonces, que como complemento a su formación teórica, trabajen. Seguramente, esas mismas empresas a las que vayan a trabajar se van a quedar con los buenos, por lo que no solamente se van a capacitar, sino que van a encontrar empleo.

Justamente, el otro lado de esta ecuación o binomio es el empleo. Sabemos que dentro de los nuevos paradigmas de la civilización moderna tiene que haber competencia, productividad, globalización, dere-



chos humanos, cuidados del medioambiente; junto con libertad, democracia, pluralidad, diversidad, etcétera, etcétera. Pero el empleo es el mayor reto que tiene esta civilización, porque si no lo cambiamos y lo conducimos, vamos a vivir los mismos problemas que está enfrentando Europa: una juventud, no solamente desempleada, sino sin esperanzas, porque después de haberse formado y educado, resulta que no encuentra trabajo. Entonces, habrá que cambiar muchas cosas. La primera -que para mí es muy clara- es que las personas no se retiren a los 60 ni a los 65 años, sino probablemente a los 75 años; que en lugar de retirarse y no hacer nada el resto de sus veinte, veinticinco o equis años de vida, trabajen menos desde el inicio. De esa forma, irían sustituyendo las horas que después estarían sin actividad y si trabajan hasta los 75 años la Seguridad Social no tendría que pagar durante veinticinco o treinta años a personas que se retiraron a los 60 y quedan inactivas, porque esas condiciones son insostenibles.

Resumiendo: la educación es fundamental, pero no solo debe ser educación académica, sino que hay que educar también para el empleo, Y digo ante nuestro estimado anfitrión, Director de la Universidad, que hay que educar para que los jóvenes que no hacen preparatoria o no tienen capacidad de hacer la universidad, se preparen para el trabajo.

Hablábamos de que son muchos los retos de nuestra civilización, pero yo los resumiría en dos: una buena educación, moderna, de calidad y gratuita -o, cuando menos, de acceso para todos, que en algunos casos costará y en otros podrá ser gratuita-; y empleo: generación de las fuentes de empleo que requiere nuestra población joven que quiere acceder a él.

Muchas gracias.

## 6 - La obligación de Educar y el principio de equidad

Felipe González

Buenos días.

Creo que ya empezamos a romper la formalidad, pues Carlos Slim me ha provocado. La verdad es que ha dicho cosas sugerentes, provocativas, interesantes; la más de todas es que la educación puede ser gratuita, aunque él sabe que no es así, sobre todo si pretendemos una educación de calidad.

Es verdad que la revolución tecnológica nos facilita maravillosos y potentísimos instrumentos para aumentar la calidad y la cantidad del conocimiento disponible, a precios que se aproximan a cero; es lo mismo que la prevención en la salud: la salud preventiva es la fase previa a tener que hacer tratamientos costosos.

En lugar de hacer una sucesión de monólogos, he querido entrar ya en un cierto debate, en un cierto contraste de opiniones, porque ya -después de muchos años- crean que lo único que nos preocupa a Carlos Slim y a mí es estar demasiado de acuerdo. Nos produce un cierto aburrimiento llegar a estar demasiado de acuerdo, así que antes hay que tomar distancia para no llegar a estarlo.

Creo que es verdad que no estamos comprendiendo el valor de la potencialidad de la revolución tecnológica que, paradójicamente, nos ha llevado a lo que llamamos "sociedad del conocimiento", cuyo fundamento es una revolución en la comunicación entre los seres humanos. Esa revolución en la comunicación es la red, lo que Carlos definía en esta tribuna como la "potencia infinita de la banda ancha", la capacidad de comunicarse uno con otro en tiempo real. Eso es por lo que lucha el ser humano desde que empezaron los primeros flujos migratorios y surgió el correo, con esa angustia de mandar una carta a alguien que estaba lejano y tardar tres, cuatro, cinco o siete meses en recibir la respuesta, cuando se recibía. Que ahora haya una comunicación en tiempo real, sin las barreras del espacio y el tiempo, lógicamente tiene que suponer un cambio sustancial en algo que es pura comunicación, como lo es la educación.



La educación es, instrumentalmente, comunicar conocimientos que han sido adquiridos a lo largo del tiempo y que los educadores, cuando son buenos, transmiten en cantidad y calidad. Pues ahora tienen un instrumento de comunicación que desborda al instrumento clásico del aula, del profesor que se sube a la tribuna y les va contando, les va transmitiendo a los alumnos lo que él sabe, lo que conoce; porque ahora el alumno, que puede tener 14 o 15 años, se encuentra con que lo mismo que le está contando el maestro -a veces muy ilustre o muy especializado- se lo cuentan, a través de la red, a través de Internet, los mejores especialistas del mundo y en tiempo real. Puede seguir cualquier clase: la de su universidad -de excelencia aquí-, pero también la mejor clase de física, de química, etcétera, del mundo.

Por tanto, estamos ante una revolución. Estamos, de verdad, conociendo todas las implicaciones de esta revolución de la comunicación, que altera la capacidad de conocimiento y de transmisión de conocimiento, y que abarata costes, aproximándose a cero en alguno de esos instrumentos, aunque todavía no lo alcanza.

América Latina pasa por una etapa de éxito; Europa, incluida España, por una de cierto fracaso y angustia. Lo curioso y la paradoja es que hemos educado mucho más y mucho mejor a algunas generaciones y ahora tienen un problema -es verdad-, y no solo de empleo, sino de esperanza de tenerlo. Se habla ya de una generación perdida -con un enfoque sobre la crisis a nivel europeo en el que no voy a entrar, pero que considero erróneo-, pero yo les digo aquí que vamos salir de la crisis económica; más dificultades vamos a tener para salir de la crisis político-institucional en la que nos estamos metiendo. Personalmente, tengo más esperanza de encontrar esa vía de salida a la crisis económica -aunque sea por el peor camino, porque yo creo que Europa en su conjunto lo está haciendo mal; y dentro de Europa, España- que de encontrar una solución a la crisis político-institucional. Y parte de la esperanza de encontrar la respuesta económica es porque creo que la educación que ha ido recibiendo va a permitir iniciativas nuevas, innovadoras, a una juventud que busca.

Por primera vez desde que llegué al gobierno, hace treinta años, cambiaron los flujos migratorios en España. Ya nadie salía de un país súperespecializado en exportar capital humano -no otras cosas- hacia todo el mundo, a veces por razones políticas, y otras, por motivos económicos; pero eso, que se interrumpió hace treinta años, aproximadamente, ahora empieza a reaparecer.

Me voy a atener a lo que me han pedido -aunque quienes lo hicieron, que son los máximos responsables del Círculo de Montevideo, saben que me atengo poco a lo que se me pide, salvo que me interese-, porque me interesa mucho. Me interesa, primero, el enfoque: "la obligación de educar y el principio de equidad".

Distribuir una riqueza como la educación, la formación, es un factor importante para la equidad, sin duda alguna. Por tanto, una afirmación que seguramente compartimos todos es que para aumentar la equidad social, la educación es, probablemente, el instrumento más poderoso que tenemos, incluso más que la asistencia sanitaria (aunque ésta se prolongue a lo largo de toda la vida). Porque la educación es el único instrumento que permitirá avanzar en la igualdad de oportunidades entre los seres humanos.

Es muy importante lo que ha dicho la señora Ministra de Educación, que también lo ha dicho Carlos Slim: para que esa igualdad de oportunidades sea razonable a través de la transmisión de conocimientos -es decir, para que sea equitativa e iguale posibilidades- son muy importantes los primeros meses y los primeros años de la vida. Claro, la mentalidad de ingeniero de Carlos Slim inmediatamente se ha traducido en cuánto aumenta el cerebro en esos primeros años de la vida, lo cual es vital, decisivo para el resto de la vida. Esa atención en los primeros momentos de la vida tiene que ver, también, con la salud y con la formación de capital humano.

Pero, sobre todo, mi reflexión quiere provocar algo diferente.

Sin duda, la educación es un instrumento de equidad, pero si se sigue contemplando como un gasto social y no como una inversión en capital humano, estaremos desenfocando lo que necesitamos. Es una discusión que en América Latina he tenido ochenta millones de veces cuando se habla de crecimiento y equidad. Perú vive una época de crecimiento muy importante, como una buena parte de América Latina. Carlos Slim ya ha dicho lo que él cree, que también lo creo yo: que hay un punto de inflexión en el crecimiento, que se produce cuando el producto por habitante llega a determinado nivel. Yo, en España, lo percibí cuando estábamos llegando a US\$ 8.500 o US\$ 9.000. Entré con US\$ 4.500 en 1982, pero cuando llegamos a US\$ 8.000 u US\$ 8.500 -aclaro que no es traducible idéntica ni miméticamente- pensé: este crecimiento retroalimenta la posibilidad de sostenerlo en el futuro y crea lo que llamamos desarrollo.

Pues bien, la discusión que he tenido muchas veces en América Latina es que, cuando se habla de crecimiento, se habla de crecimiento y equidad: "crecimiento" como un concepto técnico; "equidad" como un concepto ético o moral. Bueno, lo que les quiero decir es que la buena educación, la transmisión de conocimiento, incrementa la equidad.

Pero no se trata solo de equidad: un buen sistema educativo constituye un tema de eficiencia económica a mantener, para sostener en el tiempo el crecimiento. Por tanto, quien no se sienta equitativo, quien no se sienta moralmente comprometido a luchar contra la marginalidad, contra la pobreza, etcétera, que igualmente vea en la educación el instrumento que va a incrementar la eficiencia en el funcionamiento de la economía y que va a facilitar la inserción del Perú en la economía global con éxito, con capacidad de sostenerlo en el tiempo.

El debate de crecimiento con equidad siempre contiene una trampa. Por eso trato de hacerlo chocante. ¡Claro que estoy a favor de la equidad y en contra de la no equidad! Pero si la equidad es un problema moral y el crecimiento un problema puramen-

te técnico, siempre podemos relegar la equidad hasta que la prioridad -que es crecer- se cumpla desde el punto de vista técnico. Entonces, yo digo que no es solo un problema moral, sino un problema de eficiencia económica. Lo ideal sería tener un modelo de crecimiento que, a la vez que produce crecimiento económico, crecimiento del producto, produzca redistribución de ese excedente, de esa renta. Y los mecanismos de redistribución que menos alteran la necesidad de competir -o, si quieren, en sentido positivo, que más ayudan a competir en la globalización- son, justamente, la educación y la asistencia a la salud: la mejora del capital humano.

Por eso digo: no lo enfoquen solo como un gasto, porque es sobre todo una inversión.

Tenemos un crecimiento y una redistribución del valor, de la renta disponible, que se va añadiendo y garantiza -en términos técnicos- un acceso al mercado, o un acceso a la ciudadanía, que es lo que está ocurriendo. Julio María Sanguinetti lo ha citado: es muy rápida la velocidad -la más rápida de la Historia- con que salen de la pobreza millones de ciudadanos.

Me fijo en Brasil: hay muchos millones de ciudadanos que han salido de la pobreza. Pero, ¡atención!: han salido de algo más importante -conceptualmente, no desde el punto de vista vital- que es la marginalidad. Pero hay que ver cuáles son las consecuencias. Ya no son ciudadanos marginales, lo que quiere decir que están incluidos; pero al estar incluidos son portadores de derechos y de obligaciones. Lo primero que emerge son los derechos. Mientras han vivido en la marginalidad se han sentido marginados, no como parte de la sociedad; y la sociedad tampoco los ha sentido parte de ella. Pero ahora han superado la marginalidad y son ciudadanos dispuestos a exigir derechos. Es verdad que hay que compensar la exigencia de derechos con las obligaciones, pero "sorpresivamente" -entre comillas-, vemos que cuando uno hace un esfuerzo para sacar a millones de ciudadanos de la marginalidad o de la pobreza, se encuentra con ciudadanos exigentes, que exigen más educación, que piden más redistribución de la riqueza.



za, más atención sanitaria, etcétera. Esto desconcierta mucho a los gobernantes, a los políticos, que han sacado a cincuenta millones de personas de la pobreza, sí, pero ahora esas mismas personas quieren educación para sus hijos, quieren asistencia sanitaria, quieren que se cuiden sus derechos como ciudadanos.

Los especialistas en lo que digo son los chilenos: desde que tenían US\$ 6.000 per cápita son ciudadanos que exigen sistemas de salud y de educación como si tuvieran US\$ 25.000 per cápita. Esa es la típica característica de un chileno: es un ciudadano exigente.

Pues bien. Primera reflexión sobre la equidad: por favor, no enfoquen el tema solo en términos de equidad. Es un mecanismo de redistribución del excedente, de redistribución del ingreso, de redistribución de la riqueza que se está generando, que es -además- el más eficaz para competir en la globalización.

La segunda reflexión que quería hacer -que estamos aterrizando y tocándola- es que la educación, a mi juicio, tiene dos componentes: la cantidad y la calidad del conocimiento que se transmite. En la edad primera -y la señora Ministra se ha referido a eso-, en los primeros pasos de la educación, creo que tiene una enorme trascendencia educar para la ciudadanía, educar para que los niños aprendan, entiendan y asuman la diversidad: la diversidad de sentimientos de pertenencia, la diversidad de color, la diversidad de preferencia, la diversidad de raíces culturales. A mi entender, es enormemente importante que se aprenda convivencia y, por tanto, ciudadanía.

Después, entre la Secundaria -con las cifras de abandono que se citaban- y la universidad, gradualmente estamos dando pasos hacia la excelencia. Pero hay un gran problema para el desarrollo y es que hace falta lo que Carlos Slim definía como educar para el trabajo. Hace falta un sistema digno, dignificable, de formación profesional que, además, tiene que tener algo de continuidad; no todo el que llegue a la Secundaria tiene que ser universitario en el sentido clásico. En las sociedades en desarrollo siempre hay una dis-

tancia enorme entre una élite más o menos reducida de muy buena formación -a veces, incluso, con formación internacional- y una base laboral muy amplia; y, en medio de ello, una falta de formación profesional de calidad, de inadaptación a la necesidad de la economía de tener fantásticos soldadores, por mencionar oficios que hasta se nos olvidan. Debemos tener una formación profesional de excelencia.

Y detrás de eso hay una idea en la que insisto desde hace mucho tiempo y que hemos discutido muchas veces: hay que educar y, al mismo tiempo, entrenar. Una educación buena para nosotros es siempre una educación que cojea de una pata. Es buena, decimos, cuando la cantidad y la calidad de conocimientos que transmite es buena; mientras más calidad y cantidad de conocimientos se transmitan, mejor. Pero sería mucho mejor si, a la vez que se va transmitiendo conocimiento, se entrenara al que recibe la educación para saber transformar ese conocimiento en una oferta que añade valor. No digo que sean todos empresarios; prefiero que sean emprendedores de la propia vida de cada uno, aunque sea por cuenta ajena. Pero tienen que ser conscientes de que su conocimiento tiene que ser transformado en una oferta, no en una demanda titulada, es decir: "Como yo sé tanto como dice este título, deme trabajo acorde con lo que dice el título". Esa capacidad para entrenar desde los primeros años a quienes reciben la educación para que transformen el conocimiento en una oferta que añade valor, no pertenece a nuestra cultura educativa. Repito: no pertenece. Creo que tenemos que transformar eso; tenemos que cambiar: educar y entrenar en todo el ciclo.

Además, hay un desafío fantástico que nos hace pensar en los maestros, a los que se ha referido desde esta tribuna la Ministra de Educación. En realidad, ¿qué es un maestro? Si fuera mexicano diría: aquel que nos supo enseñar cómo se está parado frente a la vida; no el que nos enseñó bien matemáticas, química, física o lengua -aunque puede ser él-, sino quien nos enseñó cómo había que enfrentar la vida cuando se fuera adulto. Ese es el que nunca olvidamos como

maestro. A veces era un profesor de química y otras veces, simplemente, un maestro rural. Pero ahora el desafío -que tocaba Carlos Slim cuando hablaba de la revolución tecnológica- es de mucho interés: necesitamos educar a los jóvenes para la incertidumbre. Ha pasado desapercibida una afirmación que se ha hecho aquí: probablemente, lo que estudiemos en nuestro ciclo educativo -Primaria, Secundaria y Universidad-, cuando tengamos que ejercer la profesión que dice nuestro título ya será obsoleto desde el punto de vista tecnológico. Habremos aprendido algo que ya ha sido rebasado por la revolución tecnológica.

¿Cómo educar y entrenar para la incertidumbre? ¿Cómo hacer que la creatividad, la capacidad de enfrentar la incertidumbre, sea parte de nuestro entrenamiento educativo? Por eso digo que no se trata solo de educar, sino de entrenar a los jóvenes para transformar en oferta lo que saben y para abrir nuevos caminos ante la incertidumbre que genera un cambio tecnológico permanente y, por tanto, una sociedad distinta. Esto es un buen reto.

Cuando estaban comenzando estas exposiciones me acordé de que en China, cada año, se genera -y esto sí que le gustará a Carlos Slim, que tiene cabeza de ingeniero- el mismo número de ingenieros en cada una de las especialidades, que en todo el resto del mundo junto. Reitero: cada año. La formación está en relación con el mercado de trabajo, con la demanda que la sociedad va a tener y con las oportunidades de empleo.

Pero no es esa la cifra que más me interesa destacar en el día de hoy. Me interesa decirles que en China hay un importante fenómeno -que podemos ver en cualquier país- de migración de las zonas rurales a las ciudades. Estamos hablando de un país de 1.300 millones de habitantes, por lo que no se trata de que se desplacen 4 o 5 ciudadanos desde el campo a la ciudad, sino decenas de millones. Pero eso no está legalmente permitido: en China cada individuo tiene residencia y, para cambiarla, tiene que tener autoriza-

ción. Naturalmente, las oportunidades de encontrar una vida mejor en las ciudades están superando esas barreras legales, y solo hay un factor que retiene y modula ese desplazamiento -aunque se ha buscado un procedimiento para superarlo-: que los padres tienen derecho a la educación de los hijos solo en su lugar de residencia. Por tanto, si cambian de residencia y los hijos van con ellos, éstos no tendrían derecho a la educación. Es un mecanismo que ha resultado infinitamente más severo. Claro que finalmente se ha encontrado lo que se encuentra en todos los flujos migratorios: se va el padre o la madre a trabajar en la ciudad, y el abuelo o la abuela se queda con los niños en el lugar de origen. En China es enorme el valor social de la educación, por lo que a lo único que no quieren renunciar los padres es a que los niños reciban educación; esta es la prioridad de las prioridades para el ciudadano chino.

Cuando nosotros consigamos que en nuestras sociedades -en todas- la mayor prioridad, antes incluso que la atención sanitaria, sea la educación de los niños, habremos producido el cambio cultural que la ministra pretende para que se arrope cualquier reforma educativa.

Gracias.



## 7 - Las instituciones educativas como garantes de la laicidad filosófica

Ricardo Lagos

Muchas gracias.

Agradezco la invitación a estar acá nuevamente y compartir con todos ustedes, en este Teatro Nacional que es una demostración de la pujanza de ustedes, del Perú -y además es un teatro destinado a la cultura, que aquí comenzó con fuerza y mucho antes de que los antecesores de Felipe González llegaran por estos lados.

Eso es lo que los hace a ustedes orgullosos de su pasado y les da la fuerza suficiente para enfrentar los desafíos de este siglo. Y lo están haciendo de una manera notable.

Por eso es grato estar acá; y es grato estar acá con este Círculo de Montevideo que, como lo dijo Julio María Sanguinetti, es para pensar un poco e intercambiar ideas. Lo único malo es que Julio María tiene una característica y es que él define sobre lo que la persona tiene que hablar y me asignó un tema que, cuando lo leí, me dije: "Y ahora, ¿qué hago?": "Las instituciones educativas como garantes de la laicidad filosófica". ¿Qué será esto?

Entonces, excúsenme, pero recurrí a algunos amigos que saben de esto mucho más que yo. Ellos me empezaron a enseñar algunas cosas y después de que me enseñaron esas cosas pensé: "¡Ajá! Yo creo que esto está mal planteado". No son las instituciones educativas las que deben garantizar la laicidad filosófica; por el contrario, creo que es a la inversa, esto es: ¿Cómo se garantiza una educación plural, tolerante, abierta a todos (tanto a los que creen como a los que no creen)? Entonces, me empecé a introducir -y a aprender- en temas acerca del laicismo, que es muy distinto -me enseñaron- al laicisismo.

En verdad, muchos entienden el laicismo como esa idea de que es posible alcanzar una explicación sobre los grandes temas del ser humano -el universo, de dónde venimos, hacia dónde vamos- sin necesidad de recurrir a Dios; la idea de que somos capaces de explicar los temas fundamentales sin hacerlo. Por lo tanto, laicistas serían aquellos que, independientemente



te de lo que se piense sobre una religión en particular, creen poder expresar que se puede entender el mundo en que vivimos a partir de nosotros mismos. Y claro está, en ese caso, entonces, sin recurrir a creencias en un dios creador de todo; un dios que, por tanto, nos obliga a ratos a pensar en verdades que no admiten prueba en contrario, los llamados dogmas. Si esto es así, entonces digamos de entrada que lo que nos está planteando el laicismo es que podemos tener una interpretación de lo que somos, aquí, en nuestro paso por esta Tierra, a partir de una expresión religiosa; pero también -quizás- sin tener ese tipo de creencias. Por lo que se pide a esas expresiones religiosas que respeten a aquellos otros que creen en una explicación sin necesidad de Dios.

Esto plantea un tema muy complejo, porque de allí solo hay un paso para pasar al laicismo, que aprendí que es una ideología; ideología que significa que aquellos que no creen exigen que el resto tampoco crea, y están dispuestos a combatir a los que creen.

¡Caramba! Qué distinto, entonces, es el laicismo - que implica pluralidad- y el laicismo, que es una ideología que quiere combatir la religión y la creencia en un ser superior.

Nos vamos adentrando en un tema complejo. ¿Cómo somos capaces de avanzar en esto? Algunos dirán que, en último término, laicidad significa tolerancia, duda dirigida hacia las propias certezas, ironía con uno mismo; y, claro, se desmitifican todos los ídolos, incluidos los propios.

Algunos dicen que habría un laicismo conciliante y un laicismo militante. Fíjense ustedes la distinción. El conciliante dice: "Sí, independientemente de que se crea o no se crea en una divinidad, yo estoy dispuesto a aceptar que toda sociedad necesita muchas veces una divinidad, una religión en la que creer. ¡Bienvenida sea! La apoyo porque tiene todo el derecho a expresarse; y no solamente a informar, sino a convencer". Pero, al mismo tiempo, el laicismo le dirá: "Acepte,

también, que dentro de esa sociedad, los que no creen tienen tanto derecho de expresión como los que creen". Por lo tanto, se concilia el laicismo con vivir en una sociedad en la que se cree en un ser superior.

El laicismo militante, en cambio, es el que piensa igual que el anterior, pero dice que -precisamente porque nos tenemos que respetar todos- no acepta que exista una forma en la que algunos anden mostrando símbolos religiosos. Miren ustedes qué interesante: "Acepto la religión, pero no que la anden mostrando".

¿Recuerdan ustedes cuando, a finales del Siglo XIX, en Francia se prohibieron los crucifijos en los establecimientos educacionales? Ahí había un laicismo militante. O ahora, cuando le dicen si usted puede o no puede usar determinados atuendos, según provenga o no provenga del Islam.

Digo esto porque la idea nos lleva a una relación muy estrecha con el Estado y con las responsabilidades educacionales. ¿Por qué? Porque desde este punto de vista, el Estado laico pasa a ser definido simplemente como un Estado no confesional, que separa la religión -que pertenece al ámbito privado de los seres humanos-, del ámbito oficial o formal. Y si me apuran un poco, diré que el laicismo ha sido un largo proceso del ser humano por entender que en la vida gregaria -o en sociedad- que tenemos, culminamos teniendo un Estado al que le decimos que no se debe identificar con una determinada religión, sino que las debe permitir todas; y por cierto, ese Estado debe ser neutral.

Aquí, entonces, llegamos a lo básico que le exigimos al Estado: le exigimos la defensa; le exigimos que mantenga el orden interno; le exigimos que haga justicia. Pero a medida que el ser humano va progresando, de repente le empezamos a exigir al Estado: "Preocúpese de la educación". "La educación es muy importante y usted no la puede dejar así como así". Le exigimos, entonces, que la educación sea obligatoria;

le exigimos que sea, además, gratuita. Y así llegamos a la trilogía con la que todos convivimos a comienzos del Siglo XX en esta América Latina, que era: educación laica, gratuita y obligatoria.

Laica quiere decir, en consecuencia, que esa educación no esté destinada a capturar prosélitos para una determinada creencia; sino que debe ser una educación suficientemente abierta, porque el tema del proselitismo no corresponde al Estado, él que debe ser neutro. Por lo tanto, el avance en materia educativa pasa a estar determinado por el concepto de laicidad, esto es: "No me comprometo como Estado, como expresión de una sociedad jurídicamente organizada, expresión de la ciudadanía, en una determinada forma de mirar". ¡En buena hora!

¿Qué es educación, entonces? Quienes me antecedieron en el uso de la palabra lo han dicho con mucha brillantez: educación no es sino el conjunto de conocimientos y/o destrezas que una generación entiende que son indispensables para la próxima generación. Por lo tanto, es un concepto del ámbito y va cambiando. ¿Qué duda cabe de que va cambiando con la tecnología, con la forma de ser, etcétera?

En el año 2000 se publicó un hermoso libro que trataba de mirar cómo era el mundo en el año 1000. Todo era distinto. Y se planteaba qué ocurriría si alguien del año 1000 resucitara y nos mirara. Seguramente no entendería lo que somos; no entendería la existencia de algo que vuela en el aire, que se llama avión; no entendería que con un *click* en un computador tenemos comunicación instantánea; no entendería nada. Sin embargo, en ese libro se decía que si a esa persona se le mostrara una sala en donde hay un conjunto de pupitres, jóvenes en cada uno de ellos, y al frente un pizarrón y una tiza, ese señor rápidamente diría: "Aquí están enseñando". O sea que después de mil años, el concepto de enseñar, de un profesor en una sala de clase con veinte o treinta alumnos, es exactamente el mismo. Queda por ver cómo va a cambiar esto con las nuevas tecnologías a las que se han referido Carlos Slim y Felipe González.

Pero volvamos al tema de la laicidad y a cómo vamos a ir entendiéndonos a futuro.

Se le pide al Estado que se preocupe de la educación, porque parece normal que sea el Estado, a través del Ministerio de Educación, el encargado de tomar aquello. Sí, pero hay otro principio tan importante como este.

Obligamos al Estado: "¡Eduque!" Pero, ¿qué dice la historia del Siglo XX en América Latina en materia educativa? Vean ustedes los mensajes de todos nuestros presidentes a lo largo del Siglo XX: "En mi período presidencial hemos aumentado equis equis el número de escuelas" o "Tenemos una cobertura de tanto". La gran lucha educativa fue la lucha de la cobertura. "Tenemos 60% de cobertura", "80% de cobertura"; "Estamos llegando al 100% de cobertura en Educación Primaria". Y después, ¿qué cobertura en Secundaria? Y claro: descubrimos que cuando creemos haber llegado al *desiderátum*, que es el 100% de cobertura en Primaria, y luego en Secundaria, descubrimos que sí, tenemos cobertura, pero los diferenciales en calidad son abismales. Y ahí, entonces, viene un desafío infinitamente más complejo y difícil.

Este laicismo, entonces, nos dice cómo debe ser la escuela. Es cierto: es obligación pública porque la educación es un derecho; pero hay otro principio tan importante como éste en un sistema democrático. Yo le exijo al Estado que eduque, pero también le exijo que exista libertad para educar, y que él no tenga el monopolio de la educación, porque yo, ser humano, tengo derecho a decir: "Yo quiero educar a un conjunto de ciudadanos de mi país como a mí me parece que habría que educarlos". Así, el principio de la libertad de enseñanza pasa a ser un principio mayor dentro de todos nuestros sistemas. Pero si cada uno tiene libertad para enseñar, dígame usted: ¿Cómo garantizamos la seriedad de los títulos? ¿Cómo garantizamos que, como resultado de la libertad que ese señor o esa institución tiene para enseñar, lo que está enseñando es tan serio que tiene que tener mi reconocimiento?



Acá tenemos, entonces, dos principios fundamentales que atender: el principio de la libertad de enseñanza -que hay que respetar- pero, a su vez, la obligación que tiene el Estado -en función de ese principio- de responder por la seriedad de esos establecimientos educacionales -creados por privados, instituciones religiosas o lo que fuere- en materia de educación. El Estado debe certificar la seriedad de esos sistemas educacionales y la seriedad de sus títulos y grados.

Cuando llegué a esta parte empecé a pensar que a lo mejor Julio María Sanguinetti tenía razón cuando me dijo: "Hable de las instituciones educativas como garantes de la laicidad filosófica", porque las instituciones educativas no son todas iguales. Algunas instituciones son del Estado y a él le exige neutralidad; pero en virtud de la libertad de enseñanza, yo tengo todo el derecho de crear una escuela católica que enseñe los principios del catolicismo. ¡Sí señor! Y lo único que el Estado me puede exigir a mí es que lo que enseñe esté acorde con la seriedad de los títulos y grados. Si yo digo que con esto se van a culminar los estudios de educación primaria, eso debe corresponderse con la educación primaria; lo mismo con la Secundaria, y que decir de la universitaria, cuando lo que se están entregando son títulos profesionales de abogados, médicos, ingenieros, doctores, etcétera.

Entonces, somos capaces de entender qué le exigimos a estas instituciones educativas, y distinguimos que así como hay un Estado no confesional, pueden haber instituciones educativas que preconicen una cierta confesionalidad.

El tema, sin embargo, es que hasta aquí tendríamos dos clases de instituciones: las públicas y -en función de la libertad de enseñanza- las privadas. Pero el mundo se nos ha hecho más complejo.

Aquí, con toda la razón, la ministra nos decía que la educación es un derecho. Obviamente, es un derecho. Pero algunos han descubierto que, siendo la educación un derecho y habiendo una cantidad tan gran-

de de personas que en el mundo de hoy quieren educarse, la educación también puede tener carácter de negocio. Quienes entendemos que la educación es un derecho, quienes entendemos que la educación es una obligación primordial del Estado para con sus ciudadanos -sin perjuicio de la libertad de enseñanza y el derecho a una educación privada-, tenemos que reconocer que hoy hay entidades que tienen 400.000 alumnos en el mundo y cuyas acciones se transan en la bolsa de Nueva York. En consecuencia, esas instituciones educacionales privadas tienen fines de lucro, porque si no sus acciones no se transarían en la bolsa de Nueva York.

Esto nos introduce a un tema de una gran complejidad, porque entonces tenemos instituciones educativas de muy diferente carácter.

Es cierto lo que dice Felipe González que pasa en mi país, y creo que es algo que nos va a empezar a pasar a todos en esta América Latina: al reducir los niveles de pobreza de 40% a 20% o a 10%, aquellos que están dejando atrás la pobreza tienen ahora nuevas demandas; y la número uno de ellas es: "Educación para mis hijos; quiero que mis hijos lleguen a donde yo no llegué". Hoy, de diez jóvenes que están cursando educación superior, siete son primera generación. ¡Qué orgullo! ¡Miren lo que contamos por el mundo! Lo único malo es que esos siete tienen que pagar por esa educación y, como no tienen cómo, se les da crédito; y como se cobra muy cara la tasa de interés, están acogotados y no tienen cómo pagar. Entonces, claro, se van a la calle a desfilarse, con toda razón. Yo quiero vivir en un país en el que, si soy capaz de ingresar al sistema de educación superior, alguien lo pague. Y acá tenemos un problema.

Fui Ministro de Educación hace ya mucho tiempo y decidí que en el sistema educacional universitario chileno tenía que haber becas. Pregunté cuál era el costo de matrícula más alto y me respondieron que era el de la Universidad Católica, la Escuela de Medicina. "Muy bien" -dije- "eso va a ser lo que vamos a

dar como beca a los alumnos que más lo necesiten". Y llegué al año siguiente muy orgulloso, para constatar y descubrir que el aumento de la matrícula universitaria había sido mayor que el ajuste que yo tenía en el Presupuesto para aquello. Esto es: yo asumía el costo de la matrícula, pero ese ente autónomo fijaba su monto. Obviamente, a la larga eso nunca iba a funcionar. Si usted paga y este otro señor fija el monto, él va a subir el monto de lo que usted está pagando. Ergo, ¿tengo o no el derecho de fijar el monto máximo de matrícula que un establecimiento privado puede cobrar cuando la beca para que estudie el muchacho sin recursos la paga el Estado? ¿Cómo funciona, entonces, la autonomía universitaria en este tema?

Déjeme decirle, Ministra, que se va complejizando el tema de las instituciones de educación, particularmente el de las instituciones de educación superior.

Por tanto -y no quiero cansar- creo que acá estamos en presencia de un tema que es fundamental y es que tenemos distintos tipos de instituciones educativas: las públicas, que dependen del Ministerio de Educación -o de los municipios, según la administración-, donde es la ciudadanía la que define, a través de los representantes; y las instituciones privadas, entre las que podemos distinguir aquellas que tienen por objeto propagar determinada concepción -los principios de quien brinda esa educación-, y las que tienen por objeto obtener una utilidad, esto es, entrar a la actividad educativa de la misma manera que se entraría a producir zapatos. ¿Cómo abordamos esta nueva realidad?

Cuando vemos el sistema internacional, particularmente en educación superior, observamos que ha devenido en un campo tremendamente importante, precisamente por el número de personas que quieren fluir hacia él. Las cifras que mencionaba la señora ministra respecto de cuánto ha aumentado la educación superior en Perú es lo que se ve hoy día prácticamente en toda nuestra América. Descubrimos después que es más fácil reducir pobreza que satisfacer

las demandas de los sectores medios que se van expandiendo en nuestra América. Por lo tanto, tengo que concluir que tenía razón Sanguinetti cuando me pidió que hablara sobre las instituciones educativas como garantes de la laicidad filosófica. Y concluyo que, independientemente de que sean públicas o privadas, independientemente de que tengan como propósito formar en una determinada concepción de la vida, las instituciones educativas también deben formar de una manera laica en el sentido de neutralidad valorativa.

Creo que este es el elemento fundamental, que además tiene directa relación con el otro tema: ¿Instituciones de esta naturaleza pueden acceder a los fondos públicos? ¿O los fondos públicos no van a la universidad sino al joven -él o ella- que porque tiene sus merecimientos accede al sistema de educación superior?

Estos son los grandes temas que vamos a tener que abordar hoy. ¿Por qué? Porque hasta aquí estamos hablando de educación superior, pero todavía no hemos hablado de educación de cuarto grado, esto es, la posuniversitaria, cuando uno estudia para una maestría o un doctorado. Y esta Educación del cuarto nivel -y quisiera concluir con esta reflexión- me parece que es central desde el punto de vista de nosotros, latinoamericanos. ¿Por qué? Porque hasta hoy la educación de cuarto nivel es, básicamente, una educación que vemos que tiene lugar fuera de nuestra región. Nuestros jóvenes terminan, se reciben en nuestras universidades y algunos piensan: "Con una beca puedo llegar a estudiar en el exterior"; y se mira a Estados Unidos, Europa, etcétera. Pues digámoslo: en nuestros países, crecientemente empieza a existir esta educación de cuarto nivel. Hay espléndidos posgrados en la mayor parte de nuestros países.

¿Es posible tener entre nosotros algún mecanismo para fortalecernos a nosotros mismos a través de nuestros posgrados? Porque si educación es conocimiento, si educación es inversión, la verdadera inversión para



el Siglo XXI es la que se genera en materia de conocimiento a través de las patentes. Y las patentes, que protegen una cierta invención, son el resultado de esta forma conjunta de abordar el avance del conocimiento científico que se genera en nuestros sistemas universitarios, con la capacidad de emprendimiento del sector privado para aprovechar esos avances científicos y generar los avances tecnológicos que conocemos. Y hoy, digámoslo, la inmensa mayoría de los países en esta región, en América Latina, somos importadores de la tecnología: traemos las patentes de afuera. Nuestras universidades tienen un nivel mínimo de creación y de protección de patentes.

Por lo tanto, hay acá un elemento central para el desafío del Siglo XXI: ¿Podemos generar un conjunto de elementos que nos permitan avanzar en el sentido de la educación de cuarto nivel y fortalecernos unos con otros? ¿Podemos, en consecuencia, lograr que el grueso de nuestros futuros graduados -o un número significativo de ellos- alcancen esta meta dentro de nuestra América Latina o, si apuramos un poquito el tranco para volver a la Península Ibérica, pensar en que lo hagan allí?

Excúsenme si concluyo con un sombrero que me acaba de poner Enrique Iglesias, con quien hace poco estuvimos aquí, en Lima, para hablar con los ministros de Relaciones Exteriores sobre cómo fortalecer la identidad iberoamericana; y uno de los temas que planteamos fue, precisamente, si era posible -a nivel iberoamericano- tener una suerte de programa como el *Erasmus* que tienen los europeos, a través del cual se da una circulación integrada de estudiantes de cuarto nivel y nivel universitario. Creo que eso daría una fuerza enorme a nuestro sistema de educación superior y nos permitiría avanzar mucho más que si lo hacemos cada uno al interior de nuestros países.

Lo que yo quisiera -para concluir la reflexión que me ha pedido Julio María- es decir lo siguiente: sí, las instituciones educativas pueden ser garantes de una

cierta visión de pluralidad para nuestras sociedades. Es lo que queremos: aprender a convivir los que creen y los que no creen; y entre los que creen, aprender a convivir en la diversidad de las creencias, que es lo que caracteriza a nuestra América Latina. Cuando miramos lo que ocurre en otras regiones del mundo, nos damos cuenta cuán importante es preservar esta civilidad de la convivencia de distintas creencias, incluidos los que no creen.

Y junto con ello, yo diría que nosotros, latinoamericanos, debemos ser capaces de entender que para poder tener un avance más adecuado en este ámbito de la educación superior en un mundo cada vez más global, la globalización nos obliga a actuar mancomunadamente. Si se ha globalizado la educación superior de tal forma que alguien puede tener 400.000 alumnos desparramos en distintos continentes y de eso hace un buen negocio, ¿con qué mayor razón no podemos nosotros, aquí en nuestra América, ser capaces de percibir una forma de avanzar?

En este contexto me parece que hay muchos mecanismos que podemos utilizar y hacerlo nos permitirá afirmar nuestra independencia. Sí, y sería nuestra segunda independencia: no la que logramos hace doscientos años, cuando nos apoyamos unos a otros, sino una independencia respecto del conocimiento, porque si no nuestras economías van a estar destinadas a seguir siendo importadoras de la tecnología que se produce en otros lugares. Si queremos una verdadera independencia, pensemos cuánta de esta nueva tecnología la podemos crear en nuestros propios países, y cuánto podemos avanzar si en lugar de hacerlo al interior de cada una de nuestras sociedades, podemos avanzar mancomunadamente. Ésta, claro está, es tarea de la política -en grande- y para esa política, en último término, la palabra la tienen los ciudadanos.

En este contexto, teniendo instituciones educativas diversas y distintas, que plantean desafíos políticos diversos y distintos, la concepción educativa glo-

bal recae en las instituciones del Estado; porque la educación hace mucho tiempo que es materia de preocupación del ciudadano y el ciudadano le da instrucciones a sus representantes -al Presidente de la República, a los ministros, a los parlamentos, al Poder Judicial- de cómo ejercer la tarea educativa, para asegurarse de que la próxima generación tenga las mismas posibilidades que ésta. A sabiendas, sí, de que cada vez es más difícil definir los contenidos educacionales, porque cada vez es más cierto eso de que "el futuro no es lo que era", como dice el libro en el que participaron Felipe González y Juan Luis Cebrián, cuyo título refleja exactamente el desafío que tenemos. El futuro ya no es lo que era, por lo que resulta más difícil definir cómo hacemos para tener un sistema educativo adecuado. A lo mejor, si lo hacemos en forma conjunta, entre todos, podemos avanzar más rápido.

Muchas gracias.



## 8 - Enseñar para el siglo XXI

Claudio de Moura Castro

Buenos días.

¿Cómo educar para un futuro que no sabemos cómo va a ser? Debemos hacernos dos preguntas: ¿qué enseñar? ¿cómo enseñar? Adelantando un poco los resultados, diré que sobre "qué enseñar" voy a ser muy conservador; y en cuanto a "cómo enseñar", voy a ser subversivo.

La constante es el cambio y las grandes revoluciones de la Historia de la humanidad han sido tecnológicas: la agricultura, la Revolución Industrial, la informática. Esto ha cambiado a la sociedad más que todo lo que podamos imaginar. Y la velocidad de cambio es cada vez más elevada. Por supuesto, los cambios tecnológicos tienen sus implicaciones en la educación; y lo más obvio es que sube la proporción de empleos que requieren educación y sube la proporción de educación que se requiere para cada empleo. En definitiva, hay una explosión en la necesidad de educación.

Pero, ¿qué debemos enseñar a la gente? ¿Qué vamos a hacer con nuestras escuelas? Para decirlo en forma reducida: tenemos que enseñar a pensar; hay que educar para pensar y no para coleccionar información. No sabemos qué conocimientos van a necesitar las nuevas generaciones en el futuro, pero ello no significa que tengamos que enseñar un poco de cada cosa; por el contrario, creo que tenemos que tomar decisiones que son muy difíciles. En principio, el profesional de alto nivel no es un generalista ni un especialista, sino ambas cosas: un especialista que tiene, también, una muy buena formación general. Creo que esto hay que entenderlo.

Voy a leer una cita que nos lleva a la idea de cómo se aprende a pensar: "Si lo estudiamos científicamente, no importa si elegimos geología, biología o lo que sea; necesitamos conocer profundamente un grupo restringido de hechos, las relaciones entre unos y otros y las fórmulas que expresan su secuencia". Esto fue escrito a finales del 1800 por Karl Pearson, que es uno de los grandes nombres de la estadística.

Yo creo que aquí está la llave de una buena educación: enfocarla en un asunto más o menos restringido y aprender a pensar, manejando las leyes, los teoremas,



las fórmulas, los hechos de este campo de conocimiento. Esto quiere decir que la mejor educación es dominar el método científico, porque aquí estamos hablando, precisamente, del método científico.

Si queremos saber cuál es la mejor educación, tenemos que entender que hay que aprender a pensar con rigor. Esto es lo que sirve si no sabemos qué es lo que vamos a hacer después.

Al mismo tiempo, tenemos que convivir con la explosión de conocimiento. Se dice que la vida útil del conocimiento es cada vez más corta. ¿Es verdad? ¿Es mentira? Sí y no. La información puede tener una vida útil corta, pero aprender a pensar nunca queda obsoleto; tiene un valor eterno -si podemos decirlo- y es lo que sirve para enfrentar nuevas situaciones que desconocemos.

Después de Google, el desafío de obtener información es trivial. ¿Para qué memorizar si está en Google? Y si está en Google, está hasta en el bolsillo, donde ahora podemos tener una computadora. Entonces, el desafío es evaluar la calidad de la información. En esto sí tiene que concentrarse la educación: en evaluar la calidad y en utilizarla bien. Utilizar bien la información no es muy diferente de tener una buena educación.

En una sociedad tecnológica -y cambiamos de asunto para ir en otra dirección- las humanidades están obsoletas. Este tema lo discutían los americanos a mediados del Siglo XIX y lo seguimos discutiendo hoy. Y si no lo estamos haciendo, deberíamos hacerlo.

¿Qué es una buena educación? El profesionalismo prepara para alguna cosa, mientras la educación permite comprender la importancia de esas cosas. Y aquí me refiero a lo que decía Felipe González sobre la importancia de estas cosas. El profesionalismo es transitorio; la educación es permanente. Entonces, el desafío es encontrar el buen equilibrio entre profesionalismo y una educación para toda la vida. Es el gran desafío que siempre tendremos que enfrentar. Esto lo dijo Whitehead en una conferencia en Harvard

en 1917; por lo tanto, es viejo, pero es absolutamente actual.

¿Cómo combinar las humanidades, la educación, el aprender a pensar, con enseñar a hacer alguna cosa? De esto nos hablaba Felipe González.

Voy a mencionar dos citas que me parecen bonitas. "Educación es la capacidad de separar lo que tiene sentido de lo que no lo tiene" y "Es la brújula para el viaje de la vida". Me gustan las dos.

Hay que aprender a leer el mundo con sus angustias y sus dilemas: lo cierto, lo real, lo malo y lo bueno, los peligros, los modismos -no podemos encadenarnos a lo efímero-, las ventanas y las oportunidades. Pero esta lectura requiere otra alfabetización: la alfabetización en las humanidades. El alma humana no cambió; los grandes temas de la vida y de la sociedad son los mismos, y todo está en los libros inmortales. Ayer estaba mirando cuáles eran los nueve libros más leídos en Alemania, y todos los autores nacieron antes de 1900. Se advierte que son libros inmortales porque lidian con las ideas, que son las mismas. En ellos se aprenden los valores, el carácter, la ciudadanía; eso que no se aprende con los sermones. No se aprende porque nos digan que "esto es cierto" o "esto está equivocado"; se aprenden en las narrativas de los grandes autores. Pero el cómo, el cuándo y el cuánto de enseñar las humanidades sigue siendo un desafío tremendo. Es muy difícil manejarlo bien.

Ahora, la gran revolución. En esto sí creo que hay que ser subversivo. En cuanto a la educación, entre Whitehead, Pearson y otros grandes educadores, lo que debía decirse ya ha sido dicho. Ahora, ¿cómo enseñarlo? Aquí tenemos problemas.

En primer lugar, la escuela formal, la que suministra los diplomas, ignora el avance de la teoría cognoscitiva. Tenemos, por lo menos, treinta años de investigaciones que dicen "esto sirve" o "esto no sirve"; y hoy en día se habla de educación basada en evidencia, del mismo modo que se basa en evidencia la eficacia de los medicamentos que tomamos. Ahí

hay una colección de principios que solamente voy a mencionar.

En primer lugar diré que actualmente se sabe que la contextualización es fundamental: la narrativa, hacer el cuento, contar historias es esencial.

Luego tenemos la estructuración, es decir, detallar lo que debe hacerse en el salón de clase, porque no podemos contar con buenos maestros en todas las clases.

También es importante la inteligencia de las manos: la escuela se olvidó de que esto existe, pero debemos recordar que aprendemos con las manos, con la práctica; aprendemos haciendo, aprendemos cometiendo errores, golpeándonos el dedo con el martillo. Es necesario aplicar lo que se aprende. Hay un principio muy serio de educación que dice que si no aplicamos, no entendemos; y la escuela no nos hace aplicar, lo que significa que no entendemos.

En suma: hace 50 años teníamos un salón de clase precientífico, porque no había una ciencia que dijera "esto sirve" o "esto no sirve", "esto es bueno" o "esto es malo"; pero hoy en día tenemos un salón de clase anticientífico, porque se ignora lo muy interesante y sólido que ha producido la investigación de los últimos años. Entonces, lo que debemos lograr es la gran revolución en el salón de clase. Ahí sí soy subversivo. Hay que cambiar y mucho, porque la situación presente no es buena.

Aquí viene la salvación tecnológica. Primero aparece el correo, y se dice que va a lograr la gran revolución de la educación y que ya no serán necesarias las escuelas; luego viene el cine y también se dice que con él ya no se precisarían escuelas; a continuación surge la radio y se piensa lo mismo; viene la televisión, la gran revolución; aparece la computadora; nace Internet; llegan los *smartphones*; surgen las redes sociales; aparece el MOOC. Cada uno de ellos nos promete una gran revolución, pero por la escuela académica esta revolución no pasa y no hay indicios de que vaya a pasar. Hay una tremenda colisión entre la sociología

de la escuela y la tecnología educativa. La cosa no anda; la escuela rechaza la tecnología. Se escriben libros sobre por qué la escuela rechaza la tecnología y algunos no tienen ni el coraje de escribir. Pero lo cierto es que los únicos éxitos de la tecnología en la escuela son la fotocopidora y el *data show*. ¡Es así! No pasa de eso. La computadora solo ha funcionado si no la tiene la escuela, sino los alumnos; ellos saben mucho mejor que la escuela qué hacer. Lo cierto es que la computadora les ayuda a aprender la lección.

Entonces, se puede decir -y creo que los economistas lo han comprobado- que, desde el punto de vista costo-beneficio, la peor inversión que se puede hacer en una escuela es poner computadoras. La computadora ha sido rechazada por la escuela en todos los países que conozco, pero la tecnología entra por fuera de la escuela académica; está entrando, está invadiendo fuera de la escuela.

Algo muy interesante es la educación a distancia, que fue creada fuera de la escuela, con sus propias reglas; y cuando se incorpora a la escuela regular, ya viene con sus buenas reglas, con aquellas que funcionan. Así, la incorporación progresiva de mayor tecnología se ha convertido en un proceso natural.

Entonces, la educación a distancia es un viejo éxito -ya que hace por lo menos cien años que produce buenos resultados a través del correo-, y tiene un gran futuro. Ahora tenemos algo muy interesante, que son los MOOC, que representan una gran promesa y mucha entropía, pues nadie sabe qué va a suceder con eso de la educación de masas por medio de la tecnología.

Pero un punto muy importante es que hoy día se puede "congelar" en un medio magnético la mejor clase, la mejor conferencia del mundo, y ofrecerla casi sin costo a prácticamente toda la humanidad. Esto no se puede ignorar; representa un cambio tremendo y puede cambiar mucho la lógica de la escuela, pues la mejor clase del mundo sobre un asunto cualquiera puede ser ofrecida casi a costo cero si lo tenemos en medio magnético. Lo que va a cambiar es lo que va



junto con esta clase: si es presencial, si es a distancias, si tiene tutores, si tiene un tutor para 10.000 o para 10 alumnos. Todo eso puede ser variable, pero el hecho de que podemos ofrecer "congelado" en medio magnético la mejor clase o la mejor exposición del mundo, a costo próximo a cero, es una gran revolución.

Por último, algo que sigue a este razonamiento sobre la tecnología es que la escuela va perdiendo, cada vez más, el monopolio de la educación, porque es aburrida y -mencionando otra vez a Whitehead, que habla de "ideas inertes"- es campeona tratando de enseñar ideas inertes, por lo que compite muy mal con la fuerza, con el *sharp* de los medios. Comparemos una clase del pobre maestro con lo que hace la gran televisión, sea educativa o no: el *edutainment* avanza sobre la escuela, con programas del tipo *Discovery* y aun con Disney -algo se aprenden en Orlando-; y con que se aprenda el 5% de lo que pasa, es mucho comparado con lo que logra la escuela.

Los museos también se han convertido en instituciones educativas en forma muy deliberada: han dejado de ser gabinetes de curiosidades y hoy día los buenos museos son instituciones educativas con mucho más impacto que la escuela.

La televisión "tragaba" todo el tiempo de los alumnos. En Estados Unidos se hizo la cuenta y un alumno que se graduaba en *High School* había tenido muchas

más horas de televisión que de escuela. Y ahora, la computadora "traga" el tiempo de la televisión, pero no lo devuelve a la escuela. No sabemos muy bien lo bueno y lo malo de la computadora, pero podemos decir que las redes sociales consumen un tiempo increíble y ya están funcionando como sistemas educativos paralelos a la escuela formal. Ayer leí sobre una investigación de campo en Brasil, en la que los alumnos discuten entre ellos, a través de *Facebook*, lo que no están entendiendo. Todo esto avanza, todo esto "traga" el protagonismo, la centralidad y el prestigio de la escuela; y los resultados no necesariamente son buenos.

Voy a citar a otro autor que me gusta mucho: Mortimer Adler. Dice -y creo que esto es para nosotros- que solamente después de los cincuenta empezamos a entender los clásicos.

También dijo que hay que prepararse para aprender para toda la vida.

Para terminar, voy a mencionar una cita de Hewlett y Packard -no sé de cuál de los dos y no puedo imaginar que ambos, juntos, lo hayan dicho-: "Si crees que tu educación ha terminado, estás equivocado. Peor aún: eres tú quien está terminado".

Muchas gracias.

## 9 - Enseñar con calidad ¿qué y cómo?

Carlos Magariños

Muchas gracias.

Buenos días, señoras y señores. Queridos amigos, todos: me da mucho gusto compartir con ustedes unas reflexiones acerca del significado de educar con calidad.

Realmente me encuentro en una posición de privilegio respecto de quienes me precedieron en el uso de la palabra, porque esta mañana hemos escuchado presentaciones de eminentes personalidades, elocuentes oradores, que han reducido enormemente mi trabajo. Quiero anticipar, entonces, que voy a tratar de concentrarme en aquellas cosas de la intervención que preparé que me parece que agregan algún valor o alguna idea a los comentarios tan precisos, edificantes, constructivos y claros que escuchamos esta mañana.

Se ha dicho con mucha propiedad que la educación es fundamental para el desarrollo económico y también para el desarrollo político, y que la educación es necesaria e imprescindible para alcanzar la cohesión social. Desde mi perspectiva -la de una persona que ha dedicado su carrera profesional a estudiar el fenómeno del desarrollo económico y social- no puedo menos que coincidir con esas apreciaciones. Por supuesto, en la estadística, en la literatura, encontramos numerosos ejemplos que permiten corroborar la relevancia y la contribución de un sistema educativo de alta calidad y dinámico, para alcanzar progresivos estadios de desarrollo.

En el Siglo XIX vimos la experiencia de economías como la americana, la alemana y la japonesa, utilizando los beneficios de un sistema de educación terciaria, un sistema universitario de excelencia. Más recientemente, en los años setenta, cuando todos los economistas hablábamos de los milagros de la economía asiática, nos referíamos a una combinación de políticas industriales y comerciales que había tomado la primera generación de "Tigres Asiáticos": Taiwán, Singapur, Corea del Sur. Pero ninguna de esas políticas hubiese dado tan buenos resultados si esos países no hubiesen invertido con anticipación y apropiadamente en formar su capital humano. Porque de eso



estamos hablando al referirnos a la educación de calidad: a la necesidad de formar un capital, tal vez menos visible o evidente, pero esencial para conseguir el desarrollo económico.

Como decía, tan importante como la contribución al desarrollo económico es la que hace la educación al fortalecimiento de las instituciones democráticas y a la búsqueda de la cohesión social. Me parece que sería un error pensar que la educación solo transmite conocimientos, porque el sistema educativo es, fundamentalmente, un vehículo extraordinario para la transmisión de valores, para la formación de aptitudes en los ciudadanos. Es allí donde la calidad de la educación logra una diferencia enorme en comparación con los sistemas educativos menos desarrollados.

La pregunta más sería que me parece que podemos hacernos a esta altura del debate es cómo vamos a trabajar sobre esos conceptos frente a un mundo que está cambiando constantemente y de diversas formas -en el Círculo nos gusta decir que más que una época de cambios enfrentamos un cambio de época-; y cómo vamos a hacerlo, además, con un sistema educativo articulado alrededor de ciertas características básicas.

El sistema educativo que tenemos hoy vio la luz a fines del Siglo XIX, en un contexto en el que muchos países afrontaban un proceso de unificación nacional y era necesario fortalecer los valores de la democracia. Se trata de un sistema educativo organizado en tres niveles (primario, secundario y terciario; así como un cuarto nivel, al que se refería Ricardo Lagos hace un momento, para posgrados) en el que además el orden de prelación representa complejidad progresiva. Es decir que no se puede acceder a un nivel sin haber pasado por el anterior; un sistema organizado alrededor de la edad de las personas, que tiene mucho que ver con el lugar en el que esas personas reciben en una estructura social (aun cuando está el propósito de incluir a todos de manera igualitaria en esa estructura).

Este esquema portaba un sentido en la triple dimensión de su significado: tenía un fundamento, una unidad y una finalidad. Esas son, para mí, las dimensiones del sentido de este esquema. Fundamento, en el sentido de que organizaba alrededor de la nación el pivote que sostenía el proyecto nacional; unidad, porque el conocimiento disciplinado permitía ordenar la cosmovisión del mundo y darle a cada persona, a cada sector de la sociedad, un lugar en esa visión; y la finalidad, por supuesto, era el progreso social: vivir con mayor nivel de confort, con mayores niveles de libertad y de justicia.

Ahora, bien; ese sistema enfrenta un cambio de época, en el que los pilares que dan sentido y significado a ese esquema de educación en niveles, organizado en base a las edades, está bajo asedio. El Estado sigue siendo fundamental para la organización de las sociedades, pero hace dos décadas al menos que se encuentra bajo asedio del proceso de globalización en dos sentidos: por arriba, debido a las organizaciones supranacionales -tratados de comercio o tratados políticos, que ofrecen enormes oportunidades pero, al mismo tiempo, reducen los márgenes de maniobra en la determinación de políticas-; y por abajo, porque debajo del nivel nacional, los reclamos de identidad de los nacionalismos son muy frecuentes y cada vez más referenciales.

Por el lado de la democracia también aparecen nuevas demandas. En el Siglo XX el desafío que tenía el sistema democrático era el de su propia supervivencia como sistema. Tal vez ahora no lo vemos con tanta claridad, pero yo creo que en el Siglo XX la democracia sobrevivió y se impuso como el mejor sistema de gobierno -"con excepción de todos los demás", como le gustaba decir a Churchill- por un margen mucho menor del que varios de nosotros pensamos.

El problema de la democracia en el Siglo XXI es diferente. Aun con las amenazas populistas -que no solo aparecen en la región, sino en otras regiones del

mundo-, el desafío de la democracia en el Siglo XXI, en lugar de sobrevivir parece ser resolver los problemas concretos de la gente y asegurar mayores niveles de participación, igualdad y justicia para las minorías.

Es en ese contexto en el que tenemos que educar para el desarrollo, tenemos que educar para la democracia y tenemos que educar para la cohesión social. Es en ese mismo contexto en el que podríamos hacer algunas propuestas que surgen de congresos internacionales y de recomendaciones de las Naciones Unidas, pero también de la observación cotidiana.

Yo tengo el privilegio de poder trabajar en varios países, con varias oficinas, y ver allí que estas ideas se reproducen de un modo bastante similar. Me refiero al fortalecimiento de la educación de las minorías o de los segmentos en estado de vulnerabilidad, enfocando este proceso principalmente hacia la integración de programas de educación en salud, programas de temática indígena o programas de formación para las comunidades rurales. Esto significa revitalizar el entendimiento de la cultura como capital del conocimiento y como recurso para satisfacer las necesidades individuales y comunitarias. Las capacidades culturales también pueden proveer oportunidades de trabajo y promover un desarrollo económico inclusivo. Al mismo tiempo, es necesario trabajar en este terreno para fortalecer la igualdad de género en el acceso a la educación, sobre todo en los sectores donde se registra la mayor deserción por parte de este grupo.

En materia de educación para el desarrollo económico, me parece importantísimo tener en cuenta que los cambios que estamos viviendo -producto de la innovación tecnológica- generan un desafío enorme, sobre todo para los jóvenes. Vivimos en un mundo en el que los jóvenes tienen tres veces mayores posibilidades de enfrentarse al desempleo que la población madura; y en el que uno de cada dos jóvenes del mundo desarrollado no encuentra trabajo.

Eso tiene mucho que ver con los sistemas de educación a los que me referíamos antes, estratificados y organizados alrededor de la edad.

Me parece importantísimo comentarles algunos resultados de encuestas realizadas por Naciones Unidas y por otras organizaciones multilaterales, que revelan que el 78% de los jóvenes - nada menos- piensan que un número creciente de los puestos de trabajo que existen actualmente desaparecerán en la próxima década; y que ellos deberán prepararse para desarrollar su labor en puestos de trabajo que hoy todavía no están apropiadamente definidos.

Esta mañana se decía que una persona que estudia en Primaria, en Secundaria o en educación terciaria, puede encontrar que muchos de sus conocimientos son obsoletos al final de ese proceso. Bueno, los jóvenes y los expertos piensan que en muchas actividades y formaciones relacionadas con la ingeniería, por ejemplo, o con carreras técnicas, la mitad del conocimiento técnico se renueva en un período de aproximadamente dos años, lo que significaría que un ingeniero, al momento de terminar una carrera de cinco años, podría encontrarse frente al problema de que la mitad de lo que aprendió durante su período de formación termina siendo obsoleto en términos de conocimientos técnicos.

Me gustaría comentarles sobre algunos nuevos perfiles especializados en distintas áreas, que están generando un desafío enorme para los sistemas de educación formal y que solo son atendidos por mecanismos de educación informales, o con formación a través de la red.

Voy a tomar el caso del *trafficker*. No sé si lo han escuchado -seguramente algunos de ustedes sí-, pero el *trafficker* se ha vuelto una personalidad clave en el manejo de información, sobre todo en empresas dedicadas a la administración de volúmenes significati-



vos de publicidad, bien sea a través de agencias de medios, o de medios propios. Actualmente, el puesto de *traffickeer*, aun cuando es estratégico para muchas compañías, está apenas definido, por el mismo motivo que no existe una formación especializada, académica para ello. No hay grados, uno no se puede graduar en ese nivel; y sus funciones, responsabilidades y habilidades, muchas veces quedan diluidas en el uso de una herramienta de software. Las actuales herramientas de *advertising* no gestionan adecuadamente el inventario de información disponible -frecuencias, países, segmentaciones y varios otros que requieren unificación-, debido a que el usuario que navega por la red no es un sujeto único u homogéneo, que tiene una única finalidad. Esto convierte al *traffickeer* en una suerte de estadístico avanzado, que además sabe un poco de todo: sobresale por sus dotes de relacionista público, su capacidad de análisis, el uso de ratios, estimaciones, entre otros aspectos más formales. Lo cierto es que para ser *traffickeer* no se estudia: el *traffickeer* se forma y requiere una considerable inversión de tiempo a fin de obtener las cualificaciones profesionales necesarias en esta área.

Queda preguntarse dónde se forman estos perfiles especializados. Ya no se trata solamente de discutir entre educación pública o educación privada, sino también entre los mecanismos de educación formal y los mecanismos de educación informal.

Me gustaría concluir mencionando algunas tendencias que se observan en el mundo frente a esos fenómenos.

La primera es el fortalecimiento de la educación continua, es decir del estudio postuniversitario o postescolar que se aparta de los paradigmas basados en logros específicos y metas sistémicas. La educación busca como objetivo proveer un amplio éxito al alumno y debe estar fundamentada en el aprendizaje continuo fuera del ámbito escolar.

En segundo lugar, las técnicas educativas prestan más atención al dominio de los procesos y a la comprensión de los conceptos, moviéndose de la instrucción al entrenamiento, como se decía hoy mismo, es decir, del *pitching* al *coaching* de alumnos, para que puedan aprovechar al máximo sus capacidades y formar mayores habilidades. De lo que se trata es de romper el aislamiento de las instituciones educativas y abrirlas a las necesidades de la sociedad, reconfigurando los acuerdos con otras agencias socializadoras, como la familia y los medios de comunicación.

En definitiva, las previsiones para el futuro mucho tienen que ver con la personalización de los programas de estudio, de acuerdo con las necesidades y motivaciones de los estudiantes.

Me parece, querido Presidente, que estas son algunas de las ideas que pueden fertilizar el tan ilustrado e inteligente debate que hemos tenido durante esta mañana.

Muchas gracias.

## 10 - El rol de los educadores y la enseñanza de la ética

**Félix Lozano**

Buenos días.

Señores y señoras:

Es para mí un verdadero orgullo y un placer poder participar en este foro que agrupa a tan distinguidas personalidades con una trayectoria vital y una experiencia profesional tan admirables. Esto significa para mí, además de una distinción, un gran reto. Agradezco muy sinceramente esta invitación.

Desde luego, creo que teniendo en cuenta el tema que me ha tocado, parto con ventaja, puesto que se trata de una cuestión en la que es fácil ponerse de acuerdo: el rol de los profesores en la formación ética.

El tema es muy amplio, pero en mi exposición quisiera llamar la atención y centrarme fundamentalmente en el papel de los profesores en la educación superior; es decir, qué rol cumplimos los docentes a la hora de formar a los futuros profesionales, que se desempeñarán en el ámbito privado, en el público, y que van a tomar decisiones que afectarán la vida de todos nosotros, o por lo menos la de muchas personas. Y en este sentido, creo que es absolutamente esencial reflexionar sobre qué es lo que hacen, cómo deben hacerlo y por qué.

La crisis económica financiera que estamos viviendo con especial crudeza en España, creo que es fruto de múltiples factores; probablemente -entre otros- de decisiones irresponsables de mucha gente. Pero, sin lugar a dudas, el origen de esta crisis ha estado en gran medida en las decisiones que tomaron personas, profesionales salidos de las mejores universidades del mundo, decisiones éstas -tomadas de manera absolutamente irreflexiva- que nos han afectado a todos, que han causado mucho daño,

La pregunta que surge inmediatamente es la de cómo ha sucedido esto, qué ha pasado. Esta misma pregunta se la han hecho importantes universidades, como Harvard, y la respuesta de las Naciones Unidas ha sido la puesta en marcha del Programa de Principios para una Educación Responsable en la Gestión.



Creo que es absolutamente esencial recordar lo que decía Einstein: si olvidamos la dimensión moral en la educación del estudiante, más parecerá un perro bien adiestrado que una persona armoniosamente desarrollada. Esto lo decía un científico, no estrictamente un filósofo, en el año 1952.

Lo que quiero justificar aquí es el importante papel que desempeñamos los profesores en la formación de ciudadanos responsables. Da igual la materia que estemos impartiendo; da igual la disciplina en la que desarrollemos nuestras capacidades o a la que dediquemos nuestro tiempo: es absolutamente esencial que seamos conscientes de que tenemos que formar en este sentido.

Estoy convencido de que ustedes ya saben esto - no vengo a descubrir nada nuevo- y de que recordarán con cariño a aquel profesor, a aquel maestro que, con respeto, diálogo, afecto y cariño, les transformó la vida; y seguirán acordándose de él. Esa es un poco la dirección en la que va mi intervención. En este sentido es de justicia reconocer que hay profesores a quienes debo mucho, que a lo mejor ustedes conocen, como Adela Cortina o Jesús Conill, que han sido mis maestros.

Al hablar del rol de un profesor, lo primero que conviene hacer es preguntarse cuál es la tarea de la educación. No me voy a extender en esta discusión, que es muy larga, pero sí quiero recordar que en el último libro de Kant, publicado antes de su muerte - que se llamaba "Pedagogía"- se decía que la pedagogía era la tarea más difícil que se le podía encomendar a un ser humano. El ser humano llega a ser lo que es por la educación. Por lo tanto, tenemos que pensar en esto.

Y, ¿qué significa educar a alguien? Kant decía que educar a alguien significa siempre conseguir que la persona sea disciplinada, cultivada, prudente y moral. Y en la cuestión moral, él se refería a que el hombre no ha de ser hábil para todos los fines, sino que tiene que tener un criterio de acuerdo con el cual escoja estos fines. Este es un primer punto de mi reflexión.

En nuestras universidades y en centros de educación superior en general, nos hemos enfocado mucho en formar habilidades, capacidades y estrategias, y en cómo ser técnicamente muy hábiles para conseguir determinados fines. Y lo hemos logrado: hemos formado técnicos absolutamente brillantes. Sin embargo, nos ha faltado la reflexión sobre los fines, es decir: enseñar a la gente a cuestionarse acerca de por qué quiere lo que quiere, por qué persigue lo que persigue, por qué dedica tiempo a lo que dedica tiempo.

Se ha olvidado bastante la reflexión sobre los fines. Y esto es grave. Lo es, porque en muchas ocasiones nos hemos encontrado con situaciones en las que personas absolutamente honestas, sin mala voluntad y con grandes capacidades han sido cómplices de decisiones realmente equivocadas, dramáticas y muy dolorosas para el resto de las personas. ¿Por qué? Por algo que ya en los años cincuenta se identificó como una falta de reflexión. Hay personas que son capaces de desarrollar muy hábilmente determinadas técnicas, pero no se cuestionan los fines. Y esto realmente es un problema.

En esencia, la educación es el desarrollo de la autonomía entendida como la capacidad para llevar una vida justa y feliz. Ese es el fin de la educación. Y cuando estamos hablando de la educación, no pensemos sólo en los beneficios individuales y personales que esto puede aportar a la persona que es educada, sino también en el aspecto social. Ayer, en varias ocasiones, se habló del tema y se destacó la importancia de la educación cívica para la construcción de una sociedad y de una democracia que funcionen.

Si damos un paso más en la concreción de estos fines, tendríamos que decir que estamos más o menos de acuerdo en lo que es la educación, pero deberíamos preguntarnos qué requerimos del profesor, qué le pedimos para que sea realmente un buen educador. Y al respecto hay un libro fantástico que recomendaría a todos ustedes, que se titula "Lo que hacen los mejores profesores universitarios". Es de un autor norteamericano que se llama Ken Bain, que dice -y cito textualmente-: "No puedo hacer más hincapié en

la simple pero magnífica noción de que la clave para comprender mejor la docencia no puede encontrarse en reglas o prácticas concretas sino en las actitudes de los profesores, en su fe en la capacidad de logro de sus estudiantes y en su predisposición a tomar en serio a sus estudiantes y dejarlos que asuman el control sobre su propia educación, y en su compromiso en conseguir que todos los criterios o prácticas surjan de objetivos de aprendizaje básicos y del respeto y el acuerdo mutuo entre estudiantes y profesores".

En esencia, está hablando de actitudes, predisposición, compromiso y respeto, valores éticos esenciales para un buen profesor. Por supuesto, tiene que dominar la materia; pero si comparte estos valores, eso no le va a costar.

Vinculado con esto, el hecho de que un profesor encarne estos valores requiere un presupuesto básico: el de la vocación. En la reunión que tuvimos ayer por la tarde estuvimos hablando de este tema, y el señor Presidente González me hizo una observación; me dijo: "Vocación, ¿en qué sentido?". Porque, realmente, a los quince, dieciséis o diecisiete años uno no sabe bien qué es. Y esa idea de vocación que es tan idealista quizás no sea tan realista. Tiene razón. En este sentido, cuando yo hablo de vocación, el concepto a que me refiero es el de aquella persona que realiza una actividad por el fin intrínseco, por la nota de esa actividad y no por los beneficios externos que le genera o por los posibles privilegios.

Pongamos un ejemplo. Cuando decimos que una persona es vocacional para la medicina, lo que estamos señalando es que esta persona disfruta y se apasiona haciendo aquello que es propio de la medicina: curar y cuidar. Y si hablamos de un profesor, es aquel que se apasiona con el conocimiento y la transmisión del conocimiento, independientemente de que eso luego le pueda dar prestigio social, dinero, una vida cómoda o lo que sea. Eso es lo que yo espero de un profesor: que sea vocacional en el sentido de que se apasione por la meta de su actividad profesional y no que haya entrado en ella porque no tenía otra alternativa o porque le parece algo bonito y cómodo.

En concreto y una vez sentados los presupuestos de lo que considero que sería un buen profesor, vendría ahora aterrizar un poco más estos conceptos.

¿Cuáles son las responsabilidades que tenemos los profesores universitarios? Yo creo que tenemos dos planos de responsabilidades: lo que podríamos llamar responsabilidad epistemológica y lo que denominaríamos responsabilidad axiológica.

La primera -la epistemológica- tiene que ver con qué teorías transmitimos y cómo las transmitimos. El problema es que, en muchas ocasiones, los profesores nos sentimos mucho más cómodos explicando aquello que nos gusta, las corrientes de pensamiento a las que nos adscribimos, las ideas con las que nos sentimos cómodos, los autores que conocemos, etcétera; y los presentamos de una manera casi incuestionable: "Esto es lo que hay; esto es lo óptimo". Pero nos falta una auténtica reflexión crítica sobre eso. Y a veces estamos transmitiendo determinadas teorías, con impactos éticos importantes. Esto no lo digo yo; lo decía John Kenneth Galbraith, un economista de incuestionable prestigio. Él afirmaba que las universidades y las escuelas de negocios han cometido el error epistemológico, con consecuencias éticas muy serias. Esos errores han conducido a la economía del fraude inocente. Este fraude es consecuencia de la economía tradicional y cómo la hemos enseñado.

Es verdad: muchas veces presentamos nuestras teorías e interpretaciones de forma incuestionable, dogmática. El dogmatismo, lamentablemente, no pasó a la Historia. Creo que todavía se puede encontrar en muchas aulas. Esto es algo contra lo que hay que luchar. Y es una cuestión de honestidad intelectual por parte de los profesores el reconocer eso y presentar otras corrientes, otras ideas, otras propuestas y fomentar esa discusión. Porque, como decía Max Weber, en ese fantástico libro que se llama "La ciencia como vocación", que se publica junto con "La política como vocación" -lo cual es significativo-, la primera tarea de un profesor es enseñar a los alumnos a aceptar los hechos incómodos. Yo creo que esa es una primera cuestión epistemológica.



Otra cuestión epistemológica es la aplicación del conocimiento. No basta con que sólo expliquemos teorías sólidas, que nos parecen adecuadas, conceptos rigurosos y bien ordenados, sino que también tenemos que pensar en la aplicación de esos conocimientos. No podemos ser tan ingenuos de caer en un purismo epistemológico o en lo que Max Weber llamaría una "ética cósmica"; es decir: estas son las teorías, y ya está. Tenemos que tener la responsabilidad de pensar qué pasa cuando aplicamos a la realidad, a los contextos diferentes -y a veces muy diferentes-, determinadas ideas, teorías o propuestas.

Creo que esa es la primera gran tarea que tenemos los profesores en general: transmitir a los alumnos la actitud crítica ante el conocimiento y la actitud responsable ante la aplicación de ese conocimiento.

La segunda cuestión sería nuestra responsabilidad axiológica, es decir la responsabilidad por cómo decidimos lo que valoramos; por qué valoramos lo que valoramos. Y en este sentido, esta responsabilidad axiológica, a mi juicio, se concreta en tres planos: el de la formación del juicio moral, el de la educación de la sensibilidad moral y el del coraje cívico. Son tres planos no separables, pero que separaremos a los efectos del análisis.

Con respecto al juicio moral, en esencia, de lo que se trata es de cuestionarnos y preguntarnos cómo formamos nuestras ideas sobre lo que está bien y lo que está mal. Al respecto, hay muchas teorías. El señor Lawrence Kohlberg, con su propuesta de los estadios de desarrollo moral ha marcado, sin lugar a dudas, la teoría de los últimos cincuenta años. En esencia lo que dice es: ¿Cuál es la fuente de nuestro juicio moral? ¿Cómo definimos lo que está bien y lo que está mal? Hace una clasificación y, en definitiva, lo que termina diciendo es que no nos valen ni las costumbres, ni las emociones, ni las actitudes cómodas, dogmáticas sobre qué es lo bueno o lo justo. Necesitamos recurrir a principios universales, a principios abstractos que orienten nuestra actuación. Y ahí, el razonamiento moral es, en esencia, formar a los alumnos de manera que sepan justificar con razones. Esto es muy

importante, porque decir que algo debe ser así significa decir que tenemos buenas razones para afirmarlo. Cuando alguien dice que debes hacer esto o no debes hacer lo otro, inmediatamente y de forma espontánea nos surge preguntar por qué y pedir buenas razones. Y éstas no son las que se basan en la tradición -algunas pueden ser muy adecuadas-; tampoco son las que se basan en sentimientos -este es mi amigo o mi primo, y lo quiero mucho. Esas no son razones suficientes. Él decía que la fuente del razonamiento moral tiene que ser la argumentación dialógica y racional.

Por lo tanto, la primera tarea imprescindible de un profesor debe ser la de ayudar a los alumnos a que se cuestionen por qué; el por qué de sus decisiones y de sus acciones. Esa sería un poco la cuestión. Aquí podríamos entrar en otras discusiones, como las diversas perspectivas y las diferentes críticas, pero no quiero extenderme más.

Esto es, en sustancia, lo que quería plantear sobre este punto.

El segundo plano es el que tiene que ver con la sensibilidad moral. Damasio, en un fantástico libro de hace algunos años titulado "El error de Descartes", decía que era un error eso de que el ser humano está entre la razón y la emoción. Descartes se equivocó -señalaba- en cuanto a que el ser humano es como un campo de batalla entre razones y emociones, y a ver quién gana. No es cierto, dice. Entiende que nuestra razón está imbuida de nuestras emociones y que estas requieren de un razonamiento y, por tanto, están muy imbuidas de razón.

El cómo los seres humanos seleccionamos el conocimiento y lo aplicamos depende en gran medida de las emociones. No estoy apelando a un emotivismo moral, que dice que algo es correcto si me genera buenas emociones. No: el argumento y la fundamentación moral tienen que ser racionales. Pero sí digo que las emociones juegan un papel determinante en cómo actuamos en la vida en los aspectos éticos y morales.

Por consiguiente -y aquí correspondería la siguiente recomendación-, los profesores tenemos que seguir esforzándonos -por lo menos tenemos que esforzarnos- en que las personas sientan vergüenza cuando hacen algo mal, se indignen cuando vean que sufren una injusticia y sientan compasión por los que sufren. Muchas veces, este discurso que apela a este tipo de emociones -compasión, indignación, sentimiento de injusticia- está como muy trivializado, criticado y puesto como en un segundo plano. Sin embargo, creo que es importante. Considero que lo peor que nos puede pasar -creo que todos lo hemos experimentado y lo vemos también en el aula- es que se presente un caso de gravísima injusticia y la gente diga: "No sé; qué más da. El mundo es así. No pasa nada". La indiferencia no puede ser y el componente emocional es muy importante: la gente se tiene que indignar ante la injusticia. Y ahí estaría un poco nuestra tarea.

El tercer plano es el del coraje cívico. Puede darse el caso de que uno tenga muy claro lo que debe hacer -que tenga las emociones adecuadas-, pero no se atreva a hacerlo. ¿Por qué? Presión social, costumbres, tradiciones, comodidad, intereses. Por supuesto: tenemos que formar a nuestros alumnos en esa sensación de no conformarse con lo que hay. No podemos permitir ese desfase entre lo que hacemos, lo que pensamos y lo que decimos. Lamentablemente, nos estamos acostumbrando a los silencios, a las mudas verdades e, incluso, a la mentira. Y esto genera lo que los psicólogos llaman "indefensión aprendida". Significa que ya no te levantas; te siguen dando palos y nadie protesta, nadie se indigna. Sólo protestamos y nos indignamos cuando aquello que es injusto nos afecta muy directamente. Pero aquello que ocurre más allá de nuestros intereses y de nuestra situación, parece como que no va con nosotros.

Yo creo que esta es una tarea muy dura, muy difícil, pero los profesores tenemos que esforzarnos en que los alumnos no se crean eso de que todo es lo mismo, que es lo normal, que total no puedes hacer nada y para qué te vas a quejar.

Los que mencioné anteriormente serían los tres niveles en los que creo que los profesores tendríamos responsabilidad.

Como conclusión, querría ahora resumir mis ideas centrales.

Los profesores tenemos una responsabilidad epistemológica básica y esa responsabilidad empieza, por cierto -y no lo he dicho-, por estudiar, por aprender. Los profesores tenemos que estar en formación permanente, pero absolutamente permanente. No vale con haber aprobado unas oposiciones y haber conseguido una plaza. Tenemos que seguir investigando, trabajando y presentar ese conocimiento con sentido de espíritu crítico. Es nuestra opción y nuestra aportación a la lucha contra el dogmatismo y creo que es lo que debemos hacer.

La segunda conclusión es que la formación del juicio moral es una tarea central en la cuestión ética. Tenemos que esforzarnos en que los alumnos -y tomar las medidas oportunas al respecto- justifiquen lo que hacen y por qué lo hacen. Porque si se acostumbran a eso, cuando salgan al ámbito profesional también lo harán. Pero, claro, si estamos en las universidades enseñándoles determinadas cuestiones -por ejemplo, en el ámbito de la gestión y de la economía- y les decimos que el único criterio de éxito es la maximización del beneficio, que lo único importante es la eficiencia, no esperemos que cuando salgan de allí y empiecen a trabajar en un banco o en una empresa comiencen de repente a prestar atención a los derechos humanos, a la responsabilidad, a la diversidad. No esperemos milagros. Si no lo hemos hecho durante la educación, si no les hemos transmitido que eso es relevante, lógicamente estas personas no lo considerarán relevante en su actividad profesional.

Finalmente, la tercera conclusión que quiero recordar es que la razón debe fundamentar nuestro juicio moral. Como muy claramente presentó mi maestra Adela Cortina, está la razón cordial, la que tiene en cuenta el corazón. Y hay razones del corazón que hay



que poner en práctica, tener en cuenta y saber que son muy válidas para la vida. Quizá no sean racionales en sentido cartesiano, pero sí que son muy razonables y conviene tenerlas en cuenta.

La idea final que quiero transmitir es la de que no es fácil hacer todo esto: requiere de la interacción humana. Ayer estuvimos hablando del papel de las tecnologías en la educación, de que es incuestionable y tenemos que pensar muy bien cómo lo vamos aplicando. Pero hay una cuestión de comunicación, diálogo, relación personal, que es insustituible. Y esa relación sólo va a poder ser fructífera si las personas que interactúan, alumnos y profesores, confían unos en otros; si existen situaciones de respeto, de afecto, de aprecio y, sobre todo, de respeto intelectual. El problema es que muchas veces en nuestra sociedad no se están generando esas actitudes. Y al respecto quisiera hacer una llamada a la dignificación de la tarea del profesor y del maestro. Creo que las estrategias de desprestigio y de desprecio de parte de algunos políticos, medios de comunicación, programas, etcétera, hacia la tarea del profesor y del docente -en España llevamos dos años muy duros en este sentido-, hacen mucho daño, más allá del colectivo al que pretenden atacar. Me atrevería a decir que desacreditar a los profesores, a los maestros, es el camino seguro para el derrumbe de la educación, para la ruina de las generaciones futuras.

Sin más, querría terminar con una cita de mi maestra -que como ustedes habrán podido comprobar, admiro y aprecio mucho- que refleja en muy pocas palabras el reto de los profesores de ética: "Debemos educar dando y pidiendo razones cordiales; es la forma más adecuada de formar en la autonomía y evitar la indoctrinación que puede venir de padres y maestros, pero todavía más del grupo de amigos y de los medios de comunicación".

Muchas gracias.

# 11 - Empresas como protagonistas

**Manuel Marín**

Buenos días y gracias por la invitación.

Intentaré hacer algunas reflexiones, procurando que sean lo menos desordenadas posible, acerca del tema que me atribuyó el Círculo. Antes de comenzar con el tema en sí, debo advertir que no soy un especialista en la materia. Advierto que no soy empresario, pero sí dirijo, desde hace algunos años, una fundación. Esto me ha permitido, desde fuera, entrar en un debate que me ha interesado: cómo se está intentando resolver uno de los grandes temas que están afectando el mundo de las empresas, en relación con los ciudadanos, en relación con su entorno, con los trabajadores, con los accionistas, etcétera.

El de si la empresa favorece o no la justicia social, la equidad social, el medioambiente, el entorno; a sus accionistas, a los trabajadores y demás. De antemano les digo que es un debate muy abierto y muy difícil de concretar, en el que hay normalmente opiniones muy diferentes.

Además, hay que reconocer que el debate sobre la responsabilidad social corporativa es relativamente joven: se desarrolla a partir de los años 90.

La pregunta es la siguiente: ¿Es una obligación societaria de la empresa fomentar y favorecer la equidad? Dicho de esta manera, difícilmente se podría responder otra cosa que sí: la empresa tiene también la obligación, en el ejercicio cotidiano y en su diseño estratégico, de fomentar y favorecer la equidad.

En la empresa, además, poco a poco se ha ido abandonando un principio que, mencionado en este momento y después de la crisis financiera que hemos conocido, puede parecer exagerado: el principal motor y fundamento de la empresa es producir valor para el accionista y, en el menor espacio de tiempo, conseguir el máximo beneficio. Ante estas expresiones, así dichas, de una manera abierta, se podría decir que es capitalismo primario y que no hay quien lo defienda.



Les voy a citar una frase textual -luego les nombraré el autor y comprenderán enseguida: "Si nuestros dirigentes de empresa aceptaran la idea de que les corresponde una responsabilidad social que no sea la de obtener el máximo beneficio posible para sus accionistas, sería tanto como socavar los cimientos de nuestra sociedad libre". Esta es una célebre frase de Milton Friedman, expresada no hace tanto tiempo - en 1996- en su célebre ensayo "Capitalismo y Libertad".

Es decir que en los años 90 se pensaba que los elementos de equidad y justicia social eran ajenos a la buena gestión de la empresa. Quien gestionara pensando solo en los accionistas y en maximizar los beneficios, se suponía que además estaba cimentando la sociedad libre.

Sobre esta situación de los años 90, quiero hacer algunos comentarios acerca del desarrollo que ha tenido este debate, en el que creo que hoy día difícilmente alguien cuestione que la responsabilidad social corporativa es un instrumento de gestión más de la empresa, de carácter transversal, perfectamente asumido desde el presidente hasta los sindicatos y el entorno que normalmente trabaja en una empresa.

En consecuencia, hoy se puede decir también, siguiendo un poco la lógica de mi predecesor, el doctor Lozano, que la RSC y la equidad forman parte ya de lo que se llama la ética del negocio. Y por resumir en una expresión excesivamente simple lo que es la ética del negocio, se puede afirmar lo siguiente: ganar dinero no es malo, pero hay que ganarlo responsable y correctamente. Y esta idea tan precisa es lo que está marcando, creo yo, el desarrollo de los últimos años en el ámbito de la empresa.

Como les decía, estamos en un debate relativamente reciente. En el caso de la Unión Europea no es sino hasta el año 2001 que se publica por primera vez el Libro Verde que se titula "Fomentar un marco europeo para la responsabilidad social de las empresas". Es decir que apenas ha transcurrido algo más de una decena de años en el conjunto de ese gran edificio

institucional, económico, político -con muchos defectos pero que también hace cosas positivas- desde que se puso de manifiesto la necesidad de intentar resolver este debate en el plano europeo.

Voy a intentar aproximarme a una noción e intentar definir sus límites y sus contenidos, insistiendo en que se trata de un debate muy abierto, acerca del cual se pueden encontrar diversos autores -voy a citar los menos posible- que, sin negar la necesidad de practicar determinadas cosas, ponen de manifiesto muchas diferencias en las formas de entender sus límites y contenidos.

En primer lugar, este es un debate clásico cuando se trata de definir obligaciones. Respecto de este tema, se produce siempre el mismo debate. Del lado de la empresa, la respuesta es que la responsabilidad social corporativa es un instrumento de gestión empresarial: lo acepto, lo asumo, lo practico responsablemente, pero tiene que ser de naturaleza absolutamente voluntaria; ustedes no me pueden revelar mis obligaciones éticas, de equidad o sociales a través de un instrumento jurídico, porque un instrumento jurídico aplicado a este sector iría en contra de la creatividad y el carácter innovador de la empresa.

Esta es una respuesta de libro, clásica, en torno a este debate.

La respuesta de libro de los sindicatos, de las ONG, de los consumidores, de las organizaciones sociales es la siguiente: las iniciativas voluntarias de la responsabilidad social corporativa no son suficientes. Los códigos de autorregulación no funcionan y necesitamos marcos reglamentarios que al menos establezcan normas mínimas con mecanismos de verificación para su aplicación efectiva.

Estas son las posiciones desde el inicio del debate y siguen siéndolo actualmente. No se niega el concepto, no se niega la noción y se ha integrado completamente en la gestión estratégica de la empresa como un elemento de referencia más; pero a la hora de concretar sus contenidos y sus perfiles, las diferencias si-

guen siendo sustanciales: unos pretenden los códigos de autorregulación voluntarios y los otros exigen marcos reglamentarios.

Sin embargo, en los últimos veinte años -hay que reconocerlo-, se ha producido un avance y, sobre todo, se ha intensificado mucho el debate sobre esta necesidad, más aún -y como es lógico-con motivo de la crisis financiera. Hoy en día se puede considerar que un empresario es consciente de que su éxito comercial y los beneficios para sus accionistas no se obtienen solamente por intentar maximizar los beneficios a corto plazo, sabe que tiene que trabajar en un entorno que les exige determinadas prestaciones que poco tienen que ver con obtener el máximo beneficio o trabajar solo para los accionistas: el tema de los trabajadores, el del entorno social o del entorno medioambiental, afortunadamente ya no se discuten.

Desde mi experiencia -sólo dirijo una fundación- y vistos los problemas con los que he tenido que lidiar, destacaría como principales las siguientes características: fomentar la equidad de este mundo implica un conjunto de comportamientos que las empresas adoptan voluntariamente -los otros interlocutores sociales no quieren que sea voluntariamente porque consideran que a largo plazo redundaría en su propio interés- y afecta sobre todo, y de una manera muy directa, a su reputación.

La responsabilidad social está intrínsecamente vinculada con el concepto de desarrollo sostenible; esto es, que las empresas, cuando toman una decisión, tienen que integrar en sus operaciones las consecuencias económicas, sociales y medioambientales de sus decisiones. Es muy difícil encontrar un documento estratégico de cualquier empresa o grupo importante que no incorpore su impacto económico, su impacto social y su impacto medioambiental. Sé que eso suele ocurrir así, porque tengo acceso a dictámenes de las agencias de proxy y hay que reconocer que el avance en este sentido se ha producido de una manera bastante clara. Asimismo -esto es algo importante-, se ha incluido en las reuniones habituales de los consejos directivos y de los consejos de administración.

Aspecto muy importante -y ya voy concluyendo- es la dimensión global de la equidad. Hoy nadie discute -excepto la escuela de los negacionistas en materia medioambiental, que son muy pocos pero muy duros; todavía hay una escuela negacionista- que lo que estoy planteando tiene una dimensión global.

La gobernanza mundial y la conexión entre comercio, inversión y desarrollo sostenible son aspectos cruciales de la responsabilidad social corporativa. Y la crisis financiera ha puesto de manifiesto algo que hemos discutido muchísimas veces en el Círculo de Montevideo: que la ausencia de una gobernanza mundial ha hecho que la liberalización del comercio del mercado financiero produzca los efectos que todos hemos conocido con motivo de la crisis financiera.

Una primera conclusión: creo sinceramente que la empresa -sobre todo si es un grupo importante o una gran corporación-, debido a la enorme competencia entre los mercados globales -sobre todo a la enorme capacidad que existe de divulgación y difusión de hechos y noticias que puedan afectar su reputación internacional- tiene muy en cuenta cómo actúa. Ahí se ha notado un cambio importante y daré ejemplos muy precisos.

Así pues, el miedo a que se afecte su reputación está jugando un papel más importante que los propios códigos de conducta internos. Esta es la realidad. Atención a cuál puede ser el impacto; atención a qué puede pensar la gente; atención a cuál puede ser la reacción del consumidor: todo esto cuenta cada vez más. Cuenta mucho más que los propios códigos de auto limitación.

La pregunta es: ¿La necesidad hace la virtud? Pues, sí. ¿Y es malo que la necesidad haga la virtud? Pues, no. En consecuencia, con la capacidad que tienen las redes sociales de denuncia -y teniendo en cuenta que se puede crear un *hashtag* en cuestión de un minuto-, se puede crear un problema de reputación que afecte las ventas y los compromisos de la empresa muy rápido. Bienvenida sea esa capacidad de presión desde la



propia sociedad. Así, pues, es bueno que la necesidad te lleve a la virtud.

Y en la sociedad de la comunicación -de la que ayer hablamos mucho- está claro que el control reputacional y las redes sociales están desarrollando, en mi opinión, un aspecto muy positivo. Si bien se aplican los índices de la OCDE o los índices de Naciones Unidas, ¿cuál es en este momento, en el mundo, el programa más fuerte de educación de niñas adolescentes? El programa más fuerte de niñas adolescentes, por un valor que no es habitual -hablo de colaboraciones con Naciones Unidas por U\$S 100 millones anuales-, se llama "*The Girl Effect*" y se realiza en Indonesia. ¿Y por qué Nike, que es la empresa que tiene el mayor programa de protección de niñas adolescentes y está pagando esos U\$S 100 millones a Naciones Unidas? Porque la BBC hizo un programa, en oportunidad del Campeonato Europeo de Fútbol en Inglaterra, donde se veía a niñas y adolescentes en Indonesia, atadas con unas cadenas, cociendo los famosos balones. Seguramente se acordarán de esto los más veteranos. El hecho de ver la utilización de trabajo infantil para producir artículos deportivos fue de un efecto reputacional tan grande, que obligó a una compañía a ser en este momento probablemente la más proactiva en materia de protección de niñas adolescentes. Además ha tenido, en el caso de Indonesia, una gran virtud: se ha conseguido, manteniéndolas en la escuela hasta los dieciséis años a través de este programa, realizar un avance en el control de la natalidad: que las criaturas no lleguen a la maternidad antes de tiempo.

Les podría dar el caso de otras empresas, como Enron, Exxon Valdez y otro muy significativo, como el del United Colors Of Benetton. Esta empresa no cuidó los tintes químicos que se hacían para sus preciosos jerseys en el extranjero y se utilizaba una mano de obra más que discutible. Eso Benetton lo pagó carísimo y hoy tiene determinados códigos internos, gracias a la denuncia social y a la enorme facilidad que tiene la red social para decir que algo está siendo incorrecto.

Alertas que se han producido recientemente en un taller de Bangladesh, que se vino abajo y que afectó a algunas firmas españolas, han hecho que éstas se hayan visto obligadas a reaccionar.

Quiere decir que se está llegando a una situación en la cual la equidad social se está imponiendo en el comportamiento sobre todo de los grandes grupos, debido también al cuidado de la reputación.

Y un último caso, el de una industria de cueros -estas son tremendamente complicadas desde el punto de vista de los temas de salubridad-: Timberland, la gran fabricante de zapatos norteamericana. Tiene el Green Index Production, que es una auténtica maravilla porque la gente probablemente dejaría de comprar esos zapatos si esa firma estuviera utilizando trabajadores niños.

Esta es la nueva realidad. Sea por virtud, por necesidad o por debate político; sea de manera voluntaria o porque se tienen que hacer instrumentos jurídicos para regular o verificar, se está progresando enormemente en el mundo de la equidad dentro de la empresa.

Para concluir, una reflexión más.

¿Norma jurídica o autorregulación? Este es un debate que va a continuar. Ya lo ha habido en las democracias nórdicas y creo que en estos países se está llegando a soluciones que nos podrían servir a todos. Creo que la forma de avanzar probablemente no será a través de decretos o leyes estrictas, que ahoguen y signifiquen un corsé, pero sí se está viendo un sistema -que los nórdicos denominan de *soft law*, es decir de "ley suave"-, en el que se encuadra el procedimiento de lo que se pretende, y a quien cumple se le garantizan beneficios fiscales o de otro tipo. Esta es una forma de encuadrar el objetivo y, a base de incentivos, parece que se puede conseguir.

Mi punto de vista es que a las pequeñas y medianas empresas debería dejárselas al margen; no así a las

grandes corporaciones. A las pequeñas y medianas empresas, sobre todo de origen familiar, con una estructura en la que se conocen todos, sería absurdo introducirles medidas administrativas en esta materia. Pero sí habría que hacerlo con las grandes corporaciones.

Todo el mundo se justifica en los medidores internacionales. Pero, los medidores internacionales nos dicen cómo se hace esto. Hablo, por ejemplo, del Dow Jones Sustainability, del London Benchmarking Group -que en Europa es con el que más se trabaja-, el de la OCDE, el de Naciones Unidas. Pero hay un punto en el que creo que la crisis está poniendo de manifiesto que es necesario no utilizar la *soft law*, sino la *hard law*, es decir, leyes muy duras y exigentes en materia de ética y equidad. Me estoy refiriendo, por ejemplo -y es un clásico- a la ley de contratos públicos y a las medidas contra la corrupción.

En esta materia, en muchos países -en el mío, por supuesto-, la crisis económica ha puesto de manifiesto que hay ciertas cosas que no se pueden dejar a la autorregulación. Al respecto, podemos citar los casos de corrupción, porque está el que se corrompe y también el que da el dinero.

Si la ética -y no es una frase mía- es un proyecto de la inteligencia humana que tiene como objetivo la felicidad, hay que llegar a las siguientes conclusiones:

Los códigos éticos han avanzado muy bien -más en el campo de los países anglosajones que en los de corte más latino- y la primera regla es la siguiente: usted tiene que tener en su cabeza, cuando se pone a trabajar por la mañana, que su primera obligación es evitar el daño; segundo peldaño: si no lo evita, su obligación es mitigarlo; y si no puede evitarlo y no puede mitigarlo -aquí viene el tercer peldaño-, lo paga.

¡Qué simple! ¿Verdad? Primero, lo evita; segundo, lo mitiga; y tercero, si no puede, lo paga.

Esta es una regla que se está poniendo en marcha cada vez más y de una manera más consentida. Con ella se evitan grandes juicios, grandes reclamaciones en los tribunales y la cosa avanza de manera fácil.

La transparencia es un elemento central. Los informes sobre sostenibilidad así lo demuestran: por lo menos los del IBEX 35 y algunos de agencias de proxy norteamericanas, que son bastante correctos y ponen de manifiesto que se está avanzando. Sin embargo, pienso que en materia de regulación, la evaluación y el control deberían seguir manteniéndose en lo que hace a un aspecto que me parece clave: el que tiene que ver con la corrupción. Ahí, el Estado, las autoridades judiciales o aquellos a quienes les corresponda no deberían dejar de actuar.

Estas son, pues, las reflexiones de alguien que no es empresario, pero que tiene una experiencia ya de tres años en la observación de la evolución de estos temas.

Termino con el pensamiento -entiendo que vale la pena citarlo- de Groucho Marx: "Esta es mi opinión, y sepan que yo la comparto".



## 12 - Políticos y sociedad

Enrique Iglesias

Muy buenos días.

Es un gusto saludar a todas y a todos ustedes.

Estoy muy contento de encontrarme una vez más en medio de estas deliberaciones del Círculo de Montevideo, que siempre son interesantes y provocativas, y generan un diálogo excelente, que uno extraña no tener más a menudo. Es un placer y una gran oportunidad esta posibilidad de compartir este tipo de encuentros con tanta gente que piensa.

Esta vez nos convoca el tema de la educación.

Mis dos predecesores en la mañana de hoy, Félix Lozano y Manuel Marín, han sido muy explícitos al ocuparse del tema de la ética.

La verdad es que la ética está de moda. Hay una sed de ética en el mundo. Y, entre otras cosas, está de moda porque las crisis morales son muy grandes. Hoy en día -y como estamos en una sociedad cada vez más vocal y con más acceso a la opinión pública- la gente, cuando se siente ofendida, herida o víctima de las violaciones morales que acontecen en nuestras sociedades, comienza a reaccionar.

No es que nosotros hayamos descubierto eso, porque ya desde Aristóteles para adelante el tema moral viene preocupando a la sociedad. Lo que pasa es que hoy se está percibiendo que la magnitud de esas violaciones viene creciendo en los países y en las sociedades, creando desestabilizaciones que ponen en juego no solamente el sistema económico -como vamos a ver ahora-, sino la propia democracia. Quizá sea eso lo que está ocurriendo en China con estas últimas reacciones respecto a la sanción a las inmoralidades que se ejercen en la función pública, o lo que está ocurriendo en la India, donde el sistema mismo está crujiendo por las inmoralidades que ocurren en su funcionamiento. Ni que hablar de cosas que están pasando en Europa, en América, en África.



Este es un tema muy presente y, por supuesto, pensarlo en función del papel de la educación, me parece que tiene mucho sentido.

El tema preocupa, además, porque se trata en el momento en que el sistema capitalista está provocando una capacidad de crecimiento espectacular. En los últimos cincuenta años ha generado bienes y servicios como no lo había hecho en los miles de años en que ha estado el hombre en el planeta.

El sistema capitalista fue muy ético, porque su creador, Adam Smith -este gran señor que enseñaba en Escocia-, antes de sistematizarlo se dedicaba a enseñar ciencias morales. Él llevó a organizar las bases del sistema capitalista a partir de su pertenencia como profesor en temas de moral.

Y yo digo: ¿Por qué ese sistema que nace con profundas raíces morales abre las puertas a tantas inmundidades?

Una de las cosas a la que me gustaría referirme como ejemplo, es la crisis que estamos viviendo ahora, la del 2007-2008, que es muy grande. Decía Ortega que cuando en las crisis grandes no sabemos lo que pasa, es precisamente eso lo que pasa: que no sabemos lo que pasa. Creo que nos está ocurriendo algo parecido: el tema de 2007-2008 fue, en esencia, una gran crisis financiera que se produce en Estados Unidos, que luego pasa a Europa y se desparrama por otras partes del mundo. Y se hace en función de un grado máximo de sofisticación de las ingenierías financieras, que dieron lugar a grandes contribuciones al mundo: capacidad de movilización de ahorros, acercamiento de las fuentes de ahorros a las demandas de modernización. Fueron ingenierías financieras extremadamente importantes para enriquecer el sistema financiero en el que se asentaba el sistema capitalista.

Sin embargo, algo pasó en el uso de esas ingenierías, que al mismo tiempo que se generaban esos beneficios -como todo lo relativo a las derivativas, las

securitizaciones, etcétera-, se fueron formando enormes huecos que iban abriendo el campo a grandes especulaciones de carácter financiero y a una codicia desmesurada que generó riquezas inmensas que luego significaron también inmensas pérdidas. Y todo eso estaba asentado en un principio que se mencionó hace un rato: la desregulación era la mejor política para que ese sistema financiero siguiera produciendo beneficios a la humanidad. *The market knows best*. Y en función de esto se dieron esas expansiones espectaculares que, a su vez, dieron lugar a una crisis que estamos lejos de haber dominado. Y si no, que nos hablen los europeos y nos digan cómo están las cosas y cómo cuesta poner orden y solidez en un sistema bancario que fue muy golpeado en los últimos años.

Quisiera mencionar ahora dos o tres puntos que refieren a por qué esto se agravó. En primer lugar, porque de alguna manera, así como después de la crisis de los años 29 y 30 entraron a jugar los bancos centrales para organizar y administrar los bancos -y con eso el sistema bancario se mantuvo y creció enormemente-, no pasó lo mismo con los mercados no regulados: el sector financiero no bancario no aceptó y se ocupó de evitar de alguna forma la presencia de sistemas bancarios regulados. Ese es un primer elemento.

El segundo elemento que tuvo que ver -y que creo que es un tema para reflexionar- es la introducción de los métodos cuantitativos de evaluación del riesgo. De alguna manera, los economistas, los administradores, empezamos a competir con los físicos, como si los fenómenos económicos y financieros pudieran ser reducidos a fórmulas matemáticas. Estas son muy útiles -no quiero desmerecerlas, sobre todo porque hay aquí gente muy joven. Es muy importante usar las matemáticas y los modelos juegan un buen papel; pero no alcanza un modelo para entender la complejidad de un fenómeno económico, político o social, porque la economía es fundamentalmente una ciencia social, una ciencia humana. Hay que conocer esos entretelones de las fórmulas matemáticas, pero también hay que

conocer todo lo otro, es decir los elementos subjetivos que hacen a la complejidad de los fenómenos sociales. Creo que cuando entramos en esa carrera de que se podía predecir el riesgo dentro de una ecuación o se podían predecir cientos de miles de operaciones de bolsa en un minuto o haciendo operar los computadores, entramos en un campo muy peligroso. Y ese campo peligroso tuvo de alguna manera como consecuencia la aceleración de la crisis y tuvo una responsabilidad muy grande en la dimensión del fenómeno.

Por eso digo, lo primero para economistas y administradores es: no compitamos con los físicos; no somos físicos, sino peones de ciencias sociales, que deben regirse por observaciones que corresponden a la sociedad.

El tercer elemento que tuvo mucho que ver en todo este caso fue cómo se fueron alimentando grandes aventuras. Comentábamos hace un instante con Alberto, que fue gracias a esas técnicas matemáticas que un joven francés -de apellido Schneider- casi funde a la Société Générale de Francia jugando con sus modelitos económicos.

La introducción de esos tres elementos tuvo mucho que ver con la precipitación de la crisis, y es un tema sobre el cual todavía no se ha escrito lo suficiente, aunque ha habido un debate muy fuerte en los Estados Unidos, en la prensa. La pregunta era dónde estaban los investigadores de la época para dejarse llevar por estas técnicas tan sofisticadas que condujeron a semejantes costos.

El tercer elemento que quería destacar es el de que, a partir sobre todo de la mitad del Siglo XX, en las empresas se separa la propiedad de la dirección. Tradicionalmente, las grandes empresas estaban administradas por sus grandes patrones, destacadas figuras de la historia -pienso en los Rockefeller, en los Morgan- que normalmente tenían un sentido de prudencia mucho mayor.

Cuando la dirección de la propiedad se separa de la dirección de la empresa, se aflojan un poco estos elementos que operaban históricamente en aquellas casas atendidas "por sus propios dueños" y era un símbolo de distinción. Yo creo que de alguna manera esa disyunción promovió un elemento que también jugó en el caso de los fenómenos financieros: la búsqueda de la ganancia extrema. Y eso significó, en todo caso, que en la banca se provocaran enormes ganancias de los intermediarios -que jugaron como empresarios-, que ciertamente no fueron los más perjudicados por la crisis. Cayeron muchas instituciones, pero estos ciertamente no fueron los particularmente damnificados.

El tema también cayó en las empresas, especialmente en las grandes. También allí hubo reemplazo de la figura del empresario por la de los administradores de la empresa; se convirtieron en técnicos que eran verdaderos empresarios. Y allí, nuevamente, se cayó en el uso de las técnicas cuantitativas evaluadoras de riesgo a través de una ecuación, lo que tuvo significaciones muy peligrosas que dieron lugar a decisiones muy equivocadas.

Creo, por lo tanto, que estos tres elementos: la falta de regulación de los sistemas financieros no bancarios; los avances en las decisiones de utilización de mecanismos automáticos que de alguna manera daban todas las soluciones a partir de una ecuación; y, por último, la separación entre propiedad y dirección en la conducción de las grandes empresas, que alentó el beneficio máximo, han estado detrás de estos fenómenos y dan para reflexionar.

Me gustaría hacer algunas reflexiones finales sobre esta crisis, para ver la dimensión ética de la misma.



En primer lugar, el sector público tiene que entrar a regular.

Se ha hablado mucho de la autorregulación -lo decía recién el amigo Marín. Yo creo que el sistema financiero, por definición, tiene que estar regulado, bien regulado, sin que sofoque las fuerzas creativas. No se trata de sofocar sino, simplemente, de regular. Porque no se olviden ustedes que cuando vino la crisis de 2008, todo el mundo gritaba: ¡Que intervengan los Estados! Esto era para que arreglaran el pastel. Y aparecieron, entonces, las grandes tesorerías, los bancos centrales para salvar la situación. Es decir que, en algún momento, cuando hubo crisis, al Estado hubo que traerlo.

Yo creo que el Estado tiene que estar. Así como la crisis del 29 llevó a la regulación de la actividad bancaria y la creación de los bancos centrales, la regulación de los sistemas financieros no bancarios tiene que formar parte de un sistema regulado. El G20 permitió hacerlo. Hizo algo pero no todo lo que debía hacer; entre otras cosas, porque la dimensión de ese mercado es fenomenal, y ha dado lugar a que mucha gente se pregunte: ¿Precisamos un mercado financiero tan grande? Es una pregunta que está sobre la mesa y que creo que uno se la debe hacer.

En fin, ese no es un tema que vayamos a resolver aquí, pero considero que la primera cuestión es que requerimos un sistema de regulación -particularmente del sistema financiero no bancario- para evitar los excesos a que dio lugar y las grandes burbujas a que nos condujo la falta de control.

En segundo lugar y en cuanto al sector privado -y esto tiene mucho que ver con el tema de las escuelas de negocios-, seguramente han seguido el debate en Harvard: me refiero a esas trescientas organizaciones que convocó Naciones Unidas para reflexionar, después de la crisis del 2008, sobre la forma en que se debe enseñar. ¿Qué les habían enseñado las universi-

dades americanas a estos muchachos, que después fueron a Nueva York a crear esos tremendos instrumentos de especulación? ¿Qué aprendieron?

Creo que ese es un tema sobre el que hay que reflexionar; y hay que hacerlo incorporando valores, responsabilidades sociales, relación con el entorno.

Con respecto al principio de la ganancia extrema, claro que van a ayudar para que las empresas ganen plata; pero yo me pregunto si no tienen que ayudar también a saber cómo relacionarse con el medio, cómo contribuir a la sociedad. Muchas veces ganar más que el año pasado es el objetivo inmutable. No. Ahora ese tipo de responsabilidad es muy grande; cada vez más el experto que sale de la escuela de negocios actúa como un empresario y, por tanto, esos valores deberían, de alguna manera, formar parte del tema. De ahí que la revisión de las escuelas de negocios sea un tema importante.

La tercera y última reflexión es la siguiente: el sistema capitalista, que ha demostrado ser el más eficiente para crear riqueza a lo largo de la Historia, se basa en la confianza. Hoy tenemos una pregunta muy importante arriba de la mesa. El mundo está viendo el desplazamiento de poder económico más grande -del Occidente al Oriente- que conoció la humanidad. Es una realidad; una realidad virtuosa, porque eso va a incorporar un sistema económico muy importante en el mundo. Pero, ¿son iguales los valores que parten del mundo occidental -en el que nos hemos criado todos los que estamos aquí- que los valores, las convicciones que prevalecen en el mundo oriental? La respuesta es no: van a haber distintas posiciones y habrá que respetar y entender. El problema del mundo futuro para generar confianza es, precisamente, la conciliación entre estos valores del mundo oriental y del mundo occidental con los que habrá que convivir para generar un mínimo de principios que nos permita vivir en paz; y al mismo tiempo, aprovechar las grandes fuerzas dinámicas de que pueden valerse los

mercados abiertos en un capitalismo sobre raíces éticas sobre las cuales asentar las decisiones del futuro.

Por lo tanto, creo que tenemos por delante -considerando los problemas que tiene entre manos la crisis actual- una gran responsabilidad de los Estados y una muy buena responsabilidad de las Escuelas de Negocios en lo que tiene que ver con formar a los empresarios imbuidos de estos principios del factor social que está detrás de las decisiones que deben tomar, para que no se basen solamente en factores cuantitativos.

Por último, tenemos que ver si podemos empezar a movernos en la construcción de un nuevo mundo en el que la confianza esté asentada en la capacidad que tengan el mundo oriental y el mundo occidental de decantar principios fundamentales comunes sobre los cuales podamos vivir en paz y construir, también en paz, la felicidad a que nos convoca el deseo de los hombres y mujeres de esta Tierra.

Muchas gracias.



## 13 - Conjugar competitividad y justicia social

**Alberto Ruíz  
Gallardón**

Señores y señoras:

Fuentes decía que no hay sueños sin pesadillas, mientras que el Presidente chileno dice que las pesadillas sirven para poder tener sueños. Y esos sueños, naturalmente, nos deben evitar caer de nuevo en los errores que hemos conocido.

Cuando el Presidente Sanguinetti me encargó este tema y me dio este título ("Conjugar competitividad y justicia social"), debió de tener presente en su cabeza -además de la situación específica por la que estamos atravesando en España- esa ambivalencia de la que hablan Fuentes y Lagos. Porque la verdad es que tenemos que empezar por reconocer que, siendo el tema oportuno -y yo agradezco la oportunidad de poder reflexionar sobre él-, no deja de ser inquietante que -más de cien años después de que la llamada "cuestión social" se introdujera en la agenda de todos los gobiernos y los partidos políticos- hoy tengamos que volver a plantear si la competitividad y la justicia social son elementos compatibles.

Me gustaría hacer un pequeño recorrido histórico y realizar algunas propuestas o trasladar algunas reflexiones. Pero antes, intentaré afinar determinadas nociones.

¿De qué estamos hablando cuando hablamos de competitividad hoy, en el Siglo XXI? En la idea de lo que marcaba Enrique Iglesias, yo creo que queremos decir: conquista de mercados y crecimiento sostenido pero, evidentemente, en un entorno global.

Quizás estos no sean objetivos tan distintos de los que se planteaba el mundo a principios del Siglo XX. Tenemos que exceptuar -y ayer reflexionábamos sobre ello- el valor multiplicador de la información, quizás también la motilidad del capital, etcétera. Pero si hablamos de justicia social, tal vez aquí la polisemia sea más amplia.



Evidentemente, estamos hablando de bienestar, de reducción de la desigualdad. No me refiero a una desigualdad razonable que pueda servir como estímulo y agente de emulación entre los individuos que interactuamos en una sociedad, sino a esa desigualdad estructural que impide la movilidad de las personas, de los grupos sociales y que les deja -por falta de oportunidades- en posiciones predeterminadas, preestablecidas.

Lo más difícil quizá sea equiparar el concepto de justicia social con el de cohesión social. ¿Por qué? Hay un compañero nuestro del Círculo de Montevideo, Alain Turaine, que nos hace ver que en estos momentos se ha producido una auténtica revolución como consecuencia del estallido de los lazos que antaño vinculaban al individuo con el grupo. Ayer, en la reunión privada, teníamos ocasión, en el Círculo de Montevideo, de reflexionar sobre esto y acerca de cómo han influido e influyen las nuevas tecnologías en esta posibilidad que hoy tenemos de -llamémosle así- "elección a la carta".

Cada uno de vosotros, estudiantes de la institución San Ignacio de Loyola, podéis hacer lo que nosotros no podíamos cuando estudiábamos en la universidad: vosotros tenéis un amplio repertorio de intereses, de imágenes, de preocupaciones y de personas a través de las cuales podéis crear grupos específicos y microidentidades. Y lo podéis hacer por encima de vuestras limitaciones de espacio.

Pero siendo esto cierto, en todo caso yo creo que no debemos dejar que la fórmula de justicia social dé pie a equívocos y -aunque cabe introducir matices- sigue siendo lo suficientemente expresiva para ser examinada en un foro con vocación de modernidad -lo puedo asegurar- como es el Círculo de Montevideo. Es y tiene que seguir siendo un asunto que esté en todas las agendas de cualquier responsable público.

Decía que me gustaría hacer un poco de historia. ¿Por qué? Cuando sorprendido vi que tenía que reflexionar sobre competitividad y justicia social, me introduje en Google para ver en qué momentos históricos habían aparecido estos conceptos. Me fui a la primera vez que aparecen, que es, ni más ni menos, que en la Alemania de Bismarck, en la Alemania de la Segunda Revolución Industrial, antes incluso de lo que apareciese su competidora británica. Siendo un discurso enarbolado por la izquierda, construido intelectualmente por la izquierda, quienes lo aplicaron -y esto no es paradójico e intentaré explicarlo- fueron sin embargo los sectores más conservadores. Y algunos de ellos, por cierto, con el apoyo de grandes industriales (pienso en los Krupp, en los Siemens). Ellos fueron los que pusieron por primera vez en las agendas de gobierno -no en las de debate político- las bases de lo que después se dio en llamar el "Estado Social" y, más tarde (en su amplia cartera de servicios) el "Estado de Bienestar"; e incluso -cuando se decía que esto tenía que extenderse desde la cuna hasta la tumba- el "Estado Providencia".

Estos mecanismos que nacen, insisto, desde este discurso de la izquierda de establecer correctores a la injusticia social, se anuncian por primera vez por el káiser Guillermo II, en el discurso que pronunció en el parlamento alemán el 17 de noviembre de 1881. Es la primera vez que encontré, en un discurso político, referencias al seguro de enfermedad, al seguro de accidentes laborales, al seguro de invalidez y al de vejez a partir de los 70 años (Es curioso lo de los 70 años, porque ayer hacíamos una reflexión -la hacía Carlos Slim-, más de ciento treinta años después, de cómo nos estamos aproximando a un horizonte de edad que hace ciento treinta años se consideró como auténtica revolución).

¿Por qué dicen esto gobiernos de talante conservador y por qué, en determinados momentos, incluso en Inglaterra, hubo oposición por parte de la izquier-

da? Quizás, en aquel momento, la oposición por parte de la izquierda fue puramente estratégica.

Recuerdo una -sí me permite el Presidente González que la recuerde-, cuando en las Cortes, en la II República, se debate el voto de la mujer y, sorprendentemente, socialistas absolutamente de referencia -como podía ser Indalecio Prieto- o mujeres progresistas -como Victoria Kent- se opusieron a que la mujeres pudiesen tener el voto: dijeron que la razón de la oposición era que eso iba a servir para que en las siguientes elecciones ganasen las mayorías conservadoras porque las mujeres estaban siempre dominadas por sus maridos. Debo decir que las Cortes, con el voto mayoritario del Partido Socialista -lo digo porque son anécdotas históricas- aprobaron el voto para la mujer; pero lo cierto es que en las siguientes elecciones, en 1933, ganaron las derechas en España.

¿Qué quiero decir con esto? Que quizá hubiese un cierto temor, por parte de la izquierda, de que estos mecanismos correctores se convirtiesen en un elemento de identificación de los proyectos más conservadores con una parte del electorado que, sin embargo -desde una reivindicación permanente- podía tener como único referente la opción socialista.

Lo cierto es que, fueran cuales fueran las razones, hay que ser conscientes de que siempre las tesis moderadas, las tesis de la burguesía, han tenido un criterio pragmático. Quizás un criterio menos idealista que el de la izquierda, pero en ese pragmatismo eran conscientes de que la estabilidad social, la aversión al conflicto -que caracterizan expresamente a la burguesía- y la creación de un mercado interior con una producción eficaz -así como una fuerza de trabajo motivada con capacidad de compra- reconciliada con un sistema socioeconómico que no la empujara a los márgenes del propio sistema, podían ser más competitivas que otras tesis que estuviesen basadas en la pura explotación.

Adam Smith - a quien citaba Enrique Iglesias- ya había observado que ninguna sociedad puede prosperar y ser feliz -estoy leyendo literalmente- si la mayoría de sus miembros son pobres y desdichados.

En otras palabras, justicia social y competitividad empezaron a verse, desde un discurso reivindicativo de la izquierda como las dos caras de la misma moneda, también por las fuerzas de la derecha.

A partir de allí, el resto de la historia es conocido: crisis económica de la entreguerras, debilidad del sistema internacional, desaparición de la seguridad que imperaba antes de 1914 (aquella que Stefan Zweig - en un libro que recomiendo como de los más apasionantes que he leído en los últimos años: "Memorias de un Europeo"- denominaba "el mundo de seguridad, el mundo anterior a la Primera Guerra Mundial"). Todo eso es sustituido por el miedo, por una apuesta desesperada de las masas por regímenes que proporcionaban falsas seguridades, que explotaban el miedo, por totalitarismos -ya fueran de izquierdas o de derechas-, acabando así en las páginas más oscuras de la historia de la humanidad.

Pero viene la reconstrucción. Desde la convicción de que los errores cometidos después de la Primera Guerra Mundial no podían repetirse, de que el miedo de que volvieran a surgir populismos totalitarios había que conjurarlo claramente, se asumen también, para el proceso posterior a 1945 -y este es un fenómeno económico muy curioso-, algunas de las medidas extraordinarias de guerra que se habían aplicado durante la contienda.

El Estado Social -no estoy pensando especialmente en Inglaterra- se convirtió, durante el período de guerra, en un nuevo contrato social. La sociedad inglesa se unió no solamente en la necesidad de supervivencia, no solamente en su oposición al totalitarismo, sino también en una seguridad que ese Estado le



daba ante unas demandas básicas de educación, sanidad y servicios sociales.

Uno de los fenómenos políticos más curiosos y difíciles de explicar en nuestra historia es cómo el gran héroe de la Inglaterra de la Segunda Guerra, Churchill -ese gran símbolo de la resistencia británica que identificó como nadie la dignidad de un país, que supo enfrentarse a sus propios correligionarios que tuvieron veleidades colaboracionistas con el régimen nazi de Adolph Hitler y que supo de verdad llevar a ese país a la victoria y la dignidad- llega a las elecciones de 1945 y las pierde. ¿Y por qué las pierde? Porque su discurso electoral -esta es una interpretación mía- lo hace única y exclusivamente sobre la victoria en el combate, y se olvida de otra gran victoria que habían tenido los ingleses durante la guerra, que fueron las políticas de bienestar que puso en marcha el Gabinete de Concentración Nacional que duró durante la contienda.

Es ahí donde laboristas y liberales, que habían formado parte de ese gabinete, hacen una campaña electoral en 1945 basándose en los logros sociales que habían alcanzado desde el famoso Informe Beveridge de 1942, donde se trazan las líneas de lo que va a hacer el Welfare State en las décadas siguientes. Hubo una apuesta por mantener las conquistas sociales, prolongarlas más allá del período extraordinario de guerra, y eso fue lo que hizo que Churchill perdiese las elecciones.

Después ocurrió que -desde 1945 a 1973- las sociedades crecieron, lográndose grandes acuerdos político-comerciales y grandes planes de inversión de recuperación. Se vivió el mayor tiempo de estabilidad de la historia europea, con algunos efectos estructurales también, con rigideces, como podía pasar en países como Italia o Austria. En éstos, a mi juicio, se descargó demasiado en los partidos políticos la interlocución de determinadas conquistas y eso hizo que, después, la quiebra de sus propios partidos pu-

siera en riesgo el propio sistema. Pero se redujeron las desigualdades y se generalizó el Estado de Bienestar.

¿Hasta cuándo? Hasta la crisis del petróleo. Y en la crisis del petróleo, en 1973, por primera vez se puso encima de la mesa algo que parecía que no era un problema: el coste del Estado de Bienestar. Hasta entonces, la inmensa creación de riqueza que exige el mantenimiento del Estado de Bienestar no había sido un problema; pero entra en crisis el concepto y vuelve a ponerse en las agendas políticas lo que hoy estamos tratando.

Ahí se empiezan a valorar otros caminos hacia la justicia social, pero con un matiz muy importante y a mi juicio muy peligroso: el receptor de esos caminos deja de ser la sociedad en su conjunto y pasar a serlo la persona, el individuo. Es el gran momento de la Escuela de Chicago, Hayek, Margaret Thatcher. Recordemos aquella frase de Thatcher: "La sociedad no existe". Lo que quería decir ese liberalismo extremo es que la sociedad no puede ser objeto de alguna forma específica de justicia -como la que nos ocupa, la justicia social-, porque de lo que se trataba, única y específicamente, era de recompensar al individuo, de recompensar el mérito y la capacidad, pero no de extender la red de protección con carácter general.

Y así ha estado el debate hasta 1995.

En 1995 se realiza una conferencia organizada por el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, que pronuncia un liberal no doctrinario -y lo voy a citar por la admiración que le tengo-, que es el anglo-alemán Ralf Dahrendorf. Él refirió allí lo que se denomina "la cuadratura del círculo", que si bien es algo que se ridiculiza, hay que recordar que es algo necesario: la cuadratura del círculo es una meta ideal -por lo tanto de imposible consecución plena-, pero a la que en todo caso -sabiendo que no la vamos a alcanzar- tenemos la obligación ética de dirigirnos. Lo que decía Dahrendorf es que la cuadratura del círculo consiste

en conjugar el aumento de la prosperidad económica -primer elemento-, la cohesión social -segundo elemento- y la libertad política -tercero. Es decir que define esos tres factores -competitividad, justicia y libertad o democracia- como los que apuntan a una solución - compleja sí, pero a la que en todo caso tenemos que dirigirnos.

Esa solución se aplica en estos momentos en el mundo.

Tenemos ejemplos de crecimiento más cohesión social, sin libertad. Es el modelo al que también hacía referencia Enrique Iglesias, que siguen algunos países asiáticos, especialmente China, donde es indudable que se está produciendo crecimiento; es indudable que, como consecuencia del crecimiento, hay determinados factores de cohesión social que no existían antes; pero es indudable también que no se tiene libertad política, que no hay régimen democrático.

La segunda alternativa parcial es crecimiento más libertad, pero sin justicia social. Es el modelo thatcheriano. Hay libertad, evidentemente; es un régimen democrático, hay crecimiento. Pero no tiene por qué existir un sistema de cobertura general que extienda la justicia social. Algunas democracias emergentes están apostando por este, a mi juicio, muy peligroso modelo.

Y el tercer ejemplo parcial, es justicia social más libertad, pero sin crecimiento. Esto es, desgraciadamente, lo que nos está pasando a algunos países europeos, incluido el mío -España-, aunque yo creo que todos tenemos que concluir que necesariamente este fenómeno tiene que ser transitorio, puesto que si fuera estructural los otros dos términos de la ecuación acabarían necesariamente dañados.

La dificultad para alcanzar esa cuadratura del círculo (donde los tres elementos, si no se alcanzan plenamente, se equilibren entre sí) es que exige sacrifi-

cios. Esta es una reflexión que tenemos que hacer en un momento de crisis. Sé que hablo en un país de crecimiento y en un continente de crecimiento; pero vengo de un país en crisis y de un continente en crisis. Y eso significa que necesitamos entornos más flexibles; que tenemos que acabar con muchas rigideces y que tenemos que ser conscientes de que los modelos que hasta ahora nos han servido no nos van a permitir mantener ese equilibrio.

Pero siempre -y esta es la conclusión que desarrollaré desde este momento hasta finalizar mis palabras, dentro del tiempo que se me ha asignado- lo tenemos que hacer dentro de un horizonte de justicia social. Nunca el afán de crecimiento, el afán de producción nos puede hacer olvidar ese horizonte de justicia social. ¿Cómo lo alcanzamos? Quiero aquí aportar dos ideas, recorridos, caminos -no me animo a llamarlos soluciones- a mediano y largo plazo.

En primer lugar -y he aquí el tema que nos ha convocado en la reunión del Círculo de Montevideo, nuestra economía no se puede basar en la competitividad por los bajos costes laborales. Nosotros tenemos que apostar, necesariamente, a la alta cualificación. Tenemos que buscar que ese rendimiento de cualificación, esa búsqueda de la excelencia como consecuencia de la formación y la educación, sea la clave. Por eso, tenemos que apostar por la innovación; innovación y educación como elementos centrales de nuestra economía.

En segundo término -aquí enlace con la reflexión de Enrique Iglesias, y aunque esto pueda parecer muy lejano, si no lo consideramos no alcanzaremos la cuadratura del círculo-, vivimos en un mundo global y no podemos territorializar -Occidente-Oriente; Norte-Sur- los parámetros de justicia social. Hace algunos años, cuando las pateras africanas entraban en tromba en una España próspera y creciente, se dijo una frase que no olvidaré nunca: "España y Europa no pueden ser una isla de riqueza rodeada de pobreza".



Pues bien: si nosotros no podemos competir como consecuencia de que las exigencias y los costes económicos del Estado de Bienestar no se aplican a otros países, tenemos que ser conscientes de que el discurso -no solamente teórico sino práctico- de los organismos internacionales y de los foros -como el Círculo de Montevideo-, no debe ser el de que los países occidentales que hemos hecho una apuesta histórica por el Estado de Bienestar demos marcha atrás; sino el de que el crecimiento de los países emergentes no puede estar basado en un perjuicio en la justicia social de su mano de obra, en los bajos costes laborales. Debemos invitarlos a que se incorporen a esa sociedad del bienestar en la que todos nos tenemos que encontrar. Tenemos que romper las trampas del low-cost; tenemos que crear valor añadido y tenemos que elevar la puja. Sólo así podremos crear economías de escala donde el círculo vicioso del empobrecimiento invierta su sentido y sea un círculo virtuoso del enriquecimiento.

Para eso, los Estados tradicionales, ¿nos podemos quedar como estamos? Yo creo que no. Creo que tenemos que reformular el Estado. Estoy hablando -insisto- de los países europeos; no hablo en este caso de las repúblicas americanas. Sí considero, como decía, que tenemos que reducir el Estado (y aquí pongo encima de la mesa algunas condiciones ideales): llegar a un Estado pequeño y eficaz que no interfiera en la libre iniciativa de la sociedad; y muchos menos que se convierta en un observador negligente y culpable de las consecuencias perversas que el mercado pueda provocar con las desigualdades sociales. Asimismo, tenemos que lograr un Estado que no sea elefantiásico pero tampoco raquíutico; que sea suficiente pero que, además, sea percibido por los ciudadanos como necesario; y que sea mayor en legitimación popular que en el coste de sus medios. Debe ser también un Estado que comprenda que no puede ni debe ocupar todo el espacio, pero que tampoco genere el malentendido de que el mercado puede invadir su espacio, el que él debe directamente preservar. Asimismo, debemos lle-

gar a un Estado que, en última instancia, se inspire en la capacidad de diálogo con la sociedad. En definitiva, un Estado que sea consciente de que la justicia social nace -como lo recordábamos ayer; lo recordaba el Presidente Sanguinetti- de los lazos de la solidaridad. Cuando nos preguntaban cómo es posible que en España, con esos millones de parados, con ese índice de desempleo, no exista un conflicto social en las calles, recordábamos también, con Enrique Iglesias, la existencia de los lazos de solidaridad entre los propios ciudadanos. El Estado debe saberlo, pero no puede abusar de esa circunstancia para dejar de intervenir.

Creo que es muy probable que el Estado de Bienestar tal y como lo conocemos no regrese, pero sí considero -esta es mi reflexión con la que enlazo la provocación que me hacía la organización con el título de esta charla- que tiene que ser un imperativo ético. No lo es histórica y económicamente, pero que lo tiene que ser para quienes ejercen responsabilidades de gobierno pero también para aquellos que -desde la universidad, desde la inteligencia- construís el pensamiento y nos condicionáis el pensamiento a los gobernantes.

Creo que la necesaria flexibilidad que he pedido antes tiene que ir ineludiblemente acompañada de un nivel de seguridad, de un nivel de confianza. Por primera vez en la Historia, nos está empezando a pasar en Europa -concretamente en España-, con la excepción de cuando hemos tenido un conflicto bélico, que esta generación piense que la siguiente va a vivir peor de lo que nosotros lo hemos hecho; que va a tener menos oportunidades. Sin duda alguna, es algo insostenible; es moralmente inaceptable y -me atrevo a decir- casi antinatural, porque se enfrenta a la idea de progreso que ha acompañado siempre al hombre.

Esa es la razón por la que creo que necesitamos que todas nuestras políticas avancen hacia el acuerdo social.

Mi última consideración: todos estamos obligados a crecer; especialmente aquellos para los que la consecuencia de la crisis ha sido el desempleo y por lo tanto han tenido no solamente problemas de desigualdades económicas, sino también ruptura de proyectos personales que no pueden ser sustituidos por subsidios estatales. Solo se pueden alcanzar cuando, al final, es el logro de tu mérito, de tu esfuerzo, de tu formación lo que te consigue el sustento necesario para desarrollar ese proyecto de carácter personal.

Y sé que lo vamos a conseguir, porque la Historia es cíclica. ¿Qué riesgo tenemos? Que cuando hayamos alcanzado la recuperación económica pensemos que eso es suficiente. Y no, no será suficiente. Ahí es donde habrá que seguir avanzando. Ahí habrá que firmar, quizás, un nuevo contrato social.

El Círculo de Montevideo -que nunca fue un foro de reflexión inmediata sino que siempre nos ha invitado a sus miembros a mirar más allá- ha sido el que me ha permitido, haciendo buena la frase de Lagos y de Fuentes de que no hay sueño sin pesadilla, intentar presentar el reverso: lo que a mí me gustaría sería que todos pudiésemos orientar nuestra mirada hacia el futuro; dar la vuelta a la moneda y buscar, otra vez, no el camino de la pesadilla sino el camino del sueño.

Muchísimas gracias.



## 14 - Resumen de actividades

Natalio Botana

Señoras y señores:

El Presidente Sanguinetti me solicitó, a última hora, que dijera algunas palabras, no a título de conclusión, sino introductorias a esta mesa de los Presidentes que estamos esperando con tanto interés. Y como ha dicho el Presidente Ricardo Lagos: ante un pedido de nuestro querido amigo Julio María Sanguinetti no queda otra cosa que hacer una venia cívica. De modo tal que, con esta venia cívica, comienzo estas palabras, este pensamiento en voz alta.

Estudiantes, colegas de esta magnífica universidad: ¿Qué hemos dicho durante estas reflexiones tan ricas, tan nutridas? En primer lugar, algo que para las nuevas generaciones es connatural, mientras que para nosotros constituye una novedad histórica gigantesca: vivimos un cambio de época. Ese cambio será el de ustedes, porque nosotros seremos testigos, pero no mucho más.

Hay nuevas palabras - ¿verdad?- que están surgiendo con una velocidad extraordinaria: redes sociales.

Cuando fundamos el Círculo, hace diecisiete años, no existían. Sí existía -con una tendencia muy fuerte- el contexto en el cual estas redes sociales han explotado. Y ese contexto, en América Latina, es el contexto de la megalópolis, fenómeno tan gigantesco como el de la explosión de las redes sociales: ciudades que son como países y que siguen creciendo. Podría contarles a ustedes cómo era la Lima que conocí hace medio siglo, que no es la Lima de la actualidad; lo mismo ocurre con San Pablo o Ciudad de México. Ahí está el recinto de este cambio de época que nos convoca a todos. Y en ese recinto, en ese contexto -como hace milenios, en que se comenzó a pensar la educación en la ciudad; y ahora en la megalópolis-, hemos reflexionado en torno al tema fundamental de la educación, marcado por nuestros orígenes en Iberoamérica: la educación de la persona y la educación del ciudadano, lo cual nos lleva también a una doble reflexión.



Recuerdo aquel diálogo que el argentino Domingo Faustino Sarmiento tuvo, a fines de la década del 40 del siglo XIX, con un fantástico, fáustico educador norteamericano de Massachusetts, Horace Mann, quien le dijo a Sarmiento: "Instituciones educativas sí, pero dentro de las instituciones públicas de la República". La educación, por consiguiente, no está aislada del sistema político. Y si desde los orígenes mismos quisimos repúblicas, la república significa inclusión. Pero el gran tema que rondó en torno a nuestras reflexiones es que la inclusión no puede apartarse de la calidad. Y hoy la calidad exige un cambio fundamental en el paradigma de la educación, como bien se dijo en nuestros diálogos.

La educación ya no puede ser jerárquica ni dogmática. La educación se inclina hacia la horizontalidad. Entonces, si se me permitiera ensayar una reflexión en voz alta, diría que estamos dando vueltas en torno al problema de enseñar a pensar y a actuar en un mundo donde la información ha literalmente explotado. El insumo de la información es gigantesco. El arte de pensar y actuar no lo es tanto; responde a otro tipo de inclinación. Se ha dicho también, con razón, que la información es poder. Y si la información está diseminada, el poder -por consiguiente- también lo está.

En este contexto es donde interviene la educación con sus porqué y sus paraqué para crear capital humano (esta expresión -no la conocía cuando comencé a enseñar- es un concepto reciente, pero ya rondaba en torno a las ideas de los fundadores de nuestras repúblicas).

Quiero contarles acerca de un artículo que leí antes de tomar el avión hacia Lima. Se trata de un trabajo técnico del Banco Mundial, que me costó mucho leer. Consiste en un cálculo econométrico del capital humano. Ese cálculo lo realizan trece países de ingresos medios y altos, y lo que muestra el estudio es que el capital humano es equivalente a cuatro veces el valor del capital productivo y quince veces el valor

del capital natural. ¡Cuidado con el endiosamiento a los recursos naturales, tan necesarios para el desarrollo, pero tan insuficientes!

Y mientras concluía este artículo tan difícil de leer, recordé aquel concepto de Tocqueville, de 1835 -fíjense la antigüedad: Frente a esa geografía increíble de América del Norte, casi infinita para el horizonte europeo de aquella época, concluye que es muy importante, desde luego, la geografía -en la clave de los Siglos XVIII y XIX la geografía era igual a lo que nosotros llamamos ahora recursos naturales-, pero que más importante aquí que la geografía -agrega inmediatamente- son las leyes y la Constitución de la cual derivan las leyes; y más importantes aún que las leyes y la Constitución, en la clave de los Siglos XVIII y XIX, son las costumbres. Y costumbre no equivale, en aquella época, al concepto que tenemos ahora, como una suerte de tradicionalismo cristalizado; sino que costumbre era la combinación de lo que hoy llamamos capital humano, cultura cívica, cultura política, razones para aprender y enseñar, pero también hábitos del corazón, sentimientos orientados para actuar; en una palabra, el imponderable del capital humano, capital humano que nos hace ser mejores personas pero, fundamentalmente, mejores ciudadanos.

Esta reflexión en torno al capital humano y el sentido muchas veces imponderable que tiene, me lleva a la última reflexión que quiero compartir con ustedes, que tiene que ver un poco con el estado actual de nuestras repúblicas democráticas o nuestras democracias republicanas. Porque el capital humano, en nuestro contexto, implica desarrollo de la ciudadanía; y si implica desarrollo de la ciudadanía, no implica necesariamente lucro: implica mucho más. Implica la vieja orientación, ya expresada por la filosofía del Renacimiento, hacia lo común, hacia lo que nos engloba a todos. Porque por eso somos repúblicas.

Del mismo modo que estamos viviendo en América Latina (y en general en el mundo, pero me atengo

a América Latina) la explosión de la información, estamos viviendo también la explosión de la demanda de derechos. Y esta, en el lenguaje coloquial, en el de todos los días, está muy vinculada al hecho de que estamos legítimamente contentos y satisfechos porque estamos creando clases medias en América Latina.

El viejo ideal que expuso John Stuart Mill -si la memoria no me falla, en el año 1852- en una carta inolvidable donde le dice a los ingleses -en aquella sociedad que era la sociedad de la explotación, que estudiará más tarde Engels-: "Es la educación la que permitirá crear ciudadanía y lanzarlos a ustedes a la aventura del ascenso". Fíjense lo que decía: "A la aventura del ascenso". Y él vinculaba el concepto de educación con el de desarrollo de las clases medias.

En términos literarios, hemos evocado a nuestro querido Carlos Fuentes; y ahora quiero citar palabras de Borges, cuando le preguntaron cuál era su ideal de sociedad. Respondió así: "Una sociedad armoniosa de clases medias donde no haya ni muchos ricos ni muchos pobres". Claro. Está bien; pero es una condición necesaria aunque no suficiente.

Lo que quiero dejar pendiente, como esas pelotas -en nuestra cultura futbolera- que pican cerca del área chica, es que el modelo de las clases medias implica conflicto. Y disculpen ustedes que me refiera a la civilización del Río de la Plata, pero los países que primero crearon clases medias en América Latina -Uruguay, Argentina, Chile-, vivieron procesos de conflictos muy intensos. Porque la aventura del ascenso supone también conflicto; no es una aventura exclusivamente de armonía. Y hoy ese conflicto se expresa a través de la demanda de derechos. Las nuevas clases emergentes quieren derechos para todo, como si los derechos fueran un don gratuito. Sí lo son en el sentido de que la naturaleza humana es creadora de derechos; no lo son en el sentido de que no todos los derechos pueden tener plena vigencia.

Esta demanda de derechos, en nuestra megalópolis, plantea un problema preocupante que es el de la escisión, la separación (de la cual hemos hablado en nuestro coloquio) entre derechos y obligaciones. La vieja idea -vieja porque la escribió allá por los años 50 Norberto Bobbio en torno a la obligación política- según la cual: "El ciudadano, la ciudadana de la democracia no es un demandante de derechos solamente; es un ciudadano, una ciudadana que se obliga". Y uno de los fundamentos básicos de la educación práctica es precisamente la necesidad de tener una ciudadanía con responsabilidad.

Aquí tenemos un problema muy serio, porque cuando se produce la explosión de la demanda de derechos impulsada por las redes sociales, estas nuevas poblaciones salen a la calle. En mis ciudades argentinas de hace diez años, se desbordaban las calles, las rutas, las plazas públicas. En Brasil ocurrió lo mismo hace muy pocos días y el desborde parecía incontenible: "Queremos derechos", "Los que están allá son diferentes a nosotros" o "Los que gobiernan son todos unos corruptos". "¡Que se vayan todos!", como se dijo en la Argentina precisamente hace una década.

Que en esta explosión de derechos hay una demanda de ejemplaridad, no hay ninguna duda. Que la exigencia de la mujer y del hombre político va a crecer en términos éticos, no hay ninguna duda. Pero de lo que sí tengo dudas es del fenómeno histórico que ya se produjo en otras circunstancias del desarrollo de nuestras sociedades y que puede reaparecer: me refiero a la fuga hacia lo privado. Que este mundo de redes sociales, de explosión de derechos nos lleve a pensar en términos de una ciudadanía sin vida: los responsables son los otros, no somos nosotros.

No voy a aburrirlos con los problemas teóricos que implica la gran invención de la representación política. Pero lo que más me preocupa es esta fuga hacia lo privado y esta demanda de derechos en la que descargamos de nuestra propia conciencia la exi-



gencia de la responsabilidad. La responsabilidad no sólo es la exigencia que les planteamos a nuestros representantes -que obviamente tienen que portarse bien en términos éticos-, sino la exigencia que nos planteamos nosotros mismos con respecto a nuestras conciudadanas y nuestros conciudadanos. Y si no logramos rehacer ese tejido de confianza y de exigencia mutua, el riesgo que se nos plantea es que del horizonte de la revolución que estuvo muy cerca de nosotros hasta hace pocas décadas en América Latina, emerja otro horizonte, que sería el de la rebelión social: estamos cansados, queremos más derechos, salimos a la calle, protestamos y luego regresamos a nuestros hogares. Y lo único que estamos realimentando es un sistema de anomia social.

Creo que el deber fundamental de la ciudadanía es el de romper con ese círculo vicioso y lograr que la rebelión, si ella existe, se transforme en una construcción racional y responsable de ciudadanía.

Querido Presidente: esta la improvisación a la cual me ha obligado.

Muchas gracias.

## 15 - Educar hoy, ¿Qué y cómo?

**Belisario Betancur**  
**Felipe González**  
**Ricardo Lagos**  
**Julio M. Sanguinetti**  
**Carlos Slim Helú**

Queridos amigos:

La tradición es que terminemos con un diálogo, una charla, un pequeño debate acerca de algunas de las ideas que se han lanzado y de otras que han ido apareciendo, como las que nos dejaron en las últimas exposiciones Natalio, Alberto, Enrique, Félix y Manolo.

Es el momento también de agradecer muy especialmente a Raúl Diez Canseco Terry y a la Universidad San Ignacio de Loyola, que con tanta generosidad nos han acogido, y expresarles lo bien que lo hemos pasado.

Hemos compartido pensamientos e ideas y hemos ido logrando, creo, lo que intentamos: tener la posibilidad -en este mundo de vértigo, de aceleración, de imágenes caleidoscópicas que la televisión nos va mostrando y que a veces no sabemos bien qué significan- de hacer estas pausas para la reflexión que motiven a pensar, a entender, a saber que podemos de algún modo manejar las cosas; porque aunque el viento nos lo da la naturaleza, la mano que maneja la vela es la del capitán, y mucho se puede hacer desde el pensamiento, desde la acción política, desde la acción universitaria, desde la acción docente.

Iniciaremos este diálogo, entonces, con algunas de las ideas que han estado flotando aquí.

Voy a comenzar por Felipe, que es el que siempre empieza y desordena todo, planteándole algo así como un titular: educación, crisis, desempleo, mirados no sólo desde España sino desde esta sociedad en cambio que va mostrando sus grandes activos y también sus enormes turbulencias.

**Felipe González**

¿Por qué temía yo que iba a empezar por mí?

Lo primero que quiero decir es que a mí me gustaría que el debate empezara ahora -después de un día y medio que llevamos- porque me parece que realmente se está animando, que está tomando cuerpo.



Me refiero al debate en forma de diálogo: al intento de aproximarse al logos del otro. Porque aquí no hay una representación ideológica de unos o de otros, sino más bien una reflexión más sobre ideas que sobre ideologías (aunque cada uno, lógicamente, tenga su trasfondo ideológico).

A lo largo de la mañana, he oído cosas que me han ido apasionando, que tienen que ver con la fantástica pregunta que se ha hecho a sí mismo Enrique Iglesias para definir lo que nos pasa ante la crisis. Y ha dicho: "Lo que pasa es que no sabemos lo que pasa". Y luego ha hecho tres afirmaciones que indican que él sí sabe bastante lo que pasa. Ahora, ¿dónde está el origen del origen? Lo ha descrito muy bien, y hay un matiz que quiero introducir.

Empieza por reflexionar y responder que hay cosas que no sabemos acerca de lo que está pasando. Y hay cosas -querido Alberto- que damos por verdades o por hechos, pero que en realidad que no son verdad. Te daré luego algún ejemplo.

Asimismo, decía Enrique que esto empieza con una fiesta de un sistema financiero no bancarizado, que realmente revienta; un mal funcionamiento del sistema financiero por una pasión desreguladora que no es del sistema financiero institucional sino de esa parte del sistema financiero global que no estaba regulada. Porque regulación -lo decía Carlos Slim- no es que falte. Hay una enorme cantidad de regulaciones. El problema es que habría que aplicar -ya me lo habéis oído decir algunas veces- aquella máxima de Don Quijote a Sancho, cuando iba a gobernar la ínsula de Barataria: "Amigo Sancho: pragmáticas, pocas, y que se cumplan". Y lo que tenemos ahora dentro del funcionamiento del sistema financiero son muchas pragmáticas, muchas normas hechas para no ser cumplidas o para ser burladas.

Y la parte más peligrosa del funcionamiento del sistema financiero, que lo ha definido muy bien la economía global, son estas cosas que enseñan las escuelas de negocios. Se quejaba Enrique de que no eran bue-

nas cosas, pero depende de para qué. Para los muchachos que se educaron en esas magníficas escuelas de negocios y a los que les ha ido muy bien en muy poco tiempo, depende de qué pretendieron. Pero es verdad de que con una pura fórmula algorítmica se hacen treinta y ocho mil operaciones en veintitrés minutos en los mercados de valores. Enrique ha puesto el ejemplo del muchacho francés al que todo el mundo se le echó encima, como si los jefes no supieran que lo estaba haciendo. No sabían lo que estaba haciendo, pero sabían que lo estaba haciendo. No sé si es demasiado complejo eso: estaba compitiendo con los demás en una carrera; si los demás estaban haciendo determinadas cosas, él también. Pero no voy a avanzar por ese jardín.

El origen del origen de la crisis, que se ha llevado por delante a la economía europea -que todavía no reacciona, que no sabe cómo responder a esto- está en un mal funcionamiento del sistema financiero. Lo malo es que es una crisis sistémica -querido Natalio-, sin alternativa al sistema (ni siquiera malas alternativas, porque antes existía el consuelo de que había una alternativa al sistema: la estatalización total de la economía, el comunismo, etcétera. Bueno, eso tampoco existe). Por tanto -y ya me lo habéis oído decir en el Círculo de Montevideo hace años- esta es la típica crisis especular, en el sentido más amplio de la palabra, del sistema capitalista. "Especular" también porque se mira en el espejo y la imagen que éste le devuelve no es bonita. Ya no se mira en la alternativa, que sería peor, del sistema comunista: se mira en el espejo y le llega una imagen deformada porque el sistema no funciona bien.

Helmut Schmidt, que tiene 94 años y que camina con una cierta dificultad, cuando lo invitan a cualquier acto exige -yo no he llegado todavía a tener esa categoría- que le permitan fumar -da igual que estén las cámaras de televisión-; y si no lo dejan, no va. Pero como les interesa que vaya, lo dejan fumar (¡él sí que ha conseguido un grado de autonomía y de madurez envidiable!). Pues bien, en pleno debate con el ex-Presidente del Banco Central Europeo -que trataba de

explicar la crisis de la deuda soberana de Europa-Helmut Schmidt (que con la edad no ha perdido inteligencia ni ha mejorado en su mala vida y que hace economía de esfuerzo) le ha preguntado: "¿De qué crisis me hablas? ¿Dónde está la crisis de la economía real? En la industria y en los servicios. Si la crisis es la derivación de una operación de rescate de un sistema financiero que ha funcionado mal, de manera desastrosa, y todavía no se han ocupado ustedes" -lo siente como lo puede sentir una persona de 94 años- "de corregir el origen de la crisis, lo más probable" -cosa que me habéis oído decir algunas veces- "es que estamos incubando la siguiente. El problema es si nos van a aguantar los ciudadanos cuando tengamos que volver a rescatar al sistema financiero de un mal funcionamiento".

Hay cosas que son sorprendentes: los movimientos sociales en Brasil, los movimientos sociales en Turquía, hace tres años la "primavera árabe" -que se entendió, con una interpretación muy occidental y muy *naive*, con un título genérico tan bello como "la primavera"; y ahora, que pasa lo que pasa, todo el mundo la ve como el invierno árabe. Pero ni aquello era una primavera, ni esto es un invierno. Es un proceso histórico que se ha visto con una óptica occidental interpretativa que no tiene nada que ver con los elementos que desencadenaron la movilización y el conflicto. Este empieza siendo -lamento mucho recordarlo, pero siempre hay que aproximarse con un poco más de rigor a la percepción del otro-, como tantas veces en la historia, una revuelta por el trigo, por el hambre, por el precio de los alimentos que suben un 40% por un puro movimiento especulativo que nace de una decisión arbitraria de Putin, como Primer Ministro de Rusia, cuando prohíbe las importaciones de granos.

Imaginen esto para el que está en la marginalidad, con una renta de US\$ 1 al día. Se produce una explosión: explosión que después es una revuelta de dignidad, que interpretamos desde Occidente como una aspiración democrática en el sentido en que lo entendemos nosotros; porque no aceptamos que las aspira-

ciones contra la dictadura y el autoritarismo tengan modelos de vivir con libertad y dignidad que no sean exactamente encajables en los nuestros.

España está viviendo una crisis muy seria; me han oído decir -eso lo compartimos los dos- que probablemente es más seria la crisis institucional, incluso la de articulación territorial, que la crisis económica. Dicho en otros términos: a pesar de la torpeza con que actuamos en España y en Europa, de la crisis económica vamos a salir -el camino será más largo o más doloroso-, pero de lo otro, si no hay una clara voluntad y una buena concertación para salir, tengo mucha dificultad en creer que vayamos a salir, y a salir bien. Por tanto, eso sí que me preocupa.

Ahora, por definir la crisis económica, querido Alberto, te diré lo siguiente: en 2007, el año antes de empezar la crisis, nuestro Producto Bruto era 1,053 billones de euros; es decir, miles de millones de euros. En el 2012, nuestro Producto Bruto era 1,049. Quiere decir que hemos perdido cuatro mil millones de euros de Producto Bruto: medio punto de Producto Bruto en cinco años. ¿Cuál es el efecto social y el efecto de angustia que nos está produciendo y la movilización resistencial que estamos viviendo, habiendo perdido medio punto de Producto Bruto? Les recuerdo -por si lo obviaron, porque lo cité ayer- que cuando llegué al gobierno teníamos US\$ 4.500 por habitante de Producto Bruto. Y ahora hemos pasado de tener US\$ 31.000 por habitante a US\$ 30.250 por habitante. ¡Gran tragedia! No, esa no es la tragedia. La tragedia es que el reparto de esa disminución de medio punto del Producto ha sido radicalmente desigual. He dicho radicalmente desigual.

Y es verdad -me lo apunta la inteligencia numérica de mi derecha, geográficamente- que el otro parámetro que tenemos que mirar es cuál es el nivel de endeudamiento; es decir, cómo hemos disfrutado del crédito como efecto bonanza, efecto bienestar, con una irresponsabilidad muy grave. Ya he dado alguna cifra: 90% aproximadamente en más capacidad de compra, en endeudamiento de la familia; 160% vinculado a em-



presas e instituciones financieras; y ahora la deuda pública, que estaba en 37% está en un 90%. Así que 90% más 90%, 180%; más 160%. Eso es lo que debemos. Pero lo que es el Producto Bruto, la riqueza nacional, es igual que en 2007: cuatro mil millones menos. ¿Cuál es el problema? Que hay tantas familias que han perdido el empleo, que hemos puesto en marcha -es consecuencia de la crisis, no es ideológico lo que digo- una especie de máquina de destrucción de la clase media, con una combinación de desempleo masivo, de fiscalidad, etcétera, que plantea un montón de interrogantes apasionantes. Porque si paso de ese modelo, ¿cuán injustamente se reparte una caída insignificante de Producto Bruto, que para algunos ha supuesto una caída de 40% o del 50% de su producto individual, mientras que para otros han significado incluso una mejora de su producto per cápita.? Eso es lo que no podemos entender.

Y esa reflexión no está en nuestra sociedad. Al revés: pensemos en los movimientos sociales en Brasil. Este país ha crecido menos -en términos de Producto Bruto y Producto per Cápita- que Argentina en la última década, o que Perú; en realidad, mucho menos que Perú. Pero da igual: ha crecido y ha sacado a cincuenta millones de personas de la marginalidad (se le puede llamar pobreza, pero yo le llamo marginalidad porque expresa mejor lo que quiero decir). Cuando uno saca a cincuenta millones de sus compatriotas -teniendo en cuenta la población que tiene ese país- de la pobreza, espera que se lo agradezcan. Y no es que la gente no lo agradezca: es que dejar de ser marginado significa estar ya incluidos, y si son incluidos se convierten en demandantes. Antes estaban fuera; pero ahora tienen la palabra -como me acota Julio María- y la tienen, sobre todo, para exigir derechos.

De nuevo salto el Atlántico. ¿Cuál es la reflexión más interesante que se ha hecho acerca de la crisis del Estado de Bienestar, a la que se refería Alberto? La más interesante la han hecho los nórdicos con su filosofía de la vida. Se trata del riesgo moral del Estado de Bienestar. Es apasionante, porque cuando empieza a construirse el Estado de Bienestar, la moral de cons-

trucción de esa sociedad cohesionada, con garantías sanitarias, de pensiones y educativas, era tan alta que todo el mundo estaba convencido de que estaba construyendo algo que mejoraría las condiciones de vida de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Pero al cabo de cierto tiempo comienza a haber abusos en el funcionamiento del sistema de la sociedad del Estado de Bienestar. Los nórdicos, muy suavemente, le llaman "riesgo moral del Estado de Bienestar", que puede llegar a hacerlo insostenible; pero, sobre todo, que puede llegar a ser una justificación perfecta para los que no están de acuerdo -por ejemplo, los thatcheristas- con la cohesión social, para liquidarlo.

¿Qué elemento de reflexión han introducido? Te va a interesar sobre todo a ti, Natalio. El Estado de Bienestar no se puede sostener si no hay una responsabilización individual y personal en su sostenibilidad. Pero no es que no se pueda sostener, Alberto. Si es compatible con una economía altamente competitiva -y puede serlo- que añade el valor suficiente para redistribuir el excedente del ingreso que se crea, claro que se puede sostener la economía social de mercado (o la llames como la llames).

El problema -y de ahí viene el último concepto que quiero dejar sobre la mesa, que me parece inquietante- es cómo se responsabiliza el ciudadano de exigir sus derechos al mismo tiempo que de cumplir sus obligaciones. Respecto de eso que dices de que "ya se llegará a un nuevo pacto social", mejor que se llegue ahora, porque si no, no vamos a tener sociedad con la que pactar.

En las relaciones industriales, ellos lo llaman "flexiseguridad". ¿Qué es eso? Usted tiene libertad para contratar y despedir; o usted tiene libertad para dejar su trabajo y tiene una bolsa de protección que es la seguridad. Pero usted es responsable de administrarla. Por tanto, si gasta todo el tiempo que le dura esa bolsa -18, 20 o 24 meses de cobertura-, su reloj se le pone a cero y ya no va a tener la oportunidad de utilizar esa bolsa ni la subvención. Quiere decir que usted se corresponsabiliza personalmente.

Hay un fenómeno interesante que tenemos que rastrear, que es la insatisfacción frente al modelo. ¿A qué modelo? A cualquier modelo: el de las economías europeas en decadencia con el Estado de Bienestar muy desarrollado y el de las economías emergentes con exigencia de cohesión social (que el Estado ni siquiera tiene la ergonomía ni la capacidad para satisfacer). Por tanto, hay una cierta convergencia entre lo que está liquidando Europa y lo que quieren algunos de los países emergentes (incluida China) que plantea un problema muy interesante. Esta última nota es de optimismo.

Creo que las redes sociales ponen en mucha dificultad la gobernanza de la democracia representativa, pero considero que hay un camino de interacción -que no es la democracia directa- para aprovechar la creatividad, el impulso y la innovación de las redes sociales y poder incluir en la política -con mayúscula- a multitud de ciudadanos que hoy no se sienten representados por la democracia representativa.

#### **Julio María Sanguinetti:**

Me atrevo a decir que ese ciudadano es también, a la vez, en la sociedad actual, un consumidor insatisfecho siempre, porque la sociedad de consumo genera ilimitadas necesidades o gustos o aficiones. Es normalmente un contribuyente quejoso, porque tiene que pagar mucho por su propia seguridad social, porque le descuentan esto o aquello. Y todo eso confluye, en definitiva, en un ciudadano enojado, que le pide al gobierno que le resuelva todas las otras cosas.

Viene ahí un tema -un sesgo importante- que es el del empleo, que tú mencionaste recién. Al respecto le pido a Carlos que diga algo sobre la cuestión, ya que siempre tiene presente la preocupación creativa del empresario, el rol creativo del empresario.

#### **Carlos Slim Helú:**

He tomado varias notas sobre lo que se ha expuesto. Pero antes, me gustaría hacer algunos comentarios.

En relación con la justicia social, con la equidad, con el aspecto ético, con la función de empresa, etcétera, quisiera subrayar dos cosas que me parecen muy importantes. La primera es que todavía con las huellas de las sociedades agrícolas y un poco de la industrial en su principio, tenemos la idea de la explotación del hombre. No cabe duda de que en la sociedad agrícola los paradigmas eran ciento ochenta grados diferentes de los que existen ahora. Había inmovilidad social y esclavitud; se buscaba que la gente trabajara lo más posible y consumiera lo menos posible; no había derechos humanos, por supuesto; en las guerras por conquistas había saqueos. Había un poder monolítico, que no solamente era político sino que también era religioso, porque todos los gobernantes descendían de la divinidad. No es casual que el faraón egipcio descendiera de la divinidad, así como el emperador japonés y el inca; y, por supuesto, a los reyes europeos los coronaba el Papa, porque si no, no valían tanto. O se coronaban solos, pero siempre con la divinidad y la religión de su lado. También tenían el poder militar y el económico. Por supuesto, no había libertades ni derechos humanos, ni pluralidad ni diversidad.

La sociedad moderna, de servicios, por la tecnología de la información, es completamente al revés: es democrática, libre, diversa y plural. Existen en ella los derechos humanos y el cuidado del medioambiente. Asimismo, es competitiva y global, y la productividad es importante, así como la innovación y la tecnología, etcétera.

Y lo interesante, como una parte muy positiva de esta nueva generación -que a mí me hace pensar que las generaciones venideras van a tener una situación mucho mejor que la de nuestros antepasados y que la que tuvimos nosotros- es que esta nueva civilización, esta nueva era se sustenta en el bienestar de los demás. Es decir que el problema del bienestar, de la equidad, de la justicia social deja de ser ético para volverse un problema técnico.

Un gran amigo que falleció a los 99 años, lo sintetizaba de esta manera: decía que la pobreza era un



problema estético, ético y técnico. Sin duda, la pobreza, que antes era importante a fin de tener una mano de obra en exceso para esclavizarla y explotarla, hoy se vuelve un obstáculo para el desarrollo. ¿Por qué? Porque los pobres quedan en la marginación, no forman parte del aparato productivo, están fuera de la actividad económica. La ignorancia no permite que se involucren en una actividad económica. Por lo tanto, tienen que tener educación y capacitación; y ser parte del mercado, que es en lo que se va a sustentar esta nueva civilización.

No tengo la menor duda, entonces, de que más que en un problema ético, la equidad y la justicia social se convierten en una necesidad económica para que las personas formen parte de la economía, de la modernidad, del mercado. Además, es como se ha sustentado el desarrollo de los países hoy desarrollados desde el Siglo XIX: Estados Unidos y Europa se incorporaron a la economía al salir de la agricultura y del autoconsumo. Y es lo que está pasando en China: veinte millones, treinta millones de personas salen cada año del autoconsumo, de la pobreza y la marginación y se incorporan a la economía. Eso es lo que le da sustento al crecimiento.

Esto es importante tenerlo claro.

También se habló aquí de los abusos financieros de las personas que, por ese motivo, crearon muchos problemas. Al respecto, quiero subrayar que hay muchos millones de empresarios y estamos viendo sólo a unos cuantos. Creo que se está juzgando de una manera muy simple al pensar que son sellos empresariales o propios del capitalismo o de las costumbres y las economías, o de los tiempos.

Para que esos personajes cometieran estos abusos se dieron algunas condiciones. Por ejemplo, a través del desarrollo y el uso de las matemáticas -y para ir sofisticando los mercados-, se crearon instrumentos y vehículos, como los derivados, que están fuera de los libros, que son invisibles. Ahí sí hay un problema de falta de regulación. Todos esos derivados tienen dos problemas: por un lado, potencian y apalancan mu-

cho, porque con un peso, con cinco pesos, invierten cien -y eso provoca algo que no diría que es especulación, pero que luego voy a explicar-; y, por otro, no están en los libros de los bancos. Entonces, los bancos -yo diría que de una manera irresponsable, y los reguladores también- no llevan registros ni cuentas de orden de lo que son estas operaciones. No están registradas y, de repente, cuando hay movimientos -ni siquiera diría que bruscos- más o menos notables en las tasas de interés o en los precios de los *commodities* o en la garantía de crédito de alguna empresa o institución, entran en grandes problemas.

Creo que las regulaciones en Estados Unidos son excesivas y malas. Deberían ser las necesarias, las convenientes y -como decía Felipe- pocas pero que se cumplan. Y falta supervisión; hay mucha falta de supervisión. Pero más allá de ello, en los negocios como en cualquier actividad hay lo que yo llamo "Rambos" financieros. Al Rambo no le interesa ni el amor, ni el poder ni el dinero; le interesa la adrenalina. Son financieros adrenalinicos que lo que quieren es estar en el juego. Son jugadores. Les llamo "Rambos", porque Rambo nunca busca el poder y, hasta donde yo he visto, ni siquiera novia tiene. Entonces, estas personas van a estar siempre requiriendo que su adrenalina esté al cien por ciento, y normalmente son operadores en los mercados financieros que - como señala Felipe- se mueven en volúmenes brutales pero, al mismo tiempo, están buscando crear fondos nuevos y con esta posibilidad de apalancamiento se crean estos problemas.

**Julio María Sanguinetti** - Economía de Casino.

**Carlos Slim Helú** - En realidad no es economía de Casino.

**Julio María Sanguinetti** - Pero estos son jugadores...

**Carlos Slim Helú** - Son "Rambos" financieros. Yo creo que para juzgar a las personas tenemos que ver su solvencia moral -a lo mejor su solvencia económica-, pero también su solvencia emocional o su adrenalina.

Entonces, no es que la economía sea así, sino que ellos -en esa economía- se aprovechan de que están apalancados, de que hay derivados, y juegan tanto adentro como afuera y se vuelven jugadores. Ellos son los jugadores que entran dentro de un gran campo.

La especulación en los mercados es razonable porque es la que les da liquidez. No cabe duda de que la inversión a largo plazo es la mejor, pero otra cosa es cuando se pasa de la especulación al jugador y a la adrenalina. Y obviamente ahí está la ambición de ganar más y obtener mejores resultados.

También se ha hecho fama de los reportes trimestrales, la visión de corto plazo, del siguiente mes o del siguiente trimestre. Pero eso no es necesariamente así. Los directores que no son empresarios y están en las grandes corporaciones cuyas mayorías se encuentran en manos de instituciones, tienen que tener planes de largo plazo (por más que les preocupe el trimestre). Rinden ante el consejo y si no tienen una visión así -de largo plazo- o no duran o no dura la empresa.

Estos son simplemente algunos comentarios rápidos.

Ahora, respecto a la crisis del mundo -diría del mundo desarrollado judeo-cristiano- es una casualidad extraña que sean estos los países que tienen estas crisis tan importantes -y ahora me voy a referir básicamente al sur de Europa-, pero en mi opinión son claras las razones. Se trata de excesos. Tenían una regla: no podían tener un déficit mayor que el 3%, y se fueron al 8%. Luego pensaron que el gobierno, cuanto más incidencia fiscal tuviera y cuanto más dinero recaudara, mejor; pero se ha demostrado que eso es un error, porque recauda de manera insaciable y se le vuelve insuficiente esa gran recaudación. Asimismo, se endeuda de manera insostenible, y ahí sí creo que son insostenibles las políticas de bienestar que no tengan un sentido real, por más que las personas y los gobiernos se esfuercen.

Veamos el caso de Francia. Creo que tiene 55 % o 56 % de incidencia fiscal. Quiere decir que de cada

100 pesos de PIB, recauda 55; y aparte tiene 8% de déficit. No tiene mucho espacio para seguir subiendo impuestos ni mucho campo para hacerlo.

En lo que refiere a Europa -sería bueno que alguien hiciera los números-, veamos cómo estaban las economías, por ejemplo en 1950 o 1947, es decir después de la Guerra; qué tamaño tenían, cuáles eran sus políticas, cuánto se aplicaba al bienestar, cuál era el Estado de Bienestar que se establecía por persona. Veamos también cuánto es ahora, y nos daremos cuenta de que se han vuelto locos. Están ofreciendo un Estado de Bienestar insostenible. Es imposible que estos países jubilen a las personas a los sesenta años. Recordarán que el gobierno de Francia bajó de sesenta y cinco años a sesenta la edad de jubilación, cuando probablemente las personas van a vivir noventa y hasta más.

Veámos que en España, por ejemplo, el que estaba de paseo tenía seguro; de manera que había turismo médico para hacerse prótesis u operarse, y el costo médico aplicado a extranjeros era enorme.

Entonces, lo que pasó fue que estuvieron viviendo fuera de sus límites, con grandes excesos, con subsidios enormes, etcétera. Y cuando entran a la Comunidad Europea, estos países acuden al crédito con gran facilidad y el dinero fácil llevó a esos excesos. Estoy hablando de Grecia, de Portugal, de España, etcétera. Es un problema de excesos -insisto-, que tendrán que corregir y tendrán que cambiar sus políticas de bienestar a la población. El Seguro de Desempleo, por ejemplo (que además es por un año o dos) no resuelve el problema de fondo. Claro que tiene que haber una red social y un seguro de retiro; tiene que haber un retiro adecuado a toda la población, así como educación y servicios de salud y, por supuesto, seguro de desempleo, pero considero que tendrán que cambiar los parámetros.

Volviendo ahora a lo que me pedía Julio, me voy a referir al tema del empleo. Decía yo ayer que lo que ha hecho que la civilización progrese desde el tiempo en que el hombre vivía en las cuevas, ha sido la tecno-



logía. Primero, fue encontrarse con la agricultura en los paraísos terrestres, luego empezar a producir más, obtener el riego, la navegación y los demás avances, al mismo tiempo que crecía la población. Pero son los grandes avances tecnológicos -incluida la escritura, la rueda- los que han hecho que progrese la civilización. Pero en esa evolución de la civilización ha habido básicamente dos o tres factores que provocan, no un cambio lento o una evolución, sino una especie de mutación que transforma a la sociedad.

A pesar de que ha habido muchos -primero la Edad de Bronce, luego la de hierro, luego la navegación, etcétera-, aparece como primer cambio civilizatorio brutal el motor de vapor. Ese transforma completamente a la sociedad e inicia la sociedad industrial. Luego vienen el tren, los barcos a vapor, etcétera; y, en su segunda etapa, en esa era industrial, la electricidad y el motor de combustión interna. Eso transforma todo completamente; todo se moderniza y la civilización entra en un proceso de creación de ciudades, de desarrollo, de crecimiento de la población, etcétera. Comienza ya a diferenciarse la explotación del hombre y empieza a ser importante el mercado y venderle cosas. Y ahora, con la evolución moderna de las telecomunicaciones como sistema nervioso, y la computación con los desarrollos de software, entramos a esta sociedad tecnológica en la que cada vez la gente tiene menos que hacer. Entonces, todo este tipo de avances ha promovido un aumento tal de la productividad, que está desplazando el trabajo de las actividades sobre todo clásicas o tradicionales: ya no hace falta que tanta gente realice esa tarea.

Entonces, estamos entrando -por razones naturales de desarrollo tecnológico y aumento de la productividad- en una etapa en que las personas que se requieren para realizar las labores son muchas menos que las que se requerían antes. Frente a esto, hay que hacer dos cosas. Una de ellas es conducir ese cambio. Y ese cambio se conduce de dos formas: en primer lugar, creando nuevas actividades económicas, por lo que las antiguas van a tener una mayor demanda -van a absorber mucho más empleo-; y, en segundo término, trabajando menos. La sociedad y la población, desde hace muchos años, vienen trabajando menos. A mí

me tocó que se trabajara los sábados, que se cumplirían las 60 horas -trabajar 40 horas semanales era un lujo-; pero ahora la gente ya no trabaja 40, sino 35, porque entre el *coffee-break*, el *lunch*, etcétera, disminuyó la cantidad de horas.

Entonces, creo que la solución al empleo va a ser impulsar las actividades donde se crean los nuevos empleos, conducir las actividades tradicionales en las que siguen los empleos y trabajar menos. Yo proponía, entonces, trabajar -y no lo digo para nuestros países, que están en desarrollo, sino para los más desarrollados- probablemente tres días, 11 horas por día y, por tanto, tener cuatro días libres que provocarían más actividad económica en las otras funciones: de entretenimiento, culturales, educativas, de salud. Y, eso sí, trabajar más años. Entonces, retirarse a los 70 o 75 años en lugar de hacerlo a los 60 o 65, permitiría aliviar la presión del Estado en sus compromisos de jubilaciones, que en lugar de ser desde los 60 años hasta los 90, serían desde los 75 a los 90, con lo cual el lapso se reduce de 30 años a 15.

Por supuesto, con esas medidas se crearían más y mejores empleos, que es lo que ahora se necesita.

¿Dónde van a estar ubicados esos empleos? Es obvio que va a haber más demanda de entretenimiento, de salud, de cuidado de las personas mayores, de educación, de cultura, de tecnología de la información, de comercio, de actividades turísticas; el turismo, por supuesto, será muy importante.

Entonces, creo que es indispensable que vayamos impulsando todo ello. ¿Cómo lo podemos hacer? En nuestros países en desarrollo es más fácil. Podemos pensar dónde va a estar en diez años nuestra demanda de empleo: cuál es el perfil de empleo de Estados Unidos y de Europa; dónde están trabajando las personas. Por ejemplo, en el sector agrícola, en Estados Unidos, está trabajando el 2%; en nuestros países está en alrededor del 25%. En el sector industrial también ha disminuido enormemente la demanda de empleo, pues las máquinas trabajan en lugar de los seres humanos. El lugar de los hombres está en la tecnología de la información, en el comercio -alrededor del 20% de la población-, etcétera.

Hay que tener en cuenta estos elementos e impulsarlos y, por supuesto, educar, capacitar para ser más competitivos, para estar mejor preparados, para -como dice Felipe- ser mejor oferta. La gente preparada tiene cinco o seis actividades de entre las que puede escoger su trabajo. En una época en que el trabajo físico y sin preparación ya no tiene demanda, a la gente que no se prepare le va a costar mucho encontrar empleo.

Muchas gracias.

**Julio María Sanguinetti** - El Estado de Bienestar tuvo que luchar antes con el conservador y ahora tiene que luchar con el demagogo, desde adentro mismo.

En la mañana de hoy se han expuesto una serie de ideas magníficas. ¿No es así Ricardo?

**Ricardo Lagos** - Creo que ha sido, tal como tú dices, una mañana magnífica, especialmente por las intervenciones que tuvimos oportunidad de escuchar. Y creo que las observaciones que han hecho tanto Felipe como Carlos han sido sumamente interesantes. Esta sugerencia de Carlos Slim de llegar a una sociedad donde se trabaje tres días y se extienda más el horizonte de trabajo a lo largo de los años, estoy seguro que va a ser un tema a debatir seriamente en el futuro, una vez que dejemos atrás la cuestión de la crisis.

Pero quisiera hacer alguna reflexión sobre un par de cosas que se dijeron en la mañana de hoy. Una de ellas tiene que ver con la exposición tan interesante que realizó Manolo Marín. Porque es posible ver aquí, en Perú, parte de los temas a los que él se refirió; por ejemplo, las dificultades que hay aquí para tener determinado tipo de emprendimiento en el ámbito minero y cómo las comunidades de alrededor de donde van a estar esos enclaves se preguntan qué les queda a ellas. Entonces, cuando hablamos de responsabilidad social empresarial, tendemos a pensar -lo digo por muchas de estas empresas- que poniendo una escuela o financiando una orquesta de jóvenes, o una orquesta juvenil infantil, estamos ya cumpliendo la

responsabilidad social. Y yo creo que, por desgracia, el tema va un poco más allá -y estoy consciente de que Manolo se percató de ello.

Si vamos a hacer un emprendimiento de miles de millones de dólares, que va a agregar otros tantos miles a la inversión que se hace -invierto mil millones, pero en el proceso de explotación voy a agregar mucho valor a ese monto que invertí-, debemos preguntarnos cómo vamos a ser capaces de incorporar a la comunidad en la cual está enclavada, por ejemplo, esa pertenencia minera, para que también participe de ese valor que se agregó. Por lo tanto, ese valor que aumentó, ¿cómo lo compartimos entre aquel que hace este emprendimiento tan importante y la comunidad? Porque la comunidad ve que a futuro, cuando se agote el mineral, lo que va quedar -además de la presencia del hoyo que queda con la mina- es sólo la imagen de que hubo una orquesta juvenil muy bonita o una escuela por ahí. Pero de la creación de valor que implicó esa inversión, ¿cuánto queda?

Por eso yo creo que ahora hay un tema que implica un enorme desafío desde el punto de vista empresarial: cuando usted crea valor, ¿cuánto está quedando? Llega usted a hacer una inversión en el retail e invierte 1.000 millones, pero gracias al retail le quedó valor a la empresa y esta pasa a costar 3.000 millones. Y de esos 2.000 millones de diferencia: ¿cuánto queda en la sociedad donde está enclavado el retail? ¿O hay un poquito más que puede quedar también?

Es aquí donde yo creo que tenemos que ser capaces, en una entidad como el Círculo de Montevideo, de preguntarnos cómo podemos profundizar un poquito en el concepto de creación de valor. De esa manera, entonces, lo que se tiene realmente es una comunidad que pasa a ser socia de ese emprendimiento; no solamente una comunidad que recepciona la escuelita que se le va a entregar. Si son socios del emprendimiento y la creación de valor, también les implica a ellos creación de valor en el sentido de capacitación de capital humano, inversión en recursos humanos y todos los elementos a los que se refería recién Carlos Slim.



Creo que ese es un primer tema que, a medida que vayamos saliendo de la crisis en que estamos, va a cobrar creciente valor como una forma de entender cómo generamos consensos más amplios en nuestras sociedades.

Me voy a referir ahora al segundo tema que me pareció muy importante, vinculado con la cuestión de por qué caímos en la crisis y con los tres puntos para salir de ella que nos presentó Enrique Iglesias.

Respecto del primero de ellos, cuando habla de regulación, dice que hay que regular y bien, y que el G20 prometió hacer algo pero avanzó poco. Yo diría que esta crisis, que fue una crisis económica -aquí se han dado varias razones, entre otras, un exceso de desregulación- fue generada -digámoslo también de rechamante- desde el sector financiero, y luego se extendió al sector productivo; pero se genera porque Lehman Brothers explotó y, hasta el día anterior, todas las agencias calificadoras de riesgo decían que Lehman Brothers era "AAA".

Hasta aquí, las calificadoras de riesgo están pasando colados en la crisis, ¿no? Porque siguen pontificando, como en los buenos tiempos, y se olvidan de que no tuvieron ninguna capacidad.

Pero más importante aún -y no hablemos tanto de la crisis sino de la salida-, creo que lo que ha ocurrido con el G20 es una profunda división en la forma de mirar la crisis. Hasta el 2009 -Gordon Brown, G 20 en Londres-, todos estaban de acuerdo en que había que reactivar. Se pensaba en paquetes de estímulo. Lo pensaban Obama y la señora Merkel. Pero después de eso, separamos aguas. Obama hablaba de paquetes de estímulo en la medida en que se lo permitiera la Reserva Federal; sin embargo, Europa entró en la tesitura de que había exceso de gasto. ¡No me cabe duda de que hubo exceso de gasto! ¡Si las propias agencias ayudaban a hacer arreglos cosméticos en los balances que Grecia presentaba a la Unión Europea! Digamos las cosas como son.

Entonces, ahora, yo diría que lo que falta es una respuesta política; "política" quiere decir tomar deci-

siones políticas. Porque -seamos claros también- los amigos españoles tenían una deuda pública de un 30%; la privada era de más de 100, ¿verdad? ¿Era así Felipe?

**Felipe González** - La privada de la familia era de un 90% del Producto Bruto; la otra 160 % más.

**Ricardo Lagos** - Pero la pública era 30% y hoy día es 90%. ¿Y qué pasó entre los 30 y los 90? Fue un 60% lo que tuvo que poner el gobierno español para salvar a la banca, que estaba quebrada. Entonces, díganme ustedes cómo es esto. Quiebran los bancos, el gobierno pone la plata, y luego tenemos que apretarnos el cinturón para poder pagar la deuda que hemos contraído. Entonces -y es lo que está diciendo Felipe-, ese 0,5% de caída del Producto se distribuyó de una manera tremendamente desigual. Y, por lo tanto, esa gente a la que le están apretando un cinturón al que cada vez tiene que agregarle un agujero más para poder ajustárselo, ve que los que produjeron esto no participan de la apretada de cinturón. Los bancos siguen en manos privadas, no obstante que hubo que poner esa cantidad de capital.

¿Por qué digo esto? Porque creo que aquí ha habido una negación de la política. Porque la política está para establecer las normas, cuando los otros sistemas fracasan. Y yo no he visto a las instituciones políticas. Y en cambio veo lo que hace el señor Obama, que es distinto.

¿Vámonos ahora a Asia?

¿Qué está ocurriendo en Japón? Ese país, que durante los últimos veinte años se ha mantenido en la medianía, que no ha sido capaz de sacar la cabeza; pero que ahora, con el Primer Ministro Abe y su "Abeconomic", está aplicando políticas heterodoxas que hasta ahora están teniendo éxito. Y si Japón tiene éxito y sale adelante, va a ser un mentís brutal para lo que ha ocurrido en Europa y, de paso, en la Unión Europea.

Entonces, vamos a decir las cosas como son. Si se me pregunta qué sentido tiene todo esto, digo que

estoy de acuerdo con que el Estado de Bienestar fue excesivo, con que se gastó de más, etcétera. Pero que eso no generó la crisis: la crisis vino por el sistema financiero.

Hubo un banquero que dijo: "Mire, yo no estoy tan mal, porque nunca entendí lo de los derivados; y si hay cosas que no entiendo, le digo a mi gente, en el Banco, que no entren en eso".

Hay otros deslenguados que dicen cosas peores: que la banca privada italiana no estaba tan mal porque los banqueros italianos no hablaban inglés y no entendían lo que estaba pasando. Creo que es un poco exagerado; pero sí me parece que aquí tenemos un tema muy importante: el de si vamos a estar en condiciones de generar una respuesta política.

Bueno, me están corrigiendo; me dicen que los banqueros vaticanos sí sabían inglés.

Eso se lo cargan a Felipe, por favor.

Creo, como decía, que tenemos un tema muy importante a partir de los tres puntos que señalaba Enrique Iglesias: ¿va a haber o no va a haber una respuesta política?

Y esto nos lleva al otro punto, que tiene que ver con cómo se ha manipulado todo esto. Porque es cierto: hay gente que no sabía, gente que no entendía; pero había otros que sabían y entendían tanto, que manipulaban la Libor -la London Interbank Offered Rate-, la más importante de las tasas de interés. Y ahí están: nadie ha llegado a la cárcel todavía.

Todo esto es muy grave. Y ahora, entonces, se planteó -esta semana lo supimos- que va a haber una agencia en Estados Unidos, que va a ser la encargada de recuperar la confianza de la muy decaída imagen de la Libor en el mundo. Pero, ¿ustedes se dan cuenta de que durante años se ponían de acuerdo los ocho principales bancos del mundo, y que la media de sus respectivas transacciones era la que fijaba la tasa Libor?

Si se hubiera dicho que se estaba manipulando esa tasa, nadie lo hubiera creído. Entonces, también hagámonos cargo de esto, y de que las cosas se exageraron en demasía en lo que tiene que ver con el tema de que los bancos saben mejor y se autorregulan.

El tercer punto que me pareció muy interesante de la presentación fue el de la trilogía de Dahrendorf y lo que le pasó a nuestro amigo Churchill. Y si se me permite una nota de pie de página, diré que cuando se hizo la elección de 1945 -se estaba en plena guerra todavía-, los ingleses -hay que ser ingleses para eso- hicieron su elección, votaron y dijeron que no iban a abrir las mesas escrutadoras hasta tres semanas después para que alcanzaran a llegar los votos de los soldados británicos que estaban en el frente. Y así se hizo: se esperó que llegaran los votos de los soldados y al siguiente domingo de eso se abrieron las urnas en Londres. El día viernes estaban todos en la Conferencia de Postdam; entonces, la delegación inglesa tenía que ir a Londres para que abrieran las urnas. De ahí viene la famosa frase de cuando Churchill está por salir de su habitación, y su señora, Lady Clementine, lo llama al orden y le dice: "Winston, ¿no vas a hacer tu maleta?". Churchill le contesta: "No, ¿para qué? Si vamos a volver el lunes". Ante esa respuesta, ella le replica: "Winston: haz tu maleta; nadie sabe lo que va a ocurrir". Y Lady Clementine tenía razón: Winston no volvió a Postdam, porque perdió la elección el día domingo.

Alberto explicó muy bien por qué Churchill perdió la elección: la perdió, tal como se dijo, porque la hizo sobre la base de que había ganado la guerra. Era el héroe. Pero se olvidó de una pequeña sugerencia: que las elecciones siempre son acerca del futuro, no acerca del pasado. Usted va a elegir porque le cuentan que hay una perspectiva de futuro, que se dibuja de esta manera o de esta otra. Y así sucedió en el caso de Churchill: se le dijo que muchas gracias, que había sido un héroe, que los había conducido a la victoria, pero que para construir futuro les parecía mejor Mr. Attlee. Y éste, que era el Vice-Primer Ministro de Churchill, terminó ganando.



Y todo esto tiene que ver con cómo se construye la democracia: es a partir de visiones de futuro y cómo se concretan. Respecto de eso y de la cuadratura del círculo de Dahrendorf, sería interesante que en una universidad se estudiara cómo se ha hecho la cuadratura del círculo, no en Europa, sino aquí. Porque aquí ustedes tienen ahora más justicia social que antes, han tenido crecimiento económico y tienen un sistema democrático. ¡Qué bueno! Les ha ido bien; el problema es cómo serán capaces de generar nuevas políticas para que les siga yendo bien. Porque si les fue bien y cambió la sociedad, ustedes van a tener que cambiar la agenda y cambiar las políticas para esa nueva agenda. Tal como aquí se dijo con mucha claridad, es distinto -como decía Felipe- bajar la pobreza, disminuir la marginalidad, que lo que tenemos hacia adelante: demandas mucho más difíciles de satisfacer.

Por lo tanto, creo que hemos aprendido, en esta América Latina, en muchos de nuestros países, a hacer la cuadratura del círculo; el problema es cómo somos capaces de continuar para adelante.

Quisiera vincular esto con la última reflexión que hizo Natalio Botana, que me pareció muy importante, cuando habló de que sí, que ahora hay sectores medios que tienen derechos; pero hablamos tanto de los derechos que nos olvidamos de las obligaciones. Hablamos de los derechos, transmitimos nuestros derechos e invitamos a todos a la plaza a protestar; pero considero que el tema de las obligaciones tiene que ser consustancial al de los derechos. Y aquí, entonces, deberíamos analizar cómo es posible establecer y usar las redes para levantar la necesidad de las obligaciones como contrapartida de los derechos. Al respecto, quisiera hacer dos observaciones muy breves.

En primer lugar, en lo que tiene que ver con los derechos y obligaciones, ¿es legítimo que nuestros sistemas electorales -no conozco el de Perú- señalen que el voto es voluntario o, como a mí me parece, el voto debiera ser obligatorio? Porque a través del voto usted dibuja la sociedad que quiere. Y me parece que no

significaría mucha obligación para el ciudadano o la ciudadana que se le pidiera lo siguiente: piense el país que usted quiere en la próxima elección, y vaya a votar; y si después de mucho pensar, no tiene idea de qué votar, pues vaya y vote en blanco, pero vaya.

Si un día alguno de ustedes no tiene mucho sueño, puede abrir alguno de mis discursos y caer inmediatamente dormido; pero en alguno de ellos puede descubrir además que dije: "Estoy por la inscripción automática y el voto voluntario". Me equivoqué y lo he reconocido reiteradamente en Chile: el voto debe ser obligatorio; es parte de la obligación.

En segundo término -y este tema tiene que ver con qué instituciones políticas podemos crear-, si efectivamente las redes son capaces de movilizar (como lo hemos visto) y llevar a la gente a la plaza a protestar -y cientos de miles están protestando-, creo que esto va a seguir ocurriendo, porque es producto de la rapidez con que todos son capaces de emitir opinión, de recibir información, y de salir a las calles; y aquellos que participan no tienen líderes. ¿Quiénes son los líderes de los que salieron a las calles en Brasil? Ha costado mucho definir quiénes son los líderes de los jóvenes que desfilan en Chile; ha costado mucho saber quiénes son los que han estado en el problema egipcio.

Entonces, aquí hay un tema muy crucial: ¿es posible tener instituciones que permitan hacer algo más civilizado que protestar con los pies y partir todos ahora en marcha hacia la plaza? ¿Y cómo se establecen instituciones en donde, manteniendo la representatividad de los sistemas democráticos, que es la base sobre la que nos podemos entender, haya también un pequeño espacio para que aquellos que están marchando puedan utilizar algún instrumento político civilizado que les permita expresar sus cuatro o cinco ideas?

Y aquí yo creo que hay que darle muchas más vueltas a este tema. Porque como varios de los que están aquí del Círculo de Montevideo me han escu-

chado decir otras veces: como Gutenberg inventó la imprenta, se pudo escribir libros; y como escribimos libros, doscientos años después a alguno se le ocurrió que podíamos escribir un diario y tener noticias todos los días; y una vez que a alguien se le ocurrió que podíamos tener noticias públicas todos los días, a otro se le ocurrió que podíamos tener un sistema democrático. Y si todos ahora sabemos leer, entonces quiere decir que todos podemos opinar y no solamente el rey y su corte.

En último término, es la tecnología la que permite tener hoy un sistema democrático. Y bueno, con la nueva tecnología, ¿cuántas de nuestras instituciones democráticas pueden ajustarse para escuchar esa demanda que está ahí?

Con esto creo que sería suficiente como comentario de lo que hemos dicho esta mañana.

Muchas gracias.

**Julio María Sanguinetti** - Como ustedes sabrán -los que nos hayan seguido-, esto es una orquesta con diversos instrumentistas. Tenemos nuestra percusión -siempre a cargo de Felipe- que a veces saca el timbal o golpea un platillo; y también tenemos un fino violonista, que es el que nos recuerda siempre la belleza del lenguaje castellano que hablamos.

Belisario, por favor.

**Belisario Betancur** - Señor Presidente Sanguinetti, señor Presidente Slim, querido Raúl, distinguidas personalidades que me han antecedido en el uso de la palabra, distinguidos profesores, distinguidos estudiantes, señoras, señores: con el debido respeto, tengo que hacer una declaración categórica. Traigo un pequeño escrito, interpretando el pensamiento crítico -siempre de Sanguinetti, que de repente me cambia el camino o -por lo menos- el instrumento que debo interpretar. ¡Qué peligro público es Sanguinetti! Con perdón de la profesora Marta -no me refiero al ámbito privado-, pero Sanguinetti es un peligro público, sin duda; "sin dudamente", como dicen en el Caribe colombiano.

Construyen los adverbios de modo agregando la partícula "mente" al respectivo adjetivo o sustantivo: "Buenas tardes, ¿cómo estás?", le pregunto a un campesino; y este me contesta: "Gracias a diosmente bien, doctor". Y como pongo cara dubitativa, me dice: "Sindudamente, doctor", que es como debería ser si la dulce lengua de Castilla tuviera lógica, que sabemos que no la tiene. En mi tierra, en una fonda campesina se puede ver la siguiente inscripción: "Ni se fía, ni se presta plata ni se le sube al mostrador". ¡La lógica del idioma!

En materia de instrumentos, he tenido la fortuna de nacer sin fortuna. Y, por consiguiente, sin ninguna clase de riesgos, de los riesgos de que hablaba ahora Carlos Slim. Por eso he tenido mi propia orquesta, en la cual, Presidente Sanguinetti, no teníamos casi nada; a lo sumo alguna viola, que es más o menos un violín con gripa. Entonces, como decía, no tuve los problemas a que se ha referido Carlos Slim.

En aquel campo en el cual crecí no teníamos nada, pero lo poseíamos todo. Nos gustaba montar las mejores yeguas; no las teníamos, pero el vecino tenía unas espléndidas, que nosotros "chalaneábamos", que era el término que se usaba.

En aquel campo había una única maestra de escuela, a la cual le dedico todo lo bueno que me pasa en la vida: Lucía Rosario Rivera. Yo había aprendido ya a leer y a escribir a los tres años y medio; me habían enseñado unos arrieros semianalfabetos, con periódicos y revistas viejas. Pero aquella maestra me enseñó algo mejor: el conocimiento. Un día en el cual yo le ayudaba en la escuela -no me podía matricular, porque la edad para ello era de 7 años y yo tenía 4- donde ella enseñaba a algunas alumnas y algunos alumnos, descubrí algo: el conocimiento, el saber. Me ocurrió lo que cuentan los Evangelios que le ocurrió a Pablo de Tarso: que de repente sintió una iluminación. Yo repentinamente descubrí el conocimiento y desde entonces todo fue fácil, porque me fui tras de ese hallazgo; y ese hallazgo me hizo recorrer muchos caminos con mucha facilidad. Todo en la vida me ha sido fácil, Presidente Sanguinetti: usted sí que lo sabe.



En un seminario, en el cual estuve algunos años y donde se preparaba a misioneros que iban a la selva, de lunes a viernes se hablaba solamente latín; los sábados y domingos se podía hablar en español si uno se había portado bien durante la semana. Y yo, los cinco años y medio que estuve allí, me porté siempre bien. Pero como los maestros eran aristotélicos-escolásticos y yo era socrático-platónico, no fue posible el entendimiento. Entonces, al término de cinco años y medio fui expulsado y salí convertido en profesor de griego y de latín. Mantuve muy buenas relaciones con el cura que me expulsó, con el que, al cabo de muchos años, nos encontramos en Bogotá: él era Cardenal y yo Presidente: "Ya sé por qué me expulsó del seminario, le dije"; "¿Por qué?", me preguntó: "Porque si no me expulsa, a lo mejor el Cardenal hubiera sido yo".

Señoras y señores: esta es una cátedra muy hermosa, la cátedra del Círculo de Montevideo. Es un invento del Presidente Sanguinetti con el objeto de que le hagan venias a la cultura; y a la cultura no con aquella definición de que la cultura es todo lo que nos queda por aprender menos lo que hemos aprendido, sino en el sentido de creatividad. Y lo que estamos proponiendo es simplemente la innovación, el salto adelante, no la educación yerta que yo recibí en la Universidad Pontificia Católica (yo soy católico y ejerzo). Luego estuve en la Academia Pontificia, y cuando en esta universidad me indagaban por las ideas filosóficas, recuerdo que allí eran seguidores de Santo Tomás de Aquino y yo de Pico della Mirandola -era incurable- y de Giordano Bruno, a quien quemaron en el Campo dei Fiori, en Roma, por heterodoxo. Yo, educado en la ortodoxia, seguía a un heterodoxo. Era una contradicción. Con razón don José Ortega y Gasset decía: "Yo soy yo y mi circunstancia". Y algún filósofo agregó "Yo soy yo y mi contradicción".

Señoras, señores: hemos tenido el privilegio de asistir a esta cátedra.

Ayer, en el Círculo, en la instancia cerrada, hubo elogios por doquier al maestro. Y yo quiero insistir, Raúl, a las directivas de esta universidad, a las directivas de todas las universidades públicas y privadas, en la exaltación de la figura del docente; pero no en una exaltación retórica, sino en una exaltación pragmática, práctica, que eleve el estatus del docente.

Provengo, repito, de la enseñanza privada. La universidad que me educó, en Medellín, Colombia, recibió recientemente la donación de mi biblioteca, en su totalidad. Gracias a los mecanismos modernos, la tengo en pequeño en mi casa, donde estoy destruyendo viejos anaqueles, porque ya esa biblioteca la puedo consultar de una manera más pragmática. Treinta mil volúmenes están ahora en la biblioteca de la Universidad Pontificia Bolivariana, en Medellín.

Cuando Albert Camus recibió el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo, pidió un instante de silencio para leer una carta breve que acababa de enviar a su maestro en los arrabales de Argel, carta en la cual le decía: "Estoy recibiendo este Premio Nobel de Literatura. Todo se lo debo a usted, a mi maestro".

Termino con las palabras de Jacques Delors, al presentar el Informe final ante la Unesco: "La educación es un tesoro".

Gracias, Presidente Sanguinetti.

**Julio María Sanguinetti** - Muchas gracias por este inspirado y elegante final.





